

A man and a woman are shown from the chest up, standing outdoors against a clear blue sky. The woman, on the left, has long dark hair and is wearing a black leather jacket over a dark blue top. She is wearing dark sunglasses and has her right hand raised to her hair. The man, on the right, has short dark hair and is wearing a light-colored, possibly white or beige, button-down shirt. He is also wearing dark sunglasses and looking directly at the camera. The overall mood is cool and stylish.

Persiguiendo
la verdad

B.J. DANIELS

Lectulandia

PERSIGUIENDO LA VERDAD

B.J. DANIELS

Sinopsis

¿Podría compartir sus secretos con él y encontrar un refugio en sus brazos?

Aquella mujer entró en la ciudad a lomos de una moto demasiado potente incluso para muchos hombres, con diez dólares en el bolsillo y una herida de bala en el hombro. Maggie Randolph estaba buscando a alguien y huyendo de alguien. Y no había previsto encontrarse con un hombre en el que podía confiar... el ayudante del sheriff de Timber Falls. Jesse Tanner iba a tener que convencer a la valiente belleza de que podía protegerla. Pero tendría que atraparla antes de que fuera demasiado tarde.

Jesse era muy atractivo y caballeroso, pero Maggie no estaba precisamente siguiendo las reglas en su búsqueda de la verdad sobre el asesinato de su padre...

Personajes

Maggie Randolph: Sospechaba que su adopción no había seguido los canales oficiales.

Ayudante de sheriff Jesse Tanner: Desde el primer momento que puso los ojos en Maggie Randolph, supo que estaba en problemas... y él también.

Inspector Rupert Blackmore: Lo único que quiere es jubilarse, comprarse un coche nuevo y marcharse a pasar el invierno a Arizona. Pero primero tiene que atar unos cuantos cabos sueltos.

Norman Drake: El ayudante de abogado estaba tranquilamente en su oficina... cuando fue testigo de un asesinato.

Clark Iverson: El abogado pretende hacer las cosas bien, aunque le cueste la vida.

Wade y Daisy Dennison: Ambos mintieron sobre la noche en que fue secuestrada su hija Ángela, veintisiete años atrás.

Mitch Tanner: El sheriff de Timber Falls sigue convaleciente de dos heridas de bala, con lo que su hermano Jesse lo sustituye en el puesto.

Charity Jenkins: Su curiosidad podría costarle muy cara.

Lydia Abernathy: La propietaria de la tienda de antigüedades sostiene que el recién llegado al pueblo ha estado acechando su negocio. ¿O acaso esconde algún otro motivo para poder meter a Charity en escena?

Angus Smythe: El inglés lleva años cuidando de Lydia, desde el accidente de coche que la dejó en silla de ruedas. ¿Pero su interés es romántico... o económico?

Jerome Bruno Lovelace: El delincuente de poca monta anda seduciendo a la dueña del Café de Betty.

Ruth Anne Tanner: Abandonó a su marido y a sus dos hijos hace años, sin mirar atrás.

Acerca de la autora

Antigua periodista ganadora de varios premios, B.J. Daniels tenía ya treinta y seis relatos publicados antes de la aparición de su primera novela romántica y de suspense. B.J. vive en Montana con su marido, Parker, dos spaniels llamados Zoey y Scout, y un gato de mucho carácter que atiende por Jeff. Cuando no escribe, practica deportes de invierno y en verano realiza excursiones por las montañas. Durante todo el año se dedica a su deporte favorito, el tenis.

Capítulo 1

Puget Sound, Seattle

Un fuerte olor a mar y a pescado se elevaba de las aguas sombrías en la noche cerrada. Las incansables olas de la reciente tormenta rompían contra los pilotes del embarcadero. A lo lejos, una sirena rugía a través de la espesa niebla.

Maggie apagó el motor de la moto y se internó en la niebla. No podía ver absolutamente nada. Lo cual tal vez resultara una ventaja, ya que él tampoco podría verla a ella. Ni oírle llegar.

Se había puesto su equipo de cuero y sus botas, toda de negro. Incluso la alforja de su moto era negra como la noche: una medida de precaución un punto exagerada. Recriminándose por su paranoia, escondió el vehículo. Con la alforja colgada al hombro, atravesó la antigua zona de almacenes y plantas de tratamiento de pescado antes de empezar el descenso hasta el largo embarcadero.

La estaría esperando en alguna parte del muelle. Con aquella niebla tan densa y el fragor de las olas, no se enteraría de su presencia hasta que estuviera prácticamente encima de él. Se había preocupado de tomar todo tipo de precauciones excepto una: llevar un arma.

Pero no era ninguna estúpida. Él tenía sus ventajas: había elegido el lugar de la cita y la estaba esperando. Y, por culpa de la niebla, ella no tenía la menor posibilidad de anticiparse o prever lo que la aguardaba al final de aquel muelle.

Afortunadamente, era una mujer acostumbrada a correr riesgos. El problema era que jamás en su vida había arriesgado tanto como lo que se estaba jugando aquella noche.

El bramido del mar rompiendo contra el muelle crecía por momentos y la niebla se espesaba cada vez más, adquiriendo una blancura cegadora. Sabía que debía de estar acercándose al final del embarcadero. Hasta que de repente Norman Drake se materializó ante ella.

Tenía un pésimo aspecto, el esperado en un hombre que llevaba tres días huyendo de la policía. Parecía asustado y, por ello mismo, peligroso. Sobre todo por la pistola que aferraba en la mano derecha.

Le apuntó, con un brillo de alarma en los ojos desorbitados. Maggie se

preguntó de dónde habría sacado aquella pistola y si sabría usarla. Era demasiado joven y demasiado inexperto: un estudiante larguirucho y empollón convertido de repente en ayudante de un despacho de abogados. Casi podía oler el sudor nervioso que despedía su cuerpo. Su miedo.

—¿Estás sola? —susurró con voz ronca.

Maggie asintió con la cabeza.

—¿Seguro que no te han seguido?

—Seguro.

Soltó un sonoro suspiro y se pasó la mano libre por la boca.

—¿Has traído el dinero?

Volvió a asentir. Los diez mil dólares que le había exigido estaban en la alforja de su moto. Se agachó lentamente, la abrió y le enseñó un puñado de billetes. Todos viejos, sin marcar, en pequeñas cantidades.

Tardó un momento en bajar el arma. Le temblaron las manos cuando se la metió en la cintura de sus vaqueros sucios y arrugados. Maggie pensó que no era una buena idea. Estaba tan nervioso que no sería extraño que se volara la entrepierna.

—No sabía a quién más llamar —le dijo, lanzando nerviosas miradas detrás de ella—. Mataron a Iverson y me matarán a mí también si me quedo en el pueblo.

Clark Iverson, el abogado de toda la vida del padre de Maggie, había sido asesinado tres días atrás. La policía había concluido que su ayudante, estudiante de Derecho en prácticas, había estado en el edificio en el momento exacto del crimen. Ni una sola señal de forcejeo, de pelea. Las visitas tenían que llamar a la puerta para entrar y el portal había estado cerrado. Por eso estaban buscando a Norman.

—Por teléfono me dijiste que tenías una información importante acerca del accidente de avión de mi padre —le dijo ella con un tono perfectamente natural, una mano todavía metida en la alforja.

Vio que asentía, nervioso.

—No fue un accidente. La misma persona que acabó con Iverson mató a tu padre.

Se quedó consternada. Pero su siguiente reacción fue de incredulidad:

—Fue un accidente reconocido. Un fallo del piloto.

Norman sacudió la cabeza.

—Una semana antes del accidente tu padre apareció de repente en el despacho, muy alterado. Después, una vez que se marchó, oí a Iverson diciéndole a alguien por teléfono que no había podido convencerlo de que se

mantuviera apartado de cierto asunto.

—Eso no es prueba suficiente para...

—Yo estuve allí hace tres noches, los oí hablando del accidente de avión. Iverson pensaba que alguien había estrellado el aparato para evitar que tu padre hablara. Amenazó a la persona que estaba al otro lado de la línea con denunciarla a los federales. Y yo oí cómo lo mataban... —la emoción le impidió terminar la frase.

—¿Oíste a alguien admitir haber asesinado a mi padre?

Asintió con la cabeza, la nuez de la garganta subiendo y bajando convulsivamente. Maggie lo miraba de hito en hito: el estupor y la furia se mezclaban con el dolor de los dos últimos meses, desde que la informaron del presunto accidente.

—¿Has dicho mataban? ¿En plural?

Pareció sorprendido por su pregunta.

—¿He dicho eso? Yo sólo oí hablar a un hombre, pero... —frunció el ceño y desvió la mirada—. Sí, sí. Recuerdo haber oído a dos personas caminando por el pasillo después de que se abrieran las puertas del ascensor.

Estaba mintiendo, y mal. ¿Pero por qué mentir sobre aquel detalle?, se preguntó Maggie.

—Me crees, ¿verdad?

En ese momento no sabía qué pensar. Pero Norman le había caído bien a su padre: solía decir de él que un día se convertiría en un buen abogado. Claro que la expresión «buen abogado» no era más que un oxímoron... Su padre se habría reído de la ocurrencia.

—¿Cómo lograron entrar, Norman? El portal estaba cerrado, ¿verdad?

Asintió, confuso.

—Supongo que Iverson les abriría. Lo único que sé es que oí el ascensor y... —lanzó otra nerviosa mirada detrás de ella, como si hubiera oído algo—. Me dije a mí mismo que por nada del mundo tenían que saber que yo estaba allí...

En algún lugar de la costa, la sirena de un faro lanzó un lastimero gemido.

—¿Quieres decir que tampoco Clark sabía que tú seguías en la oficina?

Norman se removió, nervioso.

—Me había quedado dormido en la biblioteca haciendo algunas consultas para él. La puerta de su despacho estaba cerrada. Antes me había dicho que me marchara a casa, que dejara lo que me faltaba para el día siguiente. Supongo que pensó que me había marchado por la puerta que daba directamente al pasillo. El ruido del ascensor fue lo que me despertó, y luego

oí unas voces discutiendo.

Apenas un par de segundos antes había reconocido haber oído a dos personas caminando por el pasillo procedentes del ascensor. Se había olvidado de recapitular un detalle tan relevante. No le extrañaba que Norman no hubiera acudido a la policía. Pensó que su versión de lo sucedido tenía más agujeros que un queso suizo.

— ¿Los oíste discutir?

— Sí, y luego oí algo parecido a... a un gruñido y a un ruido de cristales...

Cerró los ojos como si estuviera imaginando el cuerpo inerte de Clark Iverson, la lámpara a la que se había agarrado mientras caía al suelo, la mirada ciega y desorbitada, el mango del cuchillo asomando en el pecho, a la altura del corazón. La misma imagen que Maggie y la secretaria de Iverson habían tenido la desgracia de contemplar al día siguiente.

— No viste al asesino.

— No, ya te lo he dicho. Huí.

— ¿Por qué no avisaste a la policía?

Norman cerró los ojos con fuerza, como si estuviera sufriendo horriblemente.

— Después de matarlo, se dedicaron a registrar y a revolver su despacho: los cajones del escritorio, el archivador... Yo podía oírlos. Tenía miedo de que en cualquier momento pudieran entrar en la biblioteca y descubrirme...

Otra mirada desviada.

«Y otra mentira», pensó Maggie.

— Huí: no pude hacer otra cosa — continuó—. Bajé las escaleras, salí por la puerta trasera y desde entonces no he dejado de correr. Si me encuentran, me matarán.

— ¿Reconociste la voz que escuchaste?

Negó con la cabeza.

— Pero escuchaste lo que estuvieron hablando.

— Iverson dijo que por ese secreto no merecía la pena matar a nadie.

— ¿Qué secreto?

Norman esbozó una mueca, desviando una vez más la vista.

— Una adopción ilegal.

Maggie sintió un escalofrío, como si ya hubiera adivinado las palabras que seguirían a aquella frase.

— Tú eras el bebé — balbuceó Norman—. Iverson quería que supieras la verdad. Por eso lo mataron. Dijo que tu padre lo había averiguado y que quería decírtelo a ti.

—¿Averiguar el qué? —de modo que sus padres no habían seguido los canales adecuados...—. Tengo veintisiete años. ¿Por qué habría de querer alguien matar... por una adopción tan antigua?

—Fue por... por la manera en que te... adquirieron. Tu padre descubrió que, que te habían secuestrado.

¿Qué la habían secuestrado? Ella siempre había sabido que era adoptada, y que era por eso por lo que no se parecía físicamente en nada a sus padres. Maggie había llegado a su vida después de varios intentos infructuosos en diversas agencias de adopción, según le habían contado. Había sido un milagro, palabras textuales tuyas. Un regalo caído del cielo.

O quizá no.

Aunque bien situados económicamente, sus padres no habían encajado en el perfil de candidatos ideales a adoptar. Una poliomielitis infantil había condenado a su madre de por vida a una silla de ruedas, y su padre había rebasado el umbral de edad exigido. Contaba cincuenta años cuando apareció Maggie. Pero, según ambos, finalmente habían encontrado una agencia que se hizo cargo de su desesperación y los bendijo con una preciosa hija.

Ninguna hija habría podido pedir unos padres más cariñosos. Pero se habían mostrado excesivamente protectores con ella, tanto que había desarrollado un carácter demasiado atrevido, incluso temerario. De hecho, con veintisiete años ya lo había probado todo, desde el paracaidismo acrobático hasta el motocross o las carreras de lanchas fueraborda.

Sus padres se habían quedado aterrados. Y ahora Maggie acababa de descubrir el origen del miedo que había visto en su mirada durante tantos años. No era sólo su afición al riesgo. Durante todos aquellos años habían estado esperando a que ocurriera lo que acababa de ocurrir.

Acababa de descubrir que la habían secuestrado. Y ése era un descubrimiento demasiado duro de soportar. De repente oyó el crujido de una tabla a su espalda, como el de un paso tentativo...

—Norman, tienes que contarle a la policía lo que me has dicho. Ellos te protegerán.

—¿Estás loca? No puedes confiar en nadie. Esa gente ya ha matado dos veces para proteger su secreto. ¿Quién sabe las influencias o los contactos que deben de tener?

Había visto al asesino y sabía algo que no quería decirle, que le estaba ocultando. Estaba segura. Por eso era por lo que tenía tanto miedo. Maggie pensó que quizá la policía lograra arrancarle la verdad...

—Norman, después de haber hablado contigo, llamé al inspector

encargado del caso. El inspector Blackmore.

—¿Qué? —se puso como loco—. ¿Es que no te das cuenta de lo que has hecho? —agarró la correa de la alforja de cuero, como dispuesto a quitársela—. Dame el dinero. Tengo que salir de aquí, y rápido. Nos matará a los dos si... —se interrumpió en el preciso instante en que distinguió algo detrás de ella, a su izquierda, y se lo quedó mirando con expresión aterrorizada.

Maggie oyó el sonido sordo y apagado. Pop. Pero no lo reconoció hasta que no vio la sangre empapando un hombro de la chaqueta de Norman. El disparo de un arma con silenciador. El segundo le acertó en pleno pecho.

Aferrándose a la correa de la alforja, la arrastró en su caída mientras se desplomaba sobre las tablas del muelle.

—Oh, Norman... Oh, Dios mío —arrodillada frente a él, la cabeza le daba vueltas. La policía no podía haberle disparado. No sin haberle advertido primero. ¿Pero quién más había estado al tanto de aquella cita?

El tercer disparo le arrancó una punzada de dolor en el brazo izquierdo justo cuando se disponía a descolgarse la alforja, alejándose de la mano crispada de Norman.

—Timber Falls —susurró con un hilillo de sangre corriéndole por una comisura del labio, mientras soltaba la correa—. Allí fue donde te secuestraron —y añadió, en un último resuello—: Huye.

Pero no tenía escapatoria. Estaba atrapada. A su espalda escuchó el crujido de otra tabla y con la brisa percibió el olor del asesino: una nauseabunda mezcla de sudor, colonia barata y humo de tabaco rancio.

Sólo le quedaba una opción. Cayó sobre Norman, se abrazó a él y rodó a un lado para utilizarlo como escudo mientras un cuarto disparo hacía impacto en el cadáver.

En aquel preciso instante vio al hombre surgiendo de la niebla. Cuando sus miradas se encontraron, el estupor la dejó paralizada, porque lo reconoció. Soltó un grito al ver que levantaba de nuevo la pistola y apretaba el gatillo. Dos tiros más impactaron en el cuerpo inerte de Norman mientras rodaba por las tablas del borde del embarcadero, llevándose consigo la alforja del dinero. Sólo fue una fracción de segundo, pero tuvo la sensación de que transcurría una eternidad hasta que al fin cayó en las frías, oscuras, turbulentas aguas.

Capítulo 2

Alrededores de TimberFalls, Oregón

Jesse Tanner llevaba varios días inquieto. En aquel momento se hallaba en la terraza de su cabaña, suspirando por dormir y contemplando la ladera boscosa que se perdía abajo, en el valle sombrío. En el cielo, una ligera brisa empujaba las nubes.

Aspiró el aire fresco, perfumado por los cedros, como si pudiera oler el riesgo, percibir el peligro, encontrar algo que explicara la inquietud que llevaba acosándolo noche tras noche, impidiéndole dormir. Pero, fuera cual fuera el motivo de esa sensación, parecía mostrarse tanto o más evasivo que su sueño.

Un sonido lo sacó de aquellas reflexiones. Un rumor ronco y reconocible. Miró hacia el claro de los árboles que se abría en la empinada cuesta, revelando un tramo de carretera solamente visible a la luz del día. O cuando los faros de algún vehículo la iluminaban por la noche, como era el caso. La solitaria luz surgió de entre los árboles, enfilada hacia Timber Falls. Era una moto avanzando a gran velocidad, haciendo mucho ruido. Contemplándola, Jesse sintió una punzada de nostalgia. Ojalá hubiera podido estar él montando aquella moto, dirigiéndose a algún lugar lejano, desconocido. Pero ese era el antiguo Jesse Tanner. El Jesse de ahora había sentado la cabeza. Se había establecido.

Lo que no significaba que no pudiera envidiar a aquel motorista. O recordar aquella vertiginosa sensación de velocidad, de riesgo, de libertad. No había nada como experimentar aquella sensación de madrugada, en una carretera solitaria. Solo ante una interminable cinta de asfalto negro, con infinitas posibilidades esperándolo detrás de cada curva...

Se disponía a volverse cuando distinguió los faros de un coche entre los árboles, saliendo de una carretera secundaria, la de Maple Creek. Y se quedó paralizado al darse cuenta de que estaba a punto de cruzarse directamente en el camino de la moto.

Alcanzó a ver la luz de freno de la motocicleta encendiéndose repentinamente y, por un instante, el descapotable iluminado conducido por una mujer de pelo oscuro. Todo ello antes de que la moto chocara contra un lateral. Motorista y vehículo rodaron por el asfalto.

Aferrando con fuerza la barandilla, se indignó al ver que el coche escapaba en dirección a Timber Falls, a unos ocho kilómetros de allí, mientras la moto seguía rodando por la carretera, despidiendo chispas. Ya estaba corriendo hacia la vieja camioneta que solía utilizar para ir a buscar leña. Aparte de ella, no tenía más que su Harley. Subió al vehículo y bajó por la empinada pista de tierra, temiendo lo que pudiera encontrarse cuando llegara a la carretera.

Giró hacia el norte. El fondo del valle estaba aún más oscuro, con el bosque alzándose al pie de las cunetas como una doble muralla vegetal. Por la brecha del cielo se vislumbraban retazos de nubes, alguna que otra estrella y la esquirra plateada de la luna. No había llegado muy lejos cuando descubrió la motocicleta caída, con su faro proyectando un haz de luz dorada sobre el firme mojado por la lluvia. ¿Pero dónde estaba el motorista?

Aminoró la velocidad y escrutó la carretera con preocupación, preparándose para lo que pudiera encontrar. A unos diez metros del lugar donde había ido a parar la moto, la luz de los faros arrancó un reflejo a un objeto metálico: un casco. El motorista yacía de lado al borde de la cuneta, inmóvil.

Jesse maldijo entre dientes y frenó. Lo primero que hizo fue encender las luces de alarma, para avisar a cualquier otro vehículo que pudiera pasar por allí. Aunque no esperaba ver ninguno a esas horas de la noche. Ni a esas alturas de la temporada, a comienzos de la primavera, la estación lluviosa por excelencia en aquella zona del país. La gente sensata se mantenía alejada de la vertiente occidental de la comarca de las Cascadas donde, por aquella época del año, solía llover ininterrumpidamente durante siete meses. La gente de allí se limitaba a intentar no volverse loca durante la estación lluviosa. Y algunos fracasaban.

Iluminándose por los faros, bajó a toda prisa de la camioneta y corrió hacia el motorista. De manera inconsciente calculó las posibilidades que tendría de estar vivo, debatiéndose entre subirlo a la camioneta y llevarlo al hospital o no moverlo y pedir ayuda.

Mientras se acercaba, oyó un leve gemido. Se movía. Jesse creyó estar asistiendo a un milagro, dada la velocidad a la que había chocado contra el coche.

—Tranquilo, tranquilo... —aconsejó a la figura toda vestida de cuero negro que tosía como si se ahogara, mientras intentaba levantarse. Era esbelto y de pequeña estatura. Y, definitivamente, un tipo con mucha suerte.

Arrodillado a su lado, soltó una exclamación de asombro al ver que se

quitaba el casco con una mano de uñas pintadas y perfectamente manicuradas... para descubrir una exuberante melena oscura.

—Estoy bien —pronunció una voz femenina.

—Vaya... —se la quedó mirando de hito en hito, sentado sobre los talones.

Tenía la cabeza baja, como si estuviera mareada. Cuando se hubo recuperado un tanto, se palpó las piernas y los brazos.

—¿Seguro que no estás herida? —no podía creer que estuviera perfectamente—. ¿No tienes nada roto?

Negó con la cabeza. Jesse esperó, mirándola asombrado. Conducía una motocicleta de cuarenta mil dólares difícil de manejar para cualquier hombre. Y mucho más para una chica como ella. Era demasiado pesada, idónea solamente para un motorista experto. No le extrañaba que hubiera sido capaz de saltar de la moto a aquella velocidad y no hacerse daño.

Vio que hacía un nuevo intento por levantarse.

—Espera un poco más. No hay prisa —le dijo, volviendo la vista de nuevo hacia la moto derribada. Aquella mujer tenía siete vidas, mucha suerte y además, sabía conducir una moto potente. No estaba seguro de qué era lo que le impresionaba más.

—Estoy bien —su voz también lo sorprendió. Era decididamente femenina y sonaba a chica culta y refinada, lo que contrastaba con la clase de moto que había elegido.

Pero la gran sorpresa llegó cuando alzó por fin la cabeza y se sacudió la melena. Jesse se quedó literalmente sin aliento.

—Cielo santo... —musitó. Tenía la piel dorada, del color de la miel. Aquellos altos pómulos... y aquellos ojos... Eran grandes, de un verde oscuro, intenso, como los cedros que los rodeaban. Era una preciosidad. Una auténtica belleza.

Y al mismo tiempo había algo extrañamente familiar en ella...

Fue su nuevo intento de levantarse lo que lo sacó de su ensimismamiento:

—Hey, permíteme ayudarte —le dijo mientras se apresuraba a sostenerla de las axilas. Era sorprendentemente ligera.

Aceptó agradecida su ayuda, aunque resultaba evidente que le gustaba hacer las cosas por sí misma. Dio un paso adelante.

—¡Ay! —masculló, tambaleándose.

—¿Qué pasa?

—El tobillo izquierdo. Tengo un esguince.

—Te llevaré ahora mismo al hospital.

Pero la joven negó con la cabeza.

—No hace falta. Ayúdame simplemente a llegar a la moto.

—No está en condiciones de que la montes —la había visto de pasada cuando llegó hasta ella—. La cargaré en la camioneta. Aquí no hay un solo taller de reparación de motos en ciento cincuenta kilómetros a la redonda, pero yo ya he arreglado unas cuantas. Creo que podré hacerme cargo de la tuya.

Alzó los ojos hacia él como si lo viera por primera vez. Su mirada viajó por sus botas, sus vaqueros, su camiseta deportiva y su larga y negra coleta. Hasta detenerse en el aro dorado que llevaba en una oreja.

—¿Vives por aquí?

—Encima de esa montaña —le señaló la luz que había dejado encendida.

Brillaba débilmente ladera arriba. La joven la miró. Y luego a él, nuevamente.

Eras las tres de la madrugada, pero tuvo que preguntárselo:

—¿Tienes a alguien esperándote carretera arriba, alguien que pueda estar preocupado por ti? Porque todavía no tengo teléfono.

Ella, sin embargo, no parecía oírlo.

—¿Tienes hielo para que me lo pueda poner en el tobillo? —al ver que asentía con la cabeza, añadió—: Bien. Es todo lo que necesito.

—También tengo una cama con sábanas limpias para lo que queda de noche —le ofreció.

La joven le lanzó una mirada elocuente, como diciéndole «ni lo sueñes». Jesse sonrió, sacudiendo la cabeza.

—Solamente te estoy ofreciendo una cama. Quizá algo de comer y beber. Ah, y un poco de hielo. Nada más.

Ladeó la cabeza, mirándolo con curiosidad. Jesse se preguntó por lo que estaría viendo. Fuera lo que fuera, debió de parecerle suficientemente inofensivo, porque empezó a cojear hacia la moto.

—Yo te la recogeré —se apresuró a alcanzarla y le tendió una mano.

La chica lo miró arqueando una ceja, pero al final aceptó. Después de pasarle un brazo por los hombros, se dejó llevar hasta la camioneta.

Mientras le abría la puerta y la instalaba en el asiento, Jesse no pudo evitar sentirse demasiado caballeroso. Y algo avergonzado de su destartada camioneta. Cerró la puerta y se dispuso a cargar la moto. Había visto muy pocas de ese tipo: eran demasiado caras. Lo cual volvió a despertar su curiosidad hacia su dueña.

Le gustaba la idea de trabajar en aquella moto. De hecho, le intrigaba casi tanto como la mujer que la conducía. Terminó de subirla por la rampa que

solía llevar en el remolque de la camioneta y se sentó al volante. Dejó entre ellos la pesada y abultada alforja de la moto. Vio que la mujer echaba un vistazo de reojo a la alforja, como para asegurarse de que seguía allí. Acto seguido volvió a cerrar los ojos.

—Me llamo Jesse. Jesse Tanner.

—Yo Maggie —no le dijo el apellido.

Encendió el motor, metió primera y dio la vuelta para subir por la montaña. La carretera era tan accidentada como empinada, pero le gustaba la idea de vivir en un lugar tan poco accesible. Vio que esbozaba de cuando en cuando una mueca de dolor, con ocasión de algún bache. Pero no abrió los ojos hasta que no aparcaron delante de la cabaña.

La joven alzó la mirada a la cabaña que coronaba el cerro. Sólo la luz del salón brillaba en la oscuridad.

—¿Es aquí donde vives? —le preguntó. Abriendo la puerta, se cargó la alforja al hombro de manera protectora, como desconfiando de él.

Algo en su tono le hizo preguntarse si se habría referido a la cabaña o a su localización tan aislada. La única visita que había recibido hasta el momento era la de su hermano pequeño, Mitch, y su padre. Era consciente de que, si quería socializar, sólo tenía que recorrer los ocho kilómetros que lo separaban del pueblo. Aunque otros días no le parecía lo suficientemente lejos.

Miró la cabaña, intentando imaginar lo que estaría viendo. Era alta y estrecha, tosca, levantada con troncos de cedro. Pero estaba orgulloso de ella porque la había diseñado y construido él mismo, en el invierno, con la ayuda de su padre y su hermano. Se habían dado mucha prisa.

Tenía tres pisos. En la planta baja el salón y la cocina; en la primera, un dormitorio, un baño y la terraza sin acristalar, que pensaba aprovechar a fondo cuando llegara el verano. Y en la segunda su estudio: un piso todo acristalado, con unas vistas maravillosas.

Por desgracia, apenas era un cascarón vacío. Todavía no lo había amueblado debidamente, no había tenido tiempo. Su mobiliario era mínimo. Últimamente había estado muy ocupado preparando algunas pinturas para una exposición que tendría lugar en junio, la primera de toda su vida y... Se disponía a decírselo cuando se detuvo. Aquella chica no estaría allí más que unas pocas horas y después se marcharía para siempre. Y no querría escuchar la historia de su vida: eso resultaba obvio por su expresión.

Él mismo ya había pasado por esa fase. Nada de echar raíces. Ni de tener que cargar con la historia de la vida de nadie. Cuando bajó de la camioneta, vio que seguía inmóvil contemplando la cabaña.

—Todavía está en obras —le informó casi irritado consigo mismo por desear tanto que le gustara. Pero, diablos, era la primera mujer que la veía desde que terminaron de construirla...

—Es perfecta —comentó—. Estilo neoclásico, ¿verdad?

Jesse sonrió, admirado de sus conocimientos de arquitectura. Aunque no debería tener motivo para ello. Conducía una moto de cuarenta mil dólares y llevaba un traje de cuero que debía de valer un par de miles. Hablaba como si hubiera estudiado en la universidad y se comportaba con una absoluta seguridad en sí misma. Educación, dinero y experiencia en la vida...

Lo sorprendió admirando lo bien que le quedaba el traje de cuero.

—Entremos —se apresuró a invitarla, saliendo de su ensimismamiento—. ¿Tienes hambre?

Negó con la cabeza y se agarró a la barandilla. Subió cojeando los escalones de la entrada, dejándole muy claro que no necesitaba su ayuda.

—¿Seguro que no quieres que te vea un médico? Podría llevarte al pueblo y...

—No —su tono no dejaba lugar a dudas.

—De acuerdo —se dijo que al menos lo había intentado. Era su obligación. Como pareció sorprenderse de encontrar la puerta abierta, se apresuró a explicarle—: Tengo muy pocas cosas de valor y la mayor parte de los ladrones son demasiado perezosos para subir hasta aquí —le abrió la puerta y se hizo a un lado.

Nada más entrar, la mirada de Maggie se vio atraída por los cuadros que había pintado de los años que pasó en Nuevo México. Había una media docena de lienzos apoyados contra las paredes desnudas del salón, esperando a ser enmarcados. Se acercó cojeando hacia ellos y los examinó detenidamente.

—¿Te apetece un café? —le ofreció Jesse, sintiéndose algo incómodo por la atención que les estaba dedicando.

No sabía si le gustaban o no. Tampoco pensaba preguntárselo. Porque tenía la sensación de que podía decírselo con brutal sinceridad... Aprovechando que estaba tan concentrada en las pinturas, se dedicó a estudiarla a ella. Cuando se quitó la cazadora de cuero, vio que llevaba una camiseta blanca de manga corta que traslucía sus senos y los firmes músculos de su espalda. Estaba en buena forma, eso era evidente.

Pero lo que más llamó su atención fue el agujero que había visto en la cazadora, justo debajo de su hombro izquierdo... y la correspondiente herida en el bíceps. Había visto suficientes heridas de bala para reconocer una sin

necesidad de que le enseñaran el agujero que había dejado en la ropa.

La bala le había dejado una cicatriz. No la única, por cierto. Tenía otra en el antebrazo derecho, más antigua, que había requerido varios puntos. ¿Quién diablos sería aquella mujer? ¿Y qué le habría pasado?

—Todos son tuyos —comentó ella, estudiando de nuevo las obras. Lo dijo como si no tuviera la menor duda de ello.

—Hay té, si no te apetece café...

—¿No tienes nada más fuerte? —le preguntó sin volverse.

De espaldas a ella, arqueó una ceja y se dirigió al armario de las bebidas.

—Tengo un poco de whisky —vio que en aquel momento estaba examinando la habitación. Y que se había quedado mirando la vieja mecedora que había adquirido en un mercado de ocasión de Portland.

—Es bastante cómoda, por si te quieres sentar en ella.

Lo miró y tomó asiento en la mecedora, esforzándose por ocultarle que seguía doliéndole el tobillo, así como el resto del cuerpo. Quizá no se había roto nada, pero estaba seriamente magullada. Jesse pensó que al día siguiente sería peor: le costaría mucho más disimular los dolores.

Le tendió medio vaso de whisky y él se sirvió uno de limonada. La botella de whisky se la había regalado su padre, que había renunciado al alcohol cuando decidió que había llegado la hora de sentar la cabeza. Jesse había sido testigo de lo que el alcohol le había hecho al viejo, y jamás había necesitado probarlo. Sobre todo en aquel momento de su vida, cuando había vuelto a pintar.

Observó disimuladamente a Maggie por encima del borde del vaso. Vio que apuraba la copa de un solo trago y esbozaba una mueca de asco, arrugando la nariz como si acabara de beberse una botella de disolvente. Luego, levantándose, caminó cojeando hacia él y le devolvió el vaso.

—Gracias.

—¿Te sientes mejor? —le preguntó, preocupado.

—Sí, desde luego.

Jesse asintió, dudándolo. Quería preguntarle cómo se había hecho aquella herida de bala, y lo que había estado haciendo en aquella carretera de las montañas a las tres de la madrugada; hacia dónde se dirigía y en qué clase de problemas se había metido. Pero era demasiado inteligente para eso. Él mismo ya había pasado por aquello. Además, ignoraba cómo podría reaccionar a sus preguntas, por muy bienintencionadas que fueran.

—Te prometí un poco de hielo —le recordó. Después de terminarse la limonada, dejó los vasos en el fregadero y llenó una bolsa de cubitos—. Y una

cama para tumbarte mientras echo un vistazo a tu moto.

Al encontrarse con su mirada, descubrió que seguía sin fiarse de él. Y fue al mirar aquellos ojos castaños cuando tomó conciencia de lo mucho que ansiaba que lo hiciera. Como su rostro, creía reconocer algo familiar en ellos.

Maggie tomó la bolsa de cubitos de hielo y él la ayudó a subir la escalera, hacia su habitación. Se detuvo en la puerta.

—Puedes quedarte aquí. Las sábanas están limpias —las había cambiado aquella misma mañana.

—No, esta es tu habitación —replicó, y se volvió hacia la puerta que llevaba a la terraza cubierta. Había un viejo futón y un aparador de pino que pensaba restaurar cuando tuviera tiempo—. Yo dormiré aquí.

Se dispuso a discutir, pero ella, sin encender la luz, tomó la bolsa de hielo y se acercó cojeando a las ventanas, que carecían de cristales. De espaldas a él, se quedó contemplando la oscuridad.

Jesse fue a buscar una toalla. Al regresar, vio que seguía en la misma posición, inmóvil. No se volvió ni cuando dejó la toalla sobre el futón. Simplemente dijo:

—Gracias.

—De nada —le conmovía pensar que si aquella noche hubiera podido dormir, no habría sido testigo del accidente y nunca se habrían conocido. Por alguna razón aquel encuentro se le antojaba singularmente importante, como si todo hubiera estado planificado desde antes, desde siempre.

Pero en seguida se recuperó. Estaba empezando a pensar como su futura cuñada Charity y su alocada tía Florie, la autoproclamada adivina del pueblo. Realmente necesitaba una buena noche de sueño...

—Hay mantas en el aparador y más toallas en el baño.

—Respecto a mi moto...

—Creo que podré repararla. Si no puedo, te llevaré a ti y a la moto a Eugene.

Sólo entonces se volvió hacia él, frunciendo el ceño.

—¿Harías eso por mí?

—Sí, claro. Antes solía viajar mucho en moto y la gente me ayudaba. Hoy por ti y mañana por mí...

La expresión de Maggie se suavizó con una sonrisa. Era tan hermosa... Por alguna razón, le recordaba a Desiree Dennison, la mujer a la que había visto conducir el deportivo rojo contra el que había chocado.

—También pudo llevarte a ver al sheriff por la mañana. Lo conozco bien.

—¿Por qué habría de querer verlo? —le preguntó, asumiendo de nuevo su

habitual actitud desconfiada.

—Supongo que querrás denunciar al conductor del coche. Salió sin mirar.

No dijo nada, pero él leyó la respuesta en sus ojos. No tenía intención de denunciar a nadie.

—Bueno, dame una voz si necesitas algo.

Su expresión se suavizó de nuevo y, por un instante, Jesse creyó haber vislumbrado un brillo de vulnerabilidad en sus ojos. Sólo por un instante.

—Gracias por todo.

«Ha sido un placer», le respondió en silencio. Dejó abierta la puerta del cuarto de baño, con la luz encendida por si lo necesitaba durante la noche, y bajó al salón. Sonrió al recordar la cara que había puesto nada más beberse el whisky. ¿Quién diablos sería? Por desgracia era consciente de que eran muchas las probabilidades de que no lo supiera nunca.

Le dolía todo el cuerpo. Dejó la bolsa de hielo sobre el futón y se acercó cojeando a la ventana. La noche era fresca y húmeda, pero no fría. Permaneció durante un rato con la mirada perdida, estremecida todavía por el episodio del embarcadero, por el suceso del que había sido testigo. Había arrastrado a Norman a la muerte por haber advertido de su encuentro al inspector Rupert Blackmore.

Oyó una puerta abrirse y cerrarse en la planta baja. Por la ventana vio a Jesse Tanner dirigirse al garaje cercano, abrir la puerta y encender la luz. Dentro había aparcada una antigua y clásica Harley. El garaje parecía muy limpio y ordenado.

Instaló la rampa en el remolque de la camioneta y subió para bajar la moto y meterla en el garaje. Durante un rato se quedó allí de pie, frente a la motocicleta, admirándola. Maggie se quedó sin aliento cuando lo vio acariciarla con sus grandes y fuertes manos, como si fuera una mujer.

Se apartó de la ventana. Le ardía la piel. Mientras intentaba sobreponerse a las sensaciones que le evocaba aquel hombre, se dijo que tal vez aquella reacción no fuera más que un efecto del whisky. ¿Cómo podía sentir deseo por alguien cuando su vida corría tanto peligro?

Llevaba treinta y seis horas seguidas con la adrenalina corriendo a torrentes por sus venas, demasiado excitada para poder dormir o comer. Su estómago se resentía, pero sabía que a esas alturas necesitaba más descanso que comida. Desde donde estaba podía escuchar el tintineo de las herramientas en el garaje.

Sacó un par de mantas del aparador. Después de envolverse la bolsa de hielo con la toalla, se arrellanó en el futón y se arropó. La cama olía a bosque,

a noche fresca, y posiblemente también al hombre que dormía allí. Aspiró profundamente encontrando un extraño consuelo en aquel olor y en el ruido que estaba haciendo apenas a unos metros de donde estaba acostada.

Cerró los ojos con fuerza, con la sola idea de descansar hasta que él terminara de reparar su moto, consciente sin embargo de que no sería capaz de dormir. No cuando estaba tan cerca de Timber Falls. Tan cerca de descubrir la verdad. Sólo estaba a unos pocos kilómetros. Unas pocas horas más y...

Esa noche, en la carretera, cuando aquel coche apareció para cruzarse en su camino, lo primero que pensó fue que se trataba del inspector Rupert Blackmore intentando asesinarla de nuevo. Fue entonces cuando descubrió que se trataba de una conductora, un instante antes de chocar. Había vislumbrado el sobresaltado rostro de la joven, su larga melena oscura y sus ojos muy abiertos. Y, mientras rodaba por el suelo, había oído también el ruido del coche al acelerar. Sólo entonces se convenció de que aquello nada había tenido que ver con Blackmore. El policía no habría huido a toda velocidad, sino que se habría quedado para rematarla.

Temía que, para entonces, la corriente ya hubiera arrojado a la costa el cadáver de Norman. Sólo era cuestión de tiempo que Blackmore se enterara de que si su cuerpo no había aparecido era porque no se había ahogado. ¿Cuánto tardaría en averiguar su paradero y en descubrir sus intenciones? ¿Y si no quería que ella averiguara su origen, el hecho de que había sido secuestrada de niña? O quizá hubiera otra cosa, algo que el policía tenía aún más miedo de que pudiera descubrir...

A esas alturas, lo único que sabía era que había muerto gente por culpa suya. Porque sus padres habían ansiado un bebé con tanta desesperación que habían comprado uno... sin saber que se lo habían arrebatado a una familia de Timber Falls, en Oregón.

Le dolía el tobillo. Intentó no pensar. El inspector Rupert Blackmore le seguiría el rastro hasta Timber Falls. A no ser que estuviera esperándola ya en el pueblo...

El sueño se abatió sobre ella como un manto negro. Dejó de ver la niebla o el cuerpo muerto de Norman yaciendo a sus pies, o al policía apuntándole con su arma. Y, al menos por el momento, se sintió a salvo, segura.

Capítulo 3

Maggie se despertó con un sobresalto, el corazón acelerado. Abrió los ojos de golpe pero se quedó absolutamente inmóvil, esperando oír el ruido que más temía del mundo.

El crujido de una tabla cercana. El suave rumor de unas ropas. El sonido de alguien acercándose con sigilo. Pero no se oía más que el gorjeo de un arrendajo y el susurro de la brisa entre los pinos, justo debajo de la terraza.

Se sorprendió al ver que la terraza comenzaba a iluminarse con las primeras luces del alba. Había dormido. Eso la sorprendió. Evidentemente había estado muy cansada, pero... ¿quedarse dormida en la casa de un desconocido sabiendo que alguien la estaba buscando para matarla? Debía de haber estado más exhausta de lo que pensaba...

Se quedó escuchando durante unos segundos más, preguntándose por el ruido que la había despertado y si tendría algún motivo para preocuparse. En la cabaña todo estaba en silencio y ya no se oía el tintineo de las herramientas en el garaje cercano.

Sentándose, apartó las mantas y bajó las piernas. El hielo de la bolsa se había derretido y parte del agua había caído en el futón. La toalla estaba fría y empapada. Se puso de pie para comprobar el estado de su tobillo. Todavía le dolía, pero no tanto como para no poder andar. Y montar en moto. Permaneció durante un rato en el gastado suelo de madera y dio unos pasos tentativos hacia las ventanas sin cristales. Por supuesto, podría montar en su moto si acaso aquel hombre se la había reparado...

Se asomó a las ventanas. La puerta del garaje estaba cerrada, con la luz apagada. La camioneta se hallaba vacía. Su moto estaba frente a la casa, con el casco encima del asiento, esperándola. Se la había arreglado.

Experimentó una sensación de alivio y gratitud tan intensa que se tambaleó sobre su tobillo lesionado. Se le llenaron los ojos de lágrimas. En aquel momento, la amabilidad de aquel hombre resultaba demasiado abrumadora. Se volvió hacia el umbral: se había dejado la puerta abierta, y al parecer él tampoco la había cerrado. Al cruzar el estrecho pasillo entre las dos habitaciones, lo vio durmiendo en su cama de matrimonio, apartadas las mantas, cubierto solamente con la sábana.

Estaba abrazado a la almohada, de cara a ella, con sus rasgos viriles suavizados por el sueño. Un mechón de su liso y oscuro cabello le caía sobre

una mejilla, negro y brillante. En la penumbra, alcanzó a distinguir el destello dorado de su pendiente, la sombra de barba que cubría la mandíbula, las largas pestañas destacando contra su tez. Incluso dormido tenía el poder de cautivarla, con aquella cruda y singular sensualidad que exudaba por todos los poros. Aquel hombre representaba un peligro para cualquier mujer. Seguro que sería un gran amante. Había visto la manera en que había tocado la moto. Y había visto también sus obras de arte. Tanto una cosa como la otra habían logrado conmoverla hasta el fondo de su alma. La noche anterior, el temor por su vida le había robado sus reacciones sexuales más primarias. Pero aquella mañana la cosa era bien diferente...

Lo que la sorprendía, sin embargo, no era tanto la atracción que sentía por aquel hombre sino el hecho de que le inspirara tanta seguridad. Demasiada.

Recorrió sigilosamente el pasillo. Le había dejado la pequeña luz del cuarto de baño encendida, expresamente para ella. Aquel pequeño gesto la conmovió casi más que los otros. Cerró la puerta a su espalda y vertió en el lavabo el agua que quedaba en la bolsa de hielo, antes de poner la toalla a tender.

Se lavó la cara, evitando mirar al desconocido por el espejo. Había pasado demasiado tiempo, demasiados años, preguntándose quién era. Ahora que estaba a punto de averiguarlo, sin embargo, no quería enfrentarse con aquella verdad: con lo que sus padres adoptivos habían hecho en su desesperación por tener un hijo.

Sabía que el dinero lo pervertía todo. En la mayor parte de las adopciones había mucho dinero de por medio, aunque detestaba pensar en lo que sus padres habrían pagado por ella. Lo que la asustaba era la manera en que se había realizado la adopción. Y por qué alguien deseaba matarla para impedir que lo descubriera.

Nadie cometía múltiples asesinatos para encubrir una adopción ilegal o incluso un secuestro. Sobre todo al cabo de veintisiete años. Tenía que haber algo más detrás de ello. ¿Y si alguien tenía miedo de que eso saliera a la luz? Según Norman, la respuesta se encontraba en Timber Falls, apenas a unos pocos kilómetros de donde se encontraba. Era allí adonde precisamente había huido, temiendo por su vida, disparada como un cohete hacia la verdad. Pero ahora que se encontraba tan cerca, tenía miedo de lo que pudiera encontrar. Cuando era más joven, a menudo había pensado en buscar a sus padres biológicos. Por supuesto, sus padres adoptivos la habían disuadido de hacerlo. Ahora sabía que habían albergado segundas intenciones al respecto. Por desgracia, llegado ese momento no tenía más remedio que descubrir

quién era realmente. Y, con un poco de suerte, la respuesta le salvaría la vida. Pero... ¿y si su vida no merecía la pena cuando descubriera la verdad?

Cuando se volvió para salir del cuarto de baño, se quedó paralizada. Había un uniforme de ayudante de sheriff colgando del perchero de la puerta.

Recibió la llamada antes de que se hiciera de día. El inspector Rupert Blackmore estaba tumbado en la cama, completamente vestido, mirando al techo. Sin dormir, por supuesto. Había esperado durante horas a que sonara el teléfono, con las noticias que tanto ansiaba escuchar.

Rezando para escucharlas. Aunque rezar no era precisamente lo que había estado haciendo. En aquel momento habría sido capaz de vender su alma al diablo si no lo hubiera hecho ya mucho tiempo atrás. Dejó sonar tres veces el teléfono antes de contestar.

—Inspector Blackmore.

—Han pescado un cuerpo del mar cerca del viejo embarcadero —le informó su subordinado, un joven llamado Williams—. Seis impactos de bala. Muerte instantánea. Un homicidio más claro que el agua.

Rupert Blackmore contuvo el aliento mientras se levantaba.

—¿Lo han identificado?

—Afirmativo. Norman Drake. Llevaba la cartera en el bolsillo. El tipo al que estábamos buscando por el asesinato de su jefe, el abogado Clark Iverson.

Como si Rupert no lo supiera. Procuró disimular la decepción que sentía por la aparición de aquel único cuerpo, y no dos.

—Acordona la zona entera. Quiero un registro minucioso. Drake no actuaba solo y esto parece un ajuste de cuentas entre asesinos.

Colgó y soltó una maldición. Acto seguido, en un ataque de ira y frustración, levantó el teléfono de la mesilla y lo estrelló contra el suelo. Luego se dejó hacer en el borde de la cama y se cubrió la cara con las manos. El cuerpo de la chica terminaría apareciendo. Sólo entonces acabaría aquel asunto.

Suspirando profundamente, se levantó y recogió el teléfono. Volvió a colocarlo cuidadosamente sobre la mesilla, agradecido de que su mujer estuviera en casa de su madre y no tuviese intención de volver hasta después de unos días. Tiempo suficiente para rematar aquel asunto antes de su regreso.

Mientras se dirigía hacia la puerta, intentó no preocuparse demasiado. Con Margaret Randolph muerta, nadie descubriría jamás la verdad. Si se hubiera hecho cargo de aquel problema veintisiete años atrás, cuando le

pagaron para hacerlo...

«Un momento de debilidad», pensó, y de inmediato frunció el ceño. No, aquello no era más que una vieja mentira. Lo había hecho por dinero, así de sencillo. En lugar de haberse deshecho del bebé, lo había vendido. Y jamás se había arrepentido de ello... hasta que Paul Randolph averiguó lo sucedido. Ahora Rupert tenía que actuar con rapidez y eficiencia antes de que todo aquel asunto le estallara en las manos. No cometería más errores como el de la otra coche, en el embarcadero. Aunque por fuerza tenía que haberle acertado. Había estado demasiado cerca y era un buen tirador.

Intentó olvidarse de aquellos errores para concentrarse en el futuro. Y el futuro era sencillo. Si Margaret Randolph no aparecía flotando en Puget Sound... no tardaría en hacerlo.

Maggie se quedó mirando de hito en hito el uniforme de ayudante del sheriff, sin aliento. ¿Jesse Tanner, un policía? La noche anterior le había dicho que conocía bien al sheriff. Ella no se había extrañado. Le había parecido algo normal en una población tan pequeña como Timber Falls.

A punto estuvo de soltar un gemido de disgusto. No sólo se había quedado a pasar la noche en la casa de un policía, sino que ahora debía de tener también el número de matrícula de su moto. La sangre se le heló en las venas. Podía averiguar su nombre... si acaso no lo sabía ya. Peor aún: podía decirle a Blackmore que estaba viva... y que además, se hallaba en Timber Falls.

¿Pero por qué Jesse Tanner habría de comprobar la matrícula de su moto? No le había dado ningún motivo. Aunque la policía no necesitaba un motivo concreto para ponerse a investigar cualquier asunto...

Sólo que Jesse era diferente. Él no se había comportado como un poli. La noche anterior no había insistido en llevarla a un médico, ni ante el sheriff aquella misma mañana. Y tampoco le había hecho muchas preguntas. Intentó calmar el acelerado latido de su corazón. Le temblaron las manos cuando se puso a limpiar los grifos y cualquier otro objeto que hubiera tocado. ¿Estarían sus huellas digitales fichadas en algún expediente? Lo ignoraba.

Creía recordar que le habían tomado las huellas de niña. Por insistencia de sus padres, que habían tenido miedo de que alguien pudiera secuestrarla. Qué ironía.

Cuando abrió la puerta del baño, medió esperó encontrarse con el ayudante del sheriff esperándola al otro lado. Pero el pasillo estaba vacío. Se detuvo a escuchar. Silencio. Caminando de puntillas, pasó de nuevo por delante de su habitación. Volvió a la terraza rezando para que continuara

dormido, tal y como lo había encontrado antes.

Recogió sus botas, su cazadora de cuero y la alforja donde llevaba los diez mil dólares. Luego miró bien para asegurarse de que no se había dejado nada, antes de bajar cojeando las escaleras sin hacer ruido.

Una vez abajo, contempló de nuevo sus pinturas. Ahora que ya sabía algo más de él, le extrañaba que hubiese pintado aquellas obras. Jesse Tanner, con aquellos rasgos duros, como esculpidos en piedra. Con aquellos ojos y aquel pelo negro como la noche. La larga coleta y el aro en la oreja, que tan poco cuadraban con el uniforme de un ayudante del sheriff...

Había algo especial en aquel hombre, como una fuerza que quisiera contener y reprimir en su actitud, pero que no podía disimular en su obra artística. Aquellas largas y enérgicas pinceladas, el uso de los colores, la manera que tenía de abordar los temas... De las seis pinturas, su favorita era una escena de una cantina mexicana. Un grupo de hombres viendo bailar a una mujer. La tensión sexual de la escena era evidente. Tanto en la obra como en el pintor.

Tenía talento, demasiado para no dedicarse profesionalmente al arte. Pero entonces... ¿por qué estaba trabajando como ayudante del sheriff? No le parecía el tipo de persona al que le gustara dominar o amedrentar a la gente. Todo lo contrario.

Contempló la cabaña. Le gustaba. Le gustaba él. Pero también le habría gustado que no fuera un policía. Intentó decirse que no debería sentirse culpable por marcharse a escondidas, sin despedirse. La noche anterior, el accidente la había dejado agotada, dolorida. Había tenido la necesidad de un refugio y él se lo había proporcionado sin pedirle nada a cambio. Quizá nunca llegara a saber lo mucho que aquel gesto había significado para ella.

Bajo circunstancias normales, jamás se habría marchado sin habérselo agradecido antes. Pero esas no eran ni mucho menos circunstancias normales, se recordó al pensar en el vaso de whisky que se había bebido la noche anterior. Se acercó a la pila y fregó los dos vasos y los secó. Teniendo buen cuidado de no dejar huellas, los guardó en el armario con los otros y limpió minuciosamente el grifo y todo lo que había tocado, tal y como había hecho en el cuarto de baño.

Sabía que estaba siendo demasiado cautelosa. Pero quizá fuera por eso por lo que aún seguía con vida. Su moto estaba en la puerta de la cabaña, con el casco encima del asiento. Le había arreglado desde la pata de cabra hasta el manillar. Aún tenía abolladuras, pero su aspecto no era nada malo teniendo en cuenta lo que podía haberle sucedido.

Se echó la alforja al hombro y montó. Nada más arrancar, al oír el rugido del potente motor, experimentó una sensación de inmenso alivio... y de agradecimiento por el hombre que lo había reparado. Mientras metía una marcha, no pudo evitarlo: alzó la mirada hacia la casa y la desvió rápidamente. Se recordó que era un policía. Y, de la peor manera posible, había aprendido a no confiar en los policías. En ninguno. Si quería seguir viva, tendría que tenerlo muy presente.

Jesse Tanner la vio marcharse desde la ventana de la terraza. Lo había despertado el ruido del agua corriendo en la planta baja, y medio había esperado que se hubiera puesto a hacer café. Una ingenuidad por su parte.

Pero mientras la contemplaba alejándose rumbo al sol que acababa de salir, no podía evitar preocuparse. La noche anterior, cuando terminó de arreglarle la moto, había subido a echarle un vistazo. Se había sentido culpable por curiosear sus cosas de aquella manera, pero miró en su alforja y descubrió los manojos de billetes pequeños. Quizá no se fiaba de los cheques de viaje. Quizá había retirado todos sus ahorros del banco para hacer un largo viaje en moto.

O quizá había robado todo aquel dinero.

De cualquier forma, se había marchado y ese ya no era su problema. Se dijo que no debería sentirse sorprendido de que se hubiera largado sin despedirse. La noche anterior había sacado la impresión de que no era nada aficionada a las largas despedidas. Aun así, si se hubiera quedado, le habría hecho pastelillos para desayunar. Hacía años que no los hacía, pero se los habría preparado gustoso.

Subió al piso superior con la absurda esperanza de que le hubiera dejado alguna nota. Debió haberlo adivinado. Las mujeres de su clase no dejaban notas. Ni caras felices garabateadas en papelitos adhesivos en la nevera. No era de ese tipo de chicas.

Se preparó una cafetera y vio que había fregado los vasos y los había guardado en el armario. Durante un buen rato, mientras se hacía el café, se quedó mirando aquellos vasos limpios. Luego se sirvió una taza y se la llevó arriba, donde se duchó y se puso el uniforme que había dejado colgado detrás de la puerta. Sin dejar de preocuparse todo el tiempo por el día que lo esperaba.

No era sólo la bella motorista cargada de dinero lo que lo preocupaba. En aquel momento ya debía de estar a kilómetros de allí. Su problema era Desiree Dennison. Había reconocido su deportivo rojo cuando arrolló a aquella chica. Y no podía negar lo que había visto con sus propios ojos:

Desiree marchándose a toda velocidad y abandonando la escena de un accidente que ella misma había provocado.

Pero lo último que quería hacer en ese momento era ir a casa de los Dennison. Tenía sus buenas razones para ello.

Capítulo 4

Maggie atravesó Timber Falls a primera hora de la mañana, sorprendida de que el pueblo fuera aún más pequeño de lo que había sospechado por el mapa. La calle principal sólo tenía dos o tres manzanas de longitud. El Motel Ho Hum, el Café de Betty, la casa de antigüedades Busy Bee, la tienda informática de Harry, una pequeña oficina de correos y el banco.

Nada más pasar por delante de la oficina del periódico Cascade Courier, apareció la comisaría. Giró por una calle lateral, aun sabiendo que Jesse Tanner no podía haberla adelantado. Porque no tenía manera de saber cuántos agentes podía haber en aquel pueblo, ni quién pudiera estar buscándola en aquel preciso momento.

Cuando cayó al agua en el embarcadero, arrastró consigo el cuerpo de Norman. Aquella noche el agua estaba muy picada. Por lo que sabía, el cadáver de Norman todavía no había aparecido, pero aún no había tenido tiempo de leer ningún periódico. Hasta que no encontraran el cuerpo de Norman, teóricamente era imposible que Blackmore pudiera saber que estaba viva.

La noche anterior no había vuelto a casa. Afortunadamente había tenido el buen sentido de esconder su moto antes de bajar al embarcadero para encontrarse con Norman. Cuando logró salir del agua, tuvo que recorrer unos ochenta metros hasta llegar a un pequeño bar de playa. Forzó la puerta para ocultarse dentro. Luego se quitó el traje de cuero y se quedó en camiseta y pantalones cortos antes de curarse y vendarse la herida de la mejor manera que pudo, utilizando el botiquín de primeros auxilios.

A continuación hizo sonar la alarma contra incendios, permaneciendo escondida hasta que llegaron los primeros camiones de bomberos. En medio de la confusión, se las arregló para volver a donde estaba su moto, con su traje de cuero guardado en una bolsa de basura que había encontrado en la nave.

Había temido que el policía localizara su moto, pero no vio a nadie por allí. Cada vez más asustada, eligió el único destino posible: Timber Falls, Oregón, una pequeña población que había localizado en un mapa de gasolineras. Pensó que, con un poco de suerte, contaría con algo de tiempo. Pero una vez que apareciera el cadáver de Norman y el suyo no, ese tiempo se le acabaría...

Pensó en Norman. Todavía le entraban náuseas y seguía culpándose por su muerte. Si no hubiera avisado a Blackmore...

Había telefonado a Rupert Blackmore porque era el inspector encargado de investigar el asesinato de Clark Iverson. Había leído en el periódico que estaba buscando afanosamente a su ayudante en el despacho, Norman Drake, para interrogarlo. No sabía nada de su persona, y mucho menos si tenía alguna relación con Timber Falls. O con ella.

Pero ahora comprendía perfectamente por qué Norman se había mostrado tan asustado. Había sido testigo del asesinato de Iverson a manos de Blackmore y, como Maggie, probablemente habría visto la foto del policía en los periódicos cuando fue recompensado por el alcalde por su valentía y sus muchos años de servicio en el departamento de policía de Seattle.

¿Quién podría creer que un policía tan reputado como él, con treinta años en el departamento y con tantas condecoraciones era un asesino? Nadie. Era por eso por lo que Norman no había ido a la policía. Y por lo que Maggie tampoco iría hasta que averiguara por qué Blackmore había asesinado a los demás... e intentado asesinarla a ella, también.

En aquel momento terminó de cruzar un pequeño barrio residencial de la población y pasó por delante del DuckIn Bar y de la tienda de comestibles de Harper. Su estómago se quejó de inmediato. No recordaba la última vez que había comido.

Aparcó la moto y entró en la tienda para comprar una bolsa de donuts y un cartón de leche, que se bebió antes de pagar la cuenta. Se llevó también un poco de fruta y embutido para después, junto con una botella de agua. No pensaba volver al pueblo hasta después de algunas horas.

Cuando se disponía a marcharse vio una columna de periódicos y se detuvo a echar un vistazo. Pero antes de que pudiera buscar en los periódicos la noticia de la aparición de algún cadáver flotando en la playa... leyó un titular en el Cascade Courier que la dejó paralizada.

—Hey, ayer te olvidaste de esto —comentó el sheriff Mitch Tanner, instalado en su tumbona, nada más ver aparecer a Jesse por la puerta.

La primera parada que hizo Jesse en el pueblo fue para saludar a su hermano... y hablarle del accidente de la noche anterior.

Mitch siempre había sido el hermano bueno. Nada más terminar el instituto hizo sus estudios universitarios. Luego aceptó un trabajo como sheriff y se compró una casa. Jesse, en cambio, siempre había sido la oveja negra. Siempre metido en problemas. Cuando dejó Timber Falls, lo hizo con unas esposas en las muñecas. Una vez que se aclaró aquel pequeño

malentendido, se marchó a México y estuvo varios años allí, medio temiendo regresar a casa y echando al mismo tiempo de menos a su padre y a su hermano.

—Lo tienes que llevar encima constantemente... y mantenerlo encendido —añadió Mitch, lanzándole un teléfono móvil.

Jesse soltó un gruñido mientras cazaba al vuelo el maldito trasto. Ya tenía bastante con ser policía como para encima tener que cargar con un móvil. Se lo guardó en un bolsillo del pantalón, recordándose que sólo tendría que soportar llevarlo durante un par de meses.

—Es uno de esos que vibran, ¿verdad? —preguntó, haciéndole un guiño travieso—. Bueno, quizá le encuentre alguna utilidad, después de todo...

Mitch alzó los ojos al cielo y se recostó en la tumbona, con la pierna izquierda embutida en una enorme escayola y un par de muletas al lado, apoyadas contra la pared. Había recibido dos balas. Una le había roto la tibia de la pierna izquierda y la otra le había pasado rozando.

Quien le había disparado era un conocido suyo: Wade Dennison, el hombre más popular de Timber Falls. Todo sucedió cuando Mitch apareció en medio de una pelea entre Wade y su mujer, Daisy. Una aparición repentina en el lugar y en el momento menos indicados.

O al menos eso era lo que decía Wade.

En opinión de Jesse, la cárcel era el lugar más indicado para Wade. El propietario de Dennison Ducks, la gran factoría de patos de reclamo que daba de comer al pueblo y por la que se había desvivido durante años. Afortunadamente y después de un breve paso por el hospital, en aquel momento estaba entre rejas enfrentándose a todo tipo de cargos, desde agresión a mano armada hasta resistencia a la detención y maltrato doméstico. Su esposa Daisy estaba haciendo todo lo posible para que no lo dejaran en libertad bajo fianza, alegando que temía por su vida.

Por supuesto, todo ello había sido una especie de festín informativo para el Cascade Courier, el semanario que dirigía la prometida de Mitch, Charity Jenkins. De hecho, los esfuerzos de Charity seguían encaminados a mantener el tema en las páginas de portada a pesar del tiempo transcurrido. Y, como siempre, las noticias del semanario continuaban nutriendo los impenitentes cotilleos del Café de Betty.

Jesse sabía que mucha gente del pueblo odiaba a Wade por su dinero y por su actitud prepotente, y que estaban esperando que se llevara un buen escarmiento. El lo único que esperaba era que no volviera a disparar contra Mitch si acaso llegaba a salir libre. La próxima vez se lo tomaría de una

manera mucho más personal.

Mientras tanto, y dado el estado de su pierna, Mitch le había pedido a Jesse que hiciera de ayudante suyo hasta que terminara su recuperación. Como Timber Falls se hallaba en un lugar tan remoto de Oregón, el sheriff tenía autoridad para nombrar a quien quisiera para ayudarlo.

Jesse sospechaba que Mitch le había puesto el uniforme con la segunda y secreta intención de enderezar su vida. Sonrió al pensarlo, porque el trabajo no podía gustarle menos. Acaba de empezar la jornada y ya lo odiaba. Aun sí, sabía que le estaba haciendo un favor a Mitch y además, necesitaba el dinero. Irónicamente, desde su problemática adolescencia jamás le habían entusiasmado los policías y ahora se veía convertido en uno de ellos. El único activo de Timber Falls.

La suerte era que en Timber Falls rara vez se cometía algún crimen, aunque la estación lluviosa de aquel año se había llevado una buena ración de ellos. De todas formas, Jesse esperaba que con Wade Dennison entre rejas y acabado el ciclo de avistamientos del Bigfoot, la mítica criatura de las montañas de aquel país, las cosas se tranquilizaran mínimamente.

—Parece que te estás recuperando muy bien... —acababa de soltarle ese comentario cuando Charity entró en la habitación con una bandeja de café, zumo de naranja y huevos con beicon y tostadas, para dejarla sobre el regazo de Mitch. Arqueó una ceja, extrañado—. Diablos, ¿estoy viendo visiones o esta mujer incluso sabe cocinar?

—Muy gracioso —masculló Charity—. Es algo genético. Las mujeres nacen para cocinar y para limpiar. Y los hombres para ser unos asnos.

Jesse fingió sentirse ofendido.

—Excepto Mitch —precisó ella con una sonrisa, acariciándole un hombro.

Desde que era una niña, Charity siempre había estado locamente enamorada de su hermano pequeño, y Jesse no podía estar más contento de que ambos se hubieran finalmente emparejado. Tendido en el charco de su propia sangre, Mitch sólo terminó entrando en razón y declarándose a Charity después de que ella le hubiera salvado la viuda. El pobre era lento, pero no tonto.

—Necesito hablar un momento con mi hermanito —dijo Jesse. Mitch era dos años más joven, pero le sobrepasaba en estatura—. Cosas del departamento del sheriff.

Mitch soltó un gruñido:

—Decir eso delante de Charity, la gran reportera, es como agitar un trapo rojo frente a un toro.

—No es un asunto interesante para tu periódico —le aseguró Jesse a la periodista, mientras se sentaba al lado de su hermano y le robaba una loncha de beicon.

Pero Charity no se movió de su sitio, por si acaso. Como propietaria, directora y reportera del Cascade Courier, era un verdadero sabueso a la hora de olfatear una buena historia.

—¿Te acuerdas de aquellos papeles que me dijiste que tenía que rellenar cada semana? —inquirió Jesse con la boca llena de beicon—. ¿Dónde los guardas?

Aquello no prometía nada interesante. Charity recogió su bolso y se dirigió hacia la puerta.

—Jesse, si vas a quedarte aquí unos minutos, yo necesitaría pasarme un rato por el periódico...

—Puedo quedarme solo, ¿sabes? —le gritó Mitch desde la tumbona.

Pero Charity no le hizo ningún caso.

—Me quedaré aquí hasta que vuelvas —le propuso Jesse con tal de que se marchara de una vez.

—¿Papeles, has dicho? —le preguntó Mitch, extrañado.

—No se me ocurría otra cosa —Jesse se encogió de hombros—. No, no se trata de eso. Anoche fui testigo de un accidente. Desiree Dennison arrolló a una moto.

Mitch soltó un juramento.

—¿Algún herido?

—No. Pero Desiree se marchó a toda velocidad. Ni siquiera se paró a ver lo que le había pasado al motorista.

—¿Estás seguro de que era Desiree?

—Vi el coche con mis propios ojos. Había bajado la capota del coche. Y su melena es inconfundible.

Desiree estaba orgullosa de su espectacular melena. Jesse estaba intentando recordar de qué color era cuando se acordó del cabello de Maggie. Era largo y le caía en una cascada de rizos hasta la espalda. Tenía un color caoba oscuro, natural. El de Desiree era seguramente teñido.

—¿Algún otro testigo? —inquirió Mitch.

—No. Eran las tres de la madrugada.

—¿Y el motorista?

—No quiere presentar denuncia. Ya sabes cómo son los moteros.

Mitch soltó un gruñido. Sabía cómo era su hermano y con eso le bastaba.

—El coche tiene que tener una buena abolladura. La moto chocó contra la

puerta del pasajero. Tengo una muestra de la pintura de la moto.

Mitch asintió con la cabeza.

—Tendrás que multarla. Después de todas las multas por exceso de velocidad que ha recibido, el juez le retirará el permiso de conducir.

—Sólo quería decírtelo antes de subir hasta allí. Seguro que el asunto tendrá repercusiones.

—¿Por qué?

—He oído que Wade tal vez consiga la libertad bajo fianza.

—Es imposible. Daisy se opondrá. Y yo. Es demasiado arriesgado tenerlo suelto.

—Ojalá el juez piense lo mismo —repuso Jesse mientras le robaba un pedazo de tostada del plato. Nunca había confiado mucho en los jueces. Y Charity había publicado unos artículos bastante incendiarios sobre Wade y el resto de los Dennison.

Si Wade salía de la cárcel, nadie sabía lo que podía ser capaz de hacer. Por lo que Jesse sabía, había amenazado a Charity por lo menos una vez.

—¿Has pensado en cortarte el pelo? —le preguntó Mitch mientras Jesse se limpiaba los dedos en su servilleta.

—No —eso era lo mejor de ser policía en una región tan remota como aquélla. Un buen número de leyes y reglamentos de la ciudad no se aplicaban allí. ¿Cómo si no un tipo como él habría podido convertirse en agente de la ley?

De repente oyó el coche de Charity.

—Tu mujer ha vuelto. Será mejor que te termines el desayuno.

—Lo poco que has dejado, dirás —rezongó Mitch—. Ten cuidado con los Dennison. Están todos locos.

Jesse no lo dudaba en absoluto.

Maggie se quedó mirando de hito en hito el titular del semanario. Tras pasar veintisiete años ocultando el secuestro de su segunda hija, Daisy Dennison se preparaba para empezar una nueva vida.

—¿Es todo? —le preguntó la dependiente de la tienda de comestibles.

Maggie retiró la mirada del periódico para posarla en la anciana de detrás del mostrador. Veintisiete años. Secuestrada.

—¿Qué?

—¿Desea algo más?

—Unos periódicos —aturdida, sacó de la columna dos enormes diarios de la costa y el pequeño Cascade Courier. Le temblaban las manos cuando los metió dentro de la bolsa.

La dependienta se la quedó mirando durante unos segundos y le cobró los diarios. Maggie le entregó un billete de veinte y aceptó el cambio que la anciana insistió en contar en su mano temblorosa. Después de guardar precipitadamente el cambio en la bolsa, se marchó de la tienda casi a la carrera.

Una vez fuera miró a un lado y a otro, nerviosa, sin saber muy bien si estaba buscando la cara de un asesino o la de un atractivo ayudante de sheriff. O quizá el rostro de alguien que le recordara el suyo... Las calles estaban vacías a una hora tan temprana. Cuando volvió la vista, descubrió que la dependienta no le había quitado el ojo de encima.

Subió a su moto, Retrocedió varias manzanas para asegurarse de que no la seguía nadie antes de enfilarse hacia el sur, rumbo a alguna de las numerosas zonas de acampada que había visto en el mapa. Escogió la más alejada de la carretera, muy dentro del bosque y cerca del río.

Sólo cuando estuvo segura de que nadie podía verla, sacó el Cascade Courier y se concentró en el artículo. Lo leyó entero dos veces. Se hablaba poco del secuestro en sí. La mayor parte relataba la historia de una mujer llamada Daisy Dennison que había vivido como una ermitaña durante veintisiete años, encerrada en su casa, después de que alguien secuestrara a su hija, bebé de pocos meses, en la cuna.

Su marido Wade, el fundador de la empresa Dennison Ducks, una planta de fabricación de patos de reclamo, estaba entre rejas por una gran variedad de acusaciones, incluida la de disparar contra un sheriff durante una reciente disputa con Daisy.

Los intentos de Wade Dennison por salir en libertad bajo fianza habían sido frustrados por su esposa. Se decía que Daisy había pedido el divorcio para comenzar una nueva vida. «Una familia estupenda», pensó Maggie, irónica. Pero el detalle más relevante de la historia, al menos para ella, era que la hija más pequeña del matrimonio, Angela, había sido secuestrada veintisiete años atrás. Nadie había reclamado ningún rescate. Y nadie había vuelto a verla.

Angela Dennison. ¿Era posible que Maggie fuera ella? Si lo que Norman le había dicho era cierto, tenía que serlo. ¿Cuántos otros bebés habían podido ser secuestrados veintisiete años atrás en una población tan diminuta? Sacó rápidamente su tienda de campaña y se terminó la leche con un par de donuts antes de ponerse a revisar los diarios de la costa. Nada sobre Norman. Suspiró de alivio.

Sabía que debería intentar dormir un poco, pero el río corría muy cerca de

donde estaba, fresco, limpio e invitador. Abandonó la tienda y se acercó al pequeño remanso que se había formado a unos metros de allí, se desnudó y se metió en el agua. El agua helada hizo algo más que refrescarla y tonificarle los músculos: le confirmó que estaba viva. Al menos por el momento.

Se sintió mucho mejor, pero la inquietud no había desaparecido del todo. Ni su preocupación por el policía en cuya casa había pasado parte de la noche. Aquel hombre no tenía motivo alguno para salir en su busca. Pero... ¿y si Blackmore lo había advertido respecto a que podía dirigirse a Timber Falls? Pero entonces eso significaría que Jesse Tanner había estado en contacto con el inspector Rupert Blackmore, y que éste sabía ya que estaba viva...

Aquel ayudante de sheriff... ¿ayudaría a Blackmore en su empeño por buscarla? ¿Y por qué no habría de hacerlo? Sería su palabra contra la de un reputado inspector de policía. La respuesta era obvia.

Escondió la moto entre los árboles, sacó la alforja llena de dinero junto a sus escasos artículos personales. Luego se metió en la tienda para descansar. Y esperar a que oscureciera.

Capítulo 5

Desde que era niño, Jesse siempre había procurado evitar la casa de los Dennison. Y lo último que le apetecía en aquel momento era arruinar aquella mañana con una discusión con Desiree, para no hablar de su madre.

Antes se había pasado por la comisaría el tiempo suficiente para dejar su Harley y cambiarla por el coche patrulla que Mitch insistía en que utilizara, junto con el maldito teléfono móvil.

Los Dennison vivían a escasos kilómetros de allí, en las afueras de la ciudad, cerca de la factoría de reclamos. Jesse no había vuelto a ver ni a Wade, ni a Daisy ni a su hija Desiree desde el tiroteo que tuvo lugar en su casa, en el que resultó herido Mitch. Pero había oído que Desiree había estado frecuentando el bar Duck-In más de lo que ya tenía por costumbre. Y conduciendo como una loca en el deportivo que le había comprado su padre antes de ingresar en prisión.

La última vez que estuvo en aquella casa los había encontrado a los tres en la gran sala de la piscina cubierta, con Mitch tendido en el suelo, en un charco de sangre, y Daisy apuntando a Wade con una pistola. Menuda familia. Charity había salvado la situación, y al propio Mitch, de forma que lo único que tuvo que hacer Jesse fue esposar a Wade para llevárselo al hospital y después a la cárcel. Todo lo cual añadió un nuevo escándalo a una familia rica en ellos, desde que Jesse tenía memoria. Mucho antes de que su hija pequeña fuera secuestrada veintisiete años atrás.

Como era lógico, ni Daisy ni Desiree estarían muy deseosas de volverlo a ver. El sentimiento era recíproco.

Aparcó el coche patrulla cerca del garaje. La mansión de los Dennison se levantaba imponente en el bosque, frente a él. Era una casa edificada con un solo propósito en mente: exhibir el mucho dinero que poseía Wade. Un edificio de estilo colonial, como una casa de plantación de Lo que el viento se llevó. Porche con enormes columnas, amplia veranda con mecedora blanca, y en el interior, una particular versión Timber Falls de las clásicas bellezas sureñas. Sólo que Daisy, al igual que su hija Desiree, no era sureña. Y tampoco una belleza al estilo sureño, por cierto.

Miró primero en el garaje, asomándose a las ventanas. Estaba el todoterreno de Wade, el de Daisy... y el pequeño deportivo rojo de Desiree, con la puerta del pasajero hundida. Abrió la puerta y entró para comparar la

pintura con la muestra que había tomado de la moto. Era la misma, por si hubiese quedado alguna duda. Acto seguido se dirigió a la mansión.

—¿Sería usted tan amable de llamar a la señorita Desiree, señora? —preguntó con un acento digno de Rhett Butler, cuando el ama de llaves le abrió la puerta minutos después—. La ley la reclama —y le enseñó su placa.

La mujer, una alemana de gesto hosco, no pareció apreciar ni su acento ni su humor. Ni siquiera se mostró mínimamente preocupada. Tampoco era la primera vez que un agente de la ley llamaba a la puerta preguntando por Desiree.

—Se encuentra indispuesta.

Jesse se echó a reír.

—Todavía en la cama, ¿eh? Le advierto que si me obliga a tener que volver, lo haré con una orden de registro.

—Ya me encargo yo —dijo una voz femenina procedente de la fresca oscuridad del fondo de la casa. Daisy surgió de pronto de las sombras. Rondaba los cincuenta años y seguía siendo una mujer muy atractiva. Parecía como si los años que había pasado encerrada en aquella casa desde el secuestro de Angela la hubieran vuelto más reservada, menos altiva. Se había teñido el cabello con mechas rubias y dejado una elegante melena corta.

Pero Jesse siempre la había visto y la vería como cuando la vio por primera vez, con nueve años de edad. Una diosa de larga cabellera negra y figura voluptuosa, sensual, montando a caballo a pelo entre los helechos que crecían detrás de su casa. Oliendo a exóticas flores y a algo que sólo descubriría con el tiempo: sexo.

—Hola, Jesse. ¿Te apetece una taza de café? ¿O quizá un té con hielo? Zinnia acaba de prepararlo.

—No, muchas gracias, señora Dennison —supuestamente era natural que la mujer no le cayera bien, pese a que apenas habían intercambiado un par de palabras hasta la fecha—. Necesito ver a Desiree.

—Seguro que aún sigue en la cama. Ah, y... por favor, llámame Daisy.

—Me veo obligado a insistir en que se levante su hija, señora Dennison.

Daisy se puso de repente tensa, rígida.

—¿Tan importante es?

—Sí, señora.

—Muy bien —suspiró—. Si no te importa esperar aquí... —le señaló un pequeño salón, con las paredes forradas de libros—. Voy a buscarla.

Jesse se dijo que, a juzgar por la expresión de la madre, la joven no iba a alegrarse mucho.

Transcurrieron tres buenos cuartos de hora antes de que la princesa de la casa hiciera su aparición. Para entonces Jesse ya se había familiarizado con unos cuantos clásicos de la biblioteca. Su aroma la precedió. Olía a jazmín y estaba perfectamente maquillada, aunque con el pelo todavía húmedo de la ducha. Iba toda vestida de blanco, con una blusa de seda que resaltaba su figura y unos bermudas que le permitían lucir sus piernas bronceadas. Con aquel aspecto de mujer fatal, seducir debía de resultarle tan fácil como respirar.

—Hola, Jesse —exclamó con tono zalamero—. Tenías que haber anunciado tu visita. Así me habría puesto más presentable...

El color de sus ojos lo dejó impresionado. No fue lo único. Pasó elegantemente a su lado y le plantó un beso en la mejilla, al tiempo que le rozaba un brazo con los senos en un gesto de aparente descuido. A Jesse le costó encontrar la voz para replicar:

—Sabes perfectamente que no se trata de una visita de cortesía.

Se volvió hacia él con una sonrisa en los labios. Desiree Dennison era muy consciente del poder que su belleza le daba sobre los hombres. Y le encantaba ejercerlo.

—Estoy aquí por un asunto oficial. Anoche fui testigo de un accidente en la carretera de Timber Falls, cerca de mi casa. Te vi arrollar a una moto cuando salías de Maple Creek.

La joven lo miró como si estuviera loco y mintió descaradamente:

—No sabes de lo que estás hablando.

—¿Dónde estuviste ayer a las tres de la mañana, después de que cerraran los bares?

—En mi cama —arqueó una ceja.

—¿En la cama de alguien que pueda ofrecerte una coartada?

—En mi cama, sola —hizo un mohín de disgusto.

Jesse sacudió la cabeza.

—Dame las llaves del coche.

—¿Qué?

—Las llaves de tu deportivo. Dámelas. Ahora.

—Tengo que subir a por ellas —replicó, furiosa.

—Esperaré.

Desiree le dio la espalda para pulsar el botón del intercomunicador.

—Tráeme un zumo —le espetó al ama de llaves—. De naranja. En vaso grande —y abandonó el salón.

Jesse casi esperó escuchar el motor de su deportivo, pero aquella chica

estaba demasiado acostumbrada a que la sacasen de apuros para que saliera huyendo. Su papá siempre le pagaba las fianzas. Sólo que, en ese momento, su papá ni siquiera podía pagarse la suya. Y quizá su mamá estuviera harta de las travesuras de su hija.

Fue Daisy quien volvió al fin con las llaves del deportivo.

—Si me hubieras dicho a lo que habías venido, le habría ahorrado a Desiree la molestia de despertarla. Anoche utilicé el coche de mi hija.

Jesse se la quedó mirando sin molestarse en recoger las llaves que le tendía.

—¿Usted conduciendo por la carretera de Maple Creek? ¿Con la fama que tiene? De noche sólo la frecuentan las parejas para besarse y hacer... lo que sea.

La mujer se sonrió.

—¿De veras? Me temo que yo sólo fui allí a dar una vuelta... No podía dormir y le pedí prestado el deportivo a Desiree. No vi la moto. Ya sé que debí haber informado del accidente...

—O al menos haberse detenido para comprobar que el motorista no estaba muerto.

Daisy se quedó pálida como la cera.

—Espero que no le pasara nada...

Jesse no la corrigió sobre su sexo.

—No, se encuentra bien.

Por su expresión resultaba evidente que la mujer estaba dispuesta a afrontar las consecuencias, quizá un juicio a petición del motorista, o incluso su propia detención. Tan resignada como decidida. Al igual que su hija, siempre había salido ilesa de cualquier apuro. Excepto del secuestro de su hija menor, Angela, cuando Desiree solamente contaba dos años.

—¿Está segura de que quiere cargar con la responsabilidad de lo que ha hecho su hija? —le preguntó Jesse, sosteniéndole la mirada—. Sé que Desiree era la conductora. Yo la vi.

—¿De veras? ¿También tú estuviste anoche por esa carretera de tan mala fama, Jesse?

—No —sonrió—. Estaba en la terraza de mi cabaña. Desde allí puedo ver perfectamente la carretera.

—¿Desde tu casa? ¿Desde tan lejos y en una noche tan oscura... estás absolutamente convencido de que viste a Desiree al volante?

—Sí.

—¿Cómo es eso posible cuando era yo la que conducía el coche? —

inquirió Daisy.

Jesse sabía bien lo que pretendía. Lo estaba provocando para que la llamara mentirosa. Sería su palabra contra la suya. Él era el ayudante del sheriff, pero la palabra de la señora Dennison pesaría más... incluso después del tiroteo que había tenido lugar en la piscina. Quizá más aún precisamente porque ella había sido la víctima. O quizá porque podría permitirse el abogado más caro del país.

—Mire, lo peor que puede pasarle a Desiree es que pierda su permiso de conducir —le explicó con tono paciente—. Y supongo que usted es consciente de que eso es lo mejor que puede sucederle a usted: sacarla de la calle durante un tiempo. La próxima vez podría matar a alguien. O a sí misma. Porque habrá una próxima vez.

—Ya te he dicho que fui yo quien...

—Ya sé lo que me ha dicho —la interrumpió Jesse—. Y también me ha dicho que fue Wade quien disparó a mi hermano, pero el arma del disparo era la suya, y su mano estaba sobre la de Wade cuando se produjo el tiroteo.

La expresión de Daisy se tornó pétrea, helada.

—Lamento lo de Mitch. Yo sólo pretendía defenderme.

O asegurarse de que Wade desapareciera de su vida, pensó Jesse. Y sin el dinero, la casa y el negocio. Tuvo que esforzarse por dominarse.

—¿No es eso lo mismo que dijo Wade cuando mató a Bud Farnsworth?

Vio que se estremecía levemente, sólo por un instante. El antiguo jefe de producción de Dennison Ducks había confesado su delito: el secuestro de la hija de Angela de su cuna, veintisiete años atrás. Desgraciadamente, Bud no llegó a tener oportunidad de delatar a la persona que había ordenado el secuestro, ni de contarle a nadie lo que había hecho con la niña.

Según Charity, quien había estado presente en la escena del crimen, Bud había querido decirle algo cuando Wade lo mató de un disparo. La defensa de Wade fue que lo había hecho para proteger a Charity y a Daisy.

—En el plazo de dos meses usted ha estado envuelta en dos tiroteos —le recordó Jesse.

—El señor Farnsworth me disparó a mí, si no recuerdas mal —replicó Daisy—. Y mi marido estuvo a punto de matarme. En el estado emocional que me encuentro a consecuencia de todo ello, ¿no es normal que no viera la moto? ¿O que me entrara un ataque de pánico y tuviera la irracional reacción de salir disparada sin ayudar al motorista?

Jesse disimuló una sonrisa irónica. Aquella mujer sería capaz de jugar cualquier carta con tal de salirse con la suya. Pero esa vez no lo conseguiría.

—¿Vas a arrestarme? —le preguntó—. Si vas a hacerlo, me gustaría llamar a mi abogado.

—Podrá llamarlo desde comisaría. ¿Seguro que no quiere replantearse su estrategia, señora Dennison?

La mujer vaciló, pero sólo por un segundo antes de ofrecerle las muñecas para que la esposara. Fue una verdadera tentación.

—No creo que sea necesario, siempre y cuando me prometa que no se meterá en problemas.

Sonriendo, Daisy se acercó al intercomunicador:

—Vuelvo en seguida, Desiree.

Desiree ya no volvió a bajar. Ni siquiera cuando Zinnia apareció con un gran vaso de zumo de naranja.

Charity se aseguró de que Mitch se había quedado profundamente dormido antes de dejar pasar a su tía Florie y llevársela a un rincón del salón.

—No intentes hacerme tragar nada que lleve tofu, ¿entiendes? —susurró para no despertar a su novio, que seguía roncando plácidamente en su tumbona—. Ni zucchini.

—A él le gusta mi pan de zucchini —repuso Florie.

Sí, claro. Si Charity no hubiera estado tan desesperada jamás se le habría pasado por la cabeza dejarlo a cargo de su tía, pero la hermana de Wade Dennison, Lydia Abernathy, le había pedido que fuera a verla a la tienda de antigüedades. Quería contarle algo y Charity se moría de curiosidad. Probablemente se trataría del reciente arresto de Wade. Charity siempre había sospechado que Lydia sabía mucho más de lo que pasaba en casa de su hermano de lo que solía contar.

—Y nada de leerle la mano ni los posos del té, ¿de acuerdo?

Sabía que a Mitch no le gustaría despertarse para ver allí a Florie. Pero la tía de Charity y el resto de sus parientes chalados figuraban en el paquete matrimonial. No era de extrañar que Mitch hubiera tardado tanto en declararse...

—Como quieras —sonrió Florie. Eso era algo que había estado haciendo mucho últimamente. Desde que Liam Sawyer había vuelto a quedarse soltero—. Espera un momento... No sé qué ponerme para la fiesta del fin de semana —sacó dos túnicas del bolso, estampadas con colores chillones—. ¿Cuál prefieres?

Era una elección difícil. Las dos eran igual de horribles.

—¿Sabes una cosa? Creo que ya va siendo hora de que empieces a cambiar de imagen.

A sus casi setenta años, la tía de Charity era la adivina oficial de Timber Falls y dirigía su negocio, Madam Florie's, desde su viejo motel situado en las afueras de la población. Había convertido las antiguas habitaciones del motel en bungalows de alquiler y echaba las cartas en su apartamento-oficina, así como por internet.

Que Florie fuera o no clarividente era discutible. Pero definitivamente se lo montaba muy bien. Llevaba la larga melena teñida de rojo enrollada a la cabeza como si fuera un turbante, y vestía túnicas coloridas a juego con el azul de sus ojos y de su rimel. Decenas de pulseras, brazaletes y anillos adornaban sus brazos y sus manos. Parecía una especie de ave exótica, de plumaje multicolor.

—¿Qué tiene de malo mi imagen? —inquirió.

Pero Charity no disponía de tiempo para abordar aquel tema:

—Oh, nada. Solamente pensaba que Roz y yo podríamos ayudarte a que lucieras una nueva imagen en la fiesta.

Rozalyn era la hija de Liam Sawyer. La fiesta era para celebrar la vuelta definitiva al pueblo de Roz, la mejor amiga de Charity. Y, según ésta sospechaba, también para anunciar formalmente su compromiso con Ford Lancaster...

—¿Una nueva imagen? —repitió Florie.

Charity asintió con expresión entusiasta.

—Será una sorpresa para Liam.

El brillo de sus ojos no le pasó desapercibido. Era normal. Su tía llevaba años enamorada de Liam.

—Hablaré con Roz. No te preocupes. Será estupendo —susurró Charity, retrocediendo hacia la puerta—. Volveré lo antes posible. Y no te olvides, nada de leerle la mano ni los posos de té a Mitch.

Florie aún seguía con aquella mirada soñadora, obviamente pensando en Liam.

Sonriéndose, Charity subió a su viejo coche. Era hermoso que el amor no tuviera límite de edad. Esperaba que su tía tuviera éxito con Liam. Mientras tanto, no podía esperar a escuchar lo que Lydia Abernathy tenía que decirle. Lydia solamente llamaba en ocasiones muy especiales...

Después de dejar a Daisy Dennison en su casa, en arresto domiciliario, Jesse recorrió el pueblo en el patrulla buscando la moto que había recogido en su camioneta la noche anterior. Ya su dueña.

No podía quitarse de la cabeza a Maggie, si acaso ése era su verdadero nombre. Ni el dinero que había visto en su alforja. Pero no había ni rastro de

ella.

De vuelta en la comisaría, pasó volando al lado de Sizzy recogiendo el puñado de mensajes que le tendió. Sissy, una mujer obesa, de treinta y tantos años y pose algo chulesca, le lanzó una de sus habituales miradas de desprecio antes de que llegara a cerrar la puerta.

Se sentó en el sillón, mirando con gesto furioso el ordenador. Y desesperado. Al cabo de un rato se dedicó a revisar los mensajes. Un perro demasiado ladrador, un cubo de basura desaparecido, un coche abandonado, quejas de ruidos... Los que se quejaban constantemente. El tipo de personas con las que su hermano solía bregar todos los días. Sobre todo en aquella época del año, cuando la lluvia constante crispaba los nervios de la gente. Se preguntó cómo conseguiría Mitch soportar todo aquello.

Lanzó los mensajes sobre el escritorio y clavó la mirada en el ordenador. La noche anterior había apuntado la matrícula de la moto de Maggie con la esperanza de que se molestara en poner una denuncia. No fue así. Sin embargo, si al menos pudiera...

— ¿Sissy? — llamó a la secretaria por el intercomunicador.

— ¿Sí?

Se encogió en el sillón. Sólo la desesperación lo había movido a llamarla, pero lo cierto era que odiaba tanto los ordenadores como los móviles.

— Necesito ayuda.

Se oyó una risita de fondo.

— ¿De veras?

Un minuto después se abrió la puerta del despacho y apareció en el umbral, con las manos en las caderas.

— Si quieres café, sírvetelo tú mismo. Los donuts los compro cada mañana, así que no me importa traer un par de ellos más para el sheriff. Le gustan rellenos de limón.

— A mí también me gustan rellenos de limón — apuntó Jesse.

— Ah, y no estaría de más que me dijeras a dónde vas cada vez que sales. Aunque, indudablemente, lo mejor sería que te dignaras a aparecer por aquí cada mañana — añadió, sacudiendo la cabeza—. A la gente le gusta saber que hay alguien al mando y, cuando llaman, ¿qué se supone que tengo que decirles?

— Yo creía que eras tú la que estaba al mando — repuso Jesse, sonriendo.

La secretaria le hizo una mueca.

— Pues será mejor que lo tengas en cuenta.

Jesse se recordó que sólo tendría que pasar un par de meses allí, y que si

podía soportar a Daisy y a Desiree Dennison, también podría soportar a Sissy Walker. Siempre y cuando no pasara mucho tiempo en la comisaría.

—Bueno, ¿sabes cómo se maneja este maldito trasto? —le preguntó, señalando el ordenador.

Sissy volvió a esbozar una de sus engreídas sonrisas.

—Oh, el señor necesita ayuda, qué honor... —pero no se había movido de la puerta.

—¿Podrías enseñarme a usarlo? —vio que seguía sin moverse—. ¿Por favor? Si me ayudas, seré yo quien vaya a comprar los donuts.

Ésa vez sí que sonrió de oreja a oreja mientras se acercaba contoneándose. Le hizo un gesto para que se levantara e instaló sus anchas posaderas en el sillón.

—¿Qué es lo que quieres hacer exactamente?

—Enséñame a buscar cosas. Como por ejemplo... averiguar el nombre de alguien a partir de la matrícula de su vehículo.

—¿De qué estado?

—Washington. Es una matrícula de moto.

La mujer arqueó una ceja y le lanzó una mirada de sospecha antes de empezar a teclear. Jesse procuró prestar atención. Desde luego que no le gustaban los ordenadores, pero aprendía rápido y no estaba dispuesto a llamar a Sissy cada vez que necesitara investigar una matrícula.

—¿Número?

Se lo dijo y esperó ansioso a ver lo que aparecía en la pantalla. Sissy soltó un «oh-oh» cuando apareció un nombre.

—Ya me imaginaba yo que se trataba de una chica.

—Una motorista —la corrigió mientras leía el nombre de Margaret Jane Randolph, Maggie, y la dirección: una selecta zona residencial de West Seattle. No había esperado menos.

Sissy se dispuso a levantarse.

—Espera, una cosa más. ¿Cómo puedo enterarme de si tiene antecedentes?

Sissy volvió a arquear la ceja, pero continuó tecleando.

—Tú sí que sabes ligártelas... —le dijo cuando una orden de busca apareció en la pantalla.

La policía buscaba a Margaret Jane Randolph para interrogarla en el marco de una investigación por asesinato en West Seattle. ¿Asesinato? La foto que acompañaba la orden parecía sacada de su permiso de conducir. Llevaba el pelo diferente, pero no había duda de que se trataba de la misma mujer.

Soltó una maldición por lo bajo.

—¿Alguna cosa más? —inquirió Sissy con tono molesto mientras se levantaba para dirigirse hacia la puerta.

—No, gracias —dijo mientras volvía a ocupar el sillón.

La secretaria se detuvo en el umbral. Jesse alzó los ojos y vio que estaba sacudiendo la cabeza. Lo miró de arriba abajo, deteniéndose especialmente en su larga coleta.

—¿Cómo hago para imprimir?

—Dale a la tecla de «imprimir». Vaya un ayudante de sheriff que estás hecho... —rezongó mientras salía del despacho y cerraba la puerta a su espalda.

Jesse volvió a concentrarse en la pantalla. De repente apareció un mensaje, informándolo de que cualquier interrogatorio o pesquisa debería derivarse al inspector Rupert Blackmore, del departamento de policía de West Seattle. El mensaje tenía el sello de urgente e incluía su número de teléfono.

Jesse se lo quedó mirando, maldiciendo entre dientes. ¿Qué diablos...? Resultaba obvio que a Maggie no la estaban buscando sólo para interrogarla. ¿Era posible que fuera sospechosa en una investigación por asesinato? ¿Y dónde encajaba el dinero de la alforja en eso? ¿O acaso no tenía nada que ver?

Se levantó y se acercó a la ventana, diciéndose que no había motivo para avisar al inspector. En realidad no había motivo para insistir en aquel asunto. Hacía tiempo que Maggie ya se había marchado. Diablos, a esas horas podría haber llegado incluso a México. O al menos a California.

Empezó a llover otra vez. Otro día gris. Nada nuevo bajo el cielo. Volvió al ordenador, buscó el número del detective y lo apuntó en un trozo de papel.

¿Qué pensaría el inspector Rupert Blackmore si llegaba a enterarse de que alguien del departamento del sheriff de Timber Falls, en la remota Oregón, se estaba mostrando tan interesado por Maggie Randolph?

Capítulo 6

El inspector Rupert Blackmore abandonó la escena del crimen esforzándose por guardar la calma. El cuerpo de Margaret Randolph no había aparecido, y ahora sabía que jamás lo haría.

Williams lo había informado de que una alarma contra incendios había saltado en un pequeño bar de playa, a unos doscientos metros río abajo. Una falsa emergencia. Pero no. El propietario le había dicho que la puerta había sido forzada, que había manchas de sangre en el suelo y que alguien había utilizado el botiquín de primeros auxilios.

Después de disparar contra los dos, Rupert se había quedado en el muelle a esperar a que los cuerpos salieran a la superficie. Hasta que oyó los camiones de bomberos llegando al bar de la playa, cerca de donde estaba. Tan seguro había estado de que los había matado que no se le había ocurrido relacionar aquel hecho.

Había cometido una estupidez. Intentó decirse que si no la había matado la bala, lo habría hecho la caída o la impresión del agua helada. Aunque en aquel momento se acordó de su traje de motorista, todo de cuero. Eso habría funcionado como una especie de neopreno. Y, además, aquella mujer era una atleta...

En realidad, había llegado la hora de dejar de mentirse a sí mismo. El cuerpo de Margaret Randolph nunca aparecería. Peor aún, no podía olvidarse de su expresión cuando lo miró en el embarcadero. Lo había reconocido.

Se sentó ante su escritorio y se dedicó a buscar afanosamente las pastillas que guardaba en el primer cajón. El estómago lo estaba matando.

Había cometido el error de seguir su trayectoria, de vigilarla durante todos aquellos años. Era una locura, pero de algún modo había tenido la sensación de que era como una hija para él. Como si precisamente él le hubiera dado la vida. Y, diablos, al fin y al cabo así había sido. Si hubiera hecho lo que le habían pagado para hacer, habría muerto siendo un bebé y en aquel momento estaría enterrada en algún remoto lugar de la montaña...

¿Sería por eso por lo que lo había estropeado todo en el embarcadero?

Pero si estaba viva, ¿por qué no se había puesto en contacto con sus superiores en la policía? ¿O con los federales?

Por el rabillo del ojo, vio un icono parpadeando en la pantalla del ordenador de su mesa. El pulso se le disparó. Lanzó una rápida mirada a su

espalda y vio que Williams estaba hablando con alguien, distraído. Pinchó el icono con mano temblorosa.

Cuando la petición de información apareció en pantalla, sintió un agudo dolor en el pecho, como si le hubieran disparado, y por un momento no pudo pensar en nada, no pudo respirar. Curiosamente, jamás se le había pasado por la cabeza que algún día pudiera caer muerto, fulminado, sobre su escritorio. Tampoco le importaría. En aquel instante, morir de un ataque cardíaco no le parecía la peor de las opciones posibles.

Pero segundos después se recuperó, sintiendo cómo su instinto de supervivencia se rebelaba ante la idea para terminar imponiéndose. Todavía no estaba preparado para rendirse. Diablos, si al final lograba capear el temporal, se jubilaría tal y como su esposa Teresa llevaba años deseando que hiciera. Y se compraría ese maldito coche que tanto le gustaba a ella y se largarían los dos al sur. Se acabarían los lluviosos inviernos del Noroeste. Se irían a Arizona y él se tumbaría al sol en una piscina. Quizá incrementara sus ahorros jugando a las cartas, o al bingo. ¿Por qué no?

Borró la información de la pantalla, recogió su gabardina y abandonó la comisaría. Subió a su coche y condujo sin rumbo fijo, intentando pensar.

Había tomado sus precauciones para poder enterarse al momento de cualquier consulta policial que se hiciera en cualquier parte del país sobre Margaret Randolph. Lo había hecho así para ser el primero en enterarse en caso de que surgiera alguna nueva noticia. Pero jamás había imaginado que la primera consulta procediera del minúsculo departamento de un sheriff sin importancia, en un triste pueblo perdido en las montañas.

Y precisamente Timber Falls, Oregón, para colmo. Rastreando la matrícula de una moto, aquel policía provinciano había descubierto que pertenecía a Margaret Randolph y además se había dedicado a investigar sus antecedentes.

Tal vez la moto se la había robado alguien, dado que él no había sido capaz de encontrarla después de abandonar el embarcadero. Quizá ella misma se había vestido con aquel traje de cuero para inducirlo a pensar que había ido en motocicleta. En cualquier caso, había tenido que abandonar la búsqueda por la llegada de los bomberos al cercano bar de la playa. Debía de haberla ocultado bien entre los arbustos...

Fuera como fuese, la maldita moto estaba ahora en Timber Falls, Oregón. Pero... ¿cómo había llegado hasta allí?

Si Margaret Randolph estaba allí también... eso quería decir que lo sabía. Norman Drake debía de haber hablado más de la cuenta. Rupert maldijo

entre dientes. Ojalá hubiera podido despacharlo antes...

Aparcó en el arcén, con las manos todavía temblorosas, y esperó a que su pulso volviera a la normalidad. Aun a sabiendas de que eso no sucedería hasta que la encontrara y terminara el trabajo... Su móvil sonó en aquel preciso momento. Lo abrió, nervioso.

—Blackmore.

—Soy Williams. Los chicos ya han terminado. Sigue lloviendo y no han encontrado nada más. ¿Quieres que deje un hombre allá abajo? No sé qué más esperabas que encontrásemos...

«Otro maldito cadáver», le respondió para sus adentros. Pero eso no podía decírselo a Williams.

—Diles que lo recojan todo. Escucha, no me siento muy bien...

—¿La úlcera otra vez?

—Sí, viene con este trabajo. Estoy pensando en tomarme un par de días libres. Si surge algo nuevo con los homicidios de Iverson y Drake, llámame al móvil.

—Espero que te recuperes —le dijo Williams.

Pero a Rupert no le pasó desapercibido su tono de alivio. Sabía lo que estaba pensando: que el muy estúpido pretendía resolver los dos casos y hacerse un nombre a costa de mantener trabajando a sus subordinados durante cuarenta y ocho horas.

Había una cabina telefónica cerca. No quería usar el móvil para hacer esa llamada. Aparcó, bajó del coche y echó a correr bajo la lluvia. Cuando entró en la cabina, estaba empapado y jadeando por el esfuerzo. Se prometió que volvería a ponerse en forma cuando se marchara a Arizona.

Sacó un puñado de monedas de un bolsillo, marcó un número de otro estado y encendió un cigarrillo mientras esperaba.

—¿Diga?

Los ojos se le llenaron de lágrimas al oír la voz de Teresa. Se las enjugó con el dorso de la mano.

—Hey, cariño —le temblaba la voz—. Confiaba en encontrarte en casa.

—¿Va todo bien?

Detectó la preocupación en su tono. Lo conocía demasiado bien. Pero no sabía ni la mitad. Y moriría antes de dejar que lo descubriera.

—Tengo que ausentarme un par de días de la ciudad, cosas del trabajo. Sólo quería avisarte para que no te preocuparas si llamabas a casa. ¿Cómo está tu madre?

—Mejor. Me dijo que no me olvidara de saludar a su yerno favorito.

Era una antigua broma familiar.

—Lo haré, si llego a verlo.

Tessa se echó a reír.

—Te echo de menos.

—Yo también —se estaba ahogando de emoción. Ojalá hubieran tenido hijos. Ojalá se hubiera jubilado el año anterior. Ojalá en aquel mismo momento pudieran estar en Arizona, los tres juntos. Pero incluso mientras lo pensaba, sabía que no había tenido manera de evitar lo que había pasado.

—Te llamaré cuando termine con el caso. Ahora tengo que irme.

—Cuídate mucho, ¿entendido? —era lo que siempre le decía.

—Sí, me cuidaré. Por ti —era su respuesta de costumbre. Estuvo a punto de decirle que había decidido jubilarse. Que se comprarían el coche que tanto le gustaba a ella tan pronto como volviera de casa de su madre, para escaparse al sur en cuanto cayeran las primeras gotas de lluvia del otoño... pero ya había colgado.

Mientras colgaba a su vez el auricular y se quedaba con la mirada perdida, viendo caer la lluvia a través del sucio cristal de la cabina, se dio cuenta de que había otra cosa que lo inquietaba. El policía de Timber Falls que había hecho la consulta de datos sobre Margaret Randolph no se había puesto en contacto con él. ¿Por qué, cuando aquel maldito agente de pueblo tenía que haber visto el mensaje urgente demandando que lo avisaran inmediatamente? Maldijo entre dientes. Se había puesto a sudar, pese al frío reinante. No estaba dispuesto a pasarse sus últimos años entre rejas, junto a los criminales que él mismo había encerrado. Pero no tenía otra opción. Si la persona que lo había contratado veintitantos años atrás descubría la verdadera identidad de Margaret Randolph, entonces sabría a ciencia cierta que no la había matado en aquel entonces. Que, en lugar de ello, se la había vendido a otra familia para embolsarse el dinero. Una vez que esa persona lo supiera... él sería hombre muerto.

Continuó contemplando absorto la lluvia, sin sentir el frío ni la humedad. Al cabo de unos minutos, su respiración se tranquilizó un tanto. Se sentía mejor. No había nada como trazar un plan. Iría a Timber Falls. Y remataría aquel asunto de una vez por todas.

Empujó la puerta de la cabina, respiró una bocanada de aire y pensó en Arizona. El año siguiente, por esas mismas fechas... estaría tomando el sol.

Jesse acababa de levantar la mirada del ordenador cuando vio pasar una ráfaga de color por la ventana. Por un instante habría jurado que se trataba de Maggie Randolph montada en su moto.

Pero cuando se levantó para asomarse, lo que vio fue el deportivo rojo de Desiree.

—¡Qué diablos...! —corrió hacia la puerta justo cuando Desiree aparcaba frente al Café de Betty.

Maldijo entre dientes mientras salía en su busca. Cuando entró en el local, Desiree ya estaba sentada en una mesa. Gimió al verlo acercarse. Jesse se dijo que al menos sabía que estaba en apuros: era un comienzo. Se sentó frente a ella.

Durante un rato se limitó a mirarla en silencio. Era una joven realmente hermosa, buen cuerpo, bonitos ojos. Eso no se podía negar. Pero Desiree carecía de algo que la mujer que había conocido la noche anterior poseía de sobra. Algo más allá de su aspecto que resultaba imposible de olvidar.

—¿Y bien? —inquirió ella de mal humor.

—Sé que esta mañana tu madre ha asumido una culpa que no era suya —le espetó con tono tranquilo. Al ver que se disponía a protestar, alzó una mano—. No aprendes nunca, ¿verdad? Te he visto circulando a toda velocidad por la calle principal del pueblo. Vas a matar a alguien. O te vas a matar a ti misma.

—¿Vas a ponerme una multa? —le preguntó, como aburrida por aquel sermón.

—Desiree...

Sonriéndose, se inclinó hacia él.

—¿Sí?

—Búscate un trabajo. Haz algo con tu vida antes de que sea demasiado tarde —no podía creer que hubiera sido él quien había pronunciado aquellas palabras.

Y ella, al parecer, tampoco.

—Asombroso. ¿Jesse Tanner diciéndome a mí lo que tengo que hacer con mi vida?

—Sé que soy la última persona con derecho a darte un consejo semejante, dado que apenas he empezado a enmendarme cuando sólo te llevo seis años...

—No me digas.

Jesse probó otra táctica.

—¿Se trata de tu padre? ¿Es alguna especie de... rebelión? Porque si lo es, de eso yo entiendo mucho.

Desiree replicó, entrecerrando los ojos:

—Tu padre no está en la cárcel.

—No, pero de jovencito pasé varias noches allí. Y veo una celda en tu futuro si no te corriges.

Puso los ojos en blanco. Su expresión no podía ser más elocuente.

—Muy bien —sacó su bloc de multas y le puso una por exceso de velocidad. La lanzó sobre la mesa justo cuando llegó la comida de Desiree.

La joven se la guardó en el bolso sin mirarla, recogió un pedazo de beicon que había caído fuera del plato y le dio un mordisco. Se relamió los labios, buscando su mirada.

—¿Quieres un poco?

—No.

—¿Seguro? —inquirió con tono seductor. Obviamente se sentía muy cómoda en aquel terreno, y lo aprovechaba.

Jesse se levantó. Había albergado la esperanza de hacerla entrar en razón. O al menos de poder hablar con ella de forma amigable, fraternal. Se había sentido obligado a ello por una serie de razones que prefería no analizar.

Cuando se marchaba, lo sintió otra vez. Algo extraño en el aire. Como si pudiera percibir la cercanía de una tormenta, con la atmósfera cargada de electricidad. Se detuvo para olfatear la brisa, incapaz de sacudirse aquel mal presentimiento.

Como si algo estuviera a punto de suceder sin que nadie pudiera evitarlo. Y menos que nadie el ayudante de sheriff Jesse Tanner.

—Charity, tan puntual como siempre... —la saludó Lydia Abernathy desde el fondo de su tienda de antigüedades, nada más verla entrar.

Alzó una mano, sentada en su silla de ruedas. Era una mujer menuda, con el cabello blanco semejante a un halo luminoso en torno a su cabeza, los ojos de un azul brillante, vivaces. Aparentaba más edad de la que le suponía Charity. No era de extrañar, debido al accidente que le había lesionado gravemente la espalda llevándose la vida de su amado esposo, Henry.

El accidente databa de treinta años atrás, antes de que Charity hubiera nacido, pero recordaba haberle oído a Florie contar los detalles. Wade había estado al volante y Henry había muerto al instante. Lydia había terminado en una silla de ruedas. Su hermano Wade, sin embargo, había salido ileso. Sin un rasguño.

No era ningún secreto que Wade se había culpado siempre de aquella tragedia. Durante años había cuidado de su hermana, manteniéndola económicamente y regalándole el negocio que siempre había ansiado tener.

Estaban muy unidos, a pesar de aquel episodio. Aunque Lydia gozaba de una manera perversa con los problemas de su hermano. Y Wade, en aquel

momento, tenía de sobra.

—Me he enterado de tu inminente boda —comentó mientras acercaba la silla de ruedas a la bandeja del té—. Pensé que podríamos celebrarlo con una taza de té y unas cuantas galletas de azúcar de las que yo hago.

—Ya sabe que soy incapaz de resistirme a sus galletas de azúcar —repuso Charity—. ¿Las que están espolvoreadas por encima?

—Claro —la expresión de Lydia se iluminó—. Angus insiste en que hago demasiadas. Dice que quiere hacerlas él.

Angus Smythe era la versión local de un mayordomo británico. Discreto y silencioso mientras no lo autorizaran a hablar, intachablemente cortés y muy atento y protector con Lydia. Además, procedía de Inglaterra y conservaba hasta el acento. Había sido muy amigo de Henry. Y a Lydia le profesaba verdadera devoción.

Charity sacó una silla y lanzó una mirada a la tienda. La mercancía apenas había cambiado. Lydia había recolectado piezas a través de internet, pero le había asignado precios tan altos que eran casi imposibles de vender. Charity sospechaba que simplemente le gustaba rodearse de cosas bellas y que no había entrado en el negocio de las antigüedades para hacer dinero. Afortunadamente, tampoco tenía necesidad. Siempre podía contar con su hermano Wade.

—Así que... ¿para cuándo la boda? —inquirió mientras le tendía su taza de té.

Charity sabía que no era por eso por lo que la había llamado.

—Para junio. Todo el pueblo está invitado.

—¿Sabes? Henry y yo hicimos una boda maravillosa —su mirada se nubló por un instante, ensimismada en sus recuerdos—. Henry está enterrado en el Este, en el panteón de la familia. Y yo me reuniré con él cuando llegue el momento. Si me estoy retrasando es para poder estar cerca de Wade —esbozó una mueca—. ¿Te das cuenta del embrollo en que se ha metido él solo? Y todo por casarse con una mujer que no era de su clase.

Lydia bebió un sorbo de té y dejó la taza sobre el plato.

—Jamás entendí lo que vio en esa mujer. Ojalá hubiera tenido el buen juicio de dispararle. Esa mentira que contó ella de que llamó para decirle que estaba en camino hacia casa para matarla... ¡Por favor! ¿Qué hombre advierte con antelación a su mujer de que piensa matarla? Aunque, ciertamente, Daisy es una mujer capaz de incitar a cualquiera al asesinato. Excepto a Wade, claro —lo dijo como si lo considerara una debilidad en su hermano.

Charity mordió una galleta. Era exquisita.

—¿Qué sabor les pone? —inquirió, preguntándose si sería por eso por lo que la había llamado, para hablarle de Wade.

—Es un ingrediente secreto —tomó un sorbo de té y se recostó en su silla—. Pero no te he llamado para hablarte de Wade ni de la mujer con la que se casó —al fin la sacó de dudas—. Necesito que me hagas un favor.

Charity se temió lo peor. Inclinandose hacia ella, la anciana le susurró:

—¿Has visto al hombre con quien está Betty?

—¿Bruno? —todo el mundo en el pueblo hablaba de él. Conducía una antigualla de coche y calentaba un taburete en el bar Duck-In cuando no comía de gratis en el local de Betty.

—Bruno. ¿Se llama así? Bueno, lo he visto rondando mi tienda y asomándose como si estuviera reconociendo el terreno... ¿Qué es lo que sabes de él?

—Nada —Charity todavía estaba intentando imaginarse a Bruno «reconociendo el terreno» de la tienda de antigüedades. Indudablemente había piezas de valor, pero dudaba que Bruno pudiera reconocerlas entre la quincalla. Y si se le ocurría robar un bargueño de roble... ¿cómo se lo llevaría? ¿A la espalda?

—Quiero que averigües todo lo que puedas sobre él —le dijo Lydia, mirando por la ventana.

Charity apenas podía disimular su sorpresa. La tienda Busy Bee no andaba precisamente muy frecuentada en aquella época del año y, por lo que sabía, Lydia no guardaba más que calderilla en la caja. La mayor parte de los clientes pagaban con tarjetas de crédito, eso suponiendo que los hubiera...

—La verdad, no creo que...

—Ahí está —susurró Lydia.

Charity se volvió a tiempo de ver a Bruno pasar por delante. Era un hombre alto y fuerte, no demasiado feo, rubio, de pelo espeso y descuidado. Aparentaba unos cuarenta años... diez por lo menos más joven que Betty. El tipo de hombres que a ella le gustaban.

—Si realmente sospechas que pretende robarte... ¿no deberías decírselo a Jesse? Él es la máxima autoridad hasta que Mitch esté en condiciones de volver al trabajo.

Pero antes de que terminara, Lydia ya estaba negando con la cabeza.

—No me haría caso. No, necesito saber más sobre él antes de decírselo a alguien, aparte de ti, claro. Tú eres la única con talento suficiente para averiguarlo todo sobre cualquier persona.

Los cumplidos siempre allanaban el camino. Y esa vez no fue una

excepción.

—De acuerdo, haré algunas investigaciones... —cedió Charity.

—Bien —exclamó aliviada—. Ese hombre... me da miedo.

—Angus jamás permitiría que te sucediera nada.

—Angus es un encanto, pero ya no es un jovencito —replicó Lydia.

En opinión de Charity, Angus era perfectamente capaz de proteger a su ama. Era un hombre alto y musculoso y se conservaba en forma, lo cual le daba un aspecto que desmentía sus sesenta y tantos años.

—De todas formas, guardo una pistola en la mesilla —añadió Lydia con un brillo de humor en la mirada—. Una mujer siempre debe andarse con cuidado. Sobre todo una minusválida como yo.

Se oyó una puerta cerrarse a su espalda, en la escalera trasera. Siguió un ruido de pasos acercándose. Tenía que ser Angus. Nunca utilizaba el ascensor que Wade le había instalado a Lydia.

—No le hables a Angus de ese Bruno —le susurró la anciana—. Ni de mi pistola. No quiero preocupar al viejo.

Angus apareció de detrás de una cortina:

—¿Necesitas algo de la tienda, Lydia? —inquirió con aquel maravilloso acento inglés que tanto le gustaba a Charity.

—No, gracias, Angus.

—Sólo estaré fuera un momento —y, tras despedirse de Charity, desapareció por la puerta trasera.

—Piensa que debería vender la tienda —le informó Lydia—. Que debería viajar mientras aún pueda disfrutarlo. Incluso me ha asegurado que me llevaría gustoso a dar la vuelta al mundo, si yo quisiera... Pero... ¿cómo puedo abandonar ahora a Wade, justo cuando más me necesita?

—Tal vez vaya a la cárcel —señaló Charity sin poder contenerse.

—Sí. En ese caso no habría nada aquí que me retuviera, excepto la tienda, claro.

—Bueno, tengo que irme... —se levantó.

—Espera, ¿no quieres llevarte un par de galletas para después? Y otras tantas para Mitch....

Charity jamás rechazaba ese tipo de ofrecimientos. Mientras se marchaba hacia la oficina del periódico, mascando una galleta, tuvo un mal presentimiento sobre las sospechas de Lydia hacia Bruno...

Capítulo 7

Después de dejar a Desiree en la cafetería de Betty, Jesse recorrió el pueblo a bordo del coche patrulla, demasiado inquieto para volver a la oficina. Timber Falls estaba como muerta. Habían pasado semanas desde el último avistamiento del Big Foot, la mítica criatura de las montañas en aquella región, y la estación de las lluvias seguía en todo su apogeo: la gente del pueblo era la única que se había quedado y la mayor parte no saldría de sus casas hasta la primavera.

Jesse siempre había pensado que era aquella sensación de aislamiento, de encierro de la gente en sus casas durante meses mientras afuera no dejaba de llover, la causa de la locura que asolaba Timber Falls. Al cabo de unos pocos meses, sin embargo, los turistas subirían al pueblo para escapar del calor de los valles y los nativos soltarían un suspiro de alivio, contentos de haber sobrevivido a otro invierno.

Rodeó Timber Falls, siguiendo su perímetro. No se engañaba. Estaba buscando a Maggie y su estupenda moto. El sentido común le decía que no podía haberse quedado en Timber Falls. No con miles de dólares en aquella alforja y una orden de búsqueda pendiendo sobre ella. Pero... ¿qué estaría haciendo por allí en esa época del año? Si lo que pretendía era salir del país, había escogido el camino más largo. Timber Falls estaba incluso fuera de la red de carreteras secundarias.

Pero un motorista siempre podría perderse en aquellas montañas cuando le viniera en gana. O cuando lo necesitara. Lo que más le molestaba era el presentimiento que tenía de que no se había marchado. Y de que su aparición en Timber Falls no había sido fruto de la equivocación o del azar.

No tardó Charity mucho tiempo en averiguar el verdadero nombre de Bruno a partir del número de matrícula de su viejo coche. Se llamaba Jerome Lovelace. Lo que explicaba por qué prefería llamarse Bruno...

Por un instante pensó en pedirle a Jesse que revisara los antecedentes de Lovelace, pero sabía que él se lo diría a Mitch y no quería preocupar a su novio. Mitch detestaba que pudiera enredarse en algo siquiera remotamente peligroso. Además, ella disponía de sus propias fuentes.

Llamó a Nancy, la amiga que trabajaba para el departamento de policía de Oregón. Esperó a que terminara de teclear los datos en el ordenador, mascando nerviosa su chicle.

—Vaya —susurró—. Ese chico tiene un historial delictivo tan largo como mi brazo.

—¿Qué tipo de delitos? ¿Algo sobre robos y atracos?

—La mayor parte son del tipo de conducción bajo los efectos del alcohol o sin seguro, desórdenes públicos, agresión, abuso doméstico... También tiene lo suyo como vandalismo y actividades fraudulentas. Ese tipo es un perdedor.

—Lo supe la primera vez que lo vi —repuso Charity. Definitivamente el tipo de hombres que le gustaban a Betty.

—Oh, hay otra cosa. Lo pillaron traficando con bienes robados, pero se escapó a falta de denuncia —le informó Nancy—. No dice qué tipo de bienes.

—¿Su última dirección conocida?

—Un apartado postal en Seattle. ¿Lo quieres?

—No —¿Seattle? ¿Qué le habría atraído hasta Timber Falls? Tráfico de bienes robados. Antigüedades, por ejemplo—. Gracias. Te debo una.

—Ya te lo recordaré.

Nada más colgar, Charity analizó todo lo que había averiguado. Quizá Bruno pretendía dar un nuevo paso en su carrera delictiva. Quizá se estaba planteando un atraco. Sin embargo, lo dudaba.

Recogió su bolso, abandonó la oficina del periódico y se dirigió a la tienda de antigüedades Busy Bee. Cuando se estaba acercando, aminoró el paso. ¿No era Bruno el tipo que estaba caminando delante de ella?

En el instante en que Bruno se disponía a echar un vistazo a su espalda, Charity se apresuró a esconderse en una calle lateral. No creía que la hubiera visto. Esperó un momento antes de asomarse a la esquina del edificio y echar un vistazo a Main Street.

Bruno acababa de llegar a la Busy Bee. Miró a derecha e izquierda, pegado a la pared. Se detuvo para asomarse al escaparate y se metió en el portal de la tienda como si no quisiera que lo vieran. Charity tenía el corazón en la garganta. ¿Tendría razón Lydia? ¿Estaría planeando realmente Bruno atracar la tienda?

Ya no lo veía. Echó a correr. ¿Habría entrado en la tienda o seguiría escondido en el portal? Cuando llegó al escaparate, fingió mirarse en el reflejo para atusarse el pelo. Bruno estaba dentro de la tienda, admirando un florero rojo cuyo precio Charity recordaba bien. Cuatrocientos dólares, más de lo que el novio de Betty se podía permitir.

Pero no era Lydia quien lo estaba atendiendo, sino Angus. Por su ceño fruncido se notaba que sospechaba del tipo, como si temiera que fuera a

caérsele el jarrón al suelo de un momento a otro y no tuviera con qué pagarlo.

Mientras pasaba por delante de la tienda sin detenerse, Charity vio a Angus quitarle el jarrón de las manos para ponerlo en su sitio. El mayordomo alzó en aquel momento la mirada y la vio. La saludó con un rápido movimiento de cabeza y se la quedó mirando. Bruno también se volvió, ceñudo.

Segundos después Charity oía a su espalda la campanilla de la tienda y los pesados pasos de Bruno. Se metió en el Spit Curl, la peluquería del pueblo, y cerró la puerta. No se había dado cuenta de que estaba conteniendo el aliento hasta que vio la sombra de Bruno proyectándose en el escaparate y alejándose calle abajo.

—Parece como si hubieras visto a un fantasma —le comentó Mary Jane Clark, sentada en uno de los sillones. Se estaba tiñendo el pelo de rubio.

Mientras observaba a Bruno encaminarse a la cafetería de Betty, Charity ignoró a Mary Jane de la misma manera que la había ignorado en el instituto, cuando tanto interés había puesto en salir con Mitch.

Bruno se volvió por última vez y se sonrió como si supiera que Charity lo estaba observando. Evidentemente, estaba disfrutando de su miedo.

Tras sus infructuosos intentos por encontrar tanto la moto como a la motorista, Jesse volvió a la comisaría preguntándose si el inspector Rupert Blackmore lo estaría esperando. O si le habría dejado algún recado.

—Ya ha pagado la fianza —le informó Sissy nada más verlo aparecer por la puerta.

No tenía necesidad de preguntarle a quién se refería. Daisy Dennison.

Sissy le tendió otro fajo de mensajes, que hojeó rápidamente: ninguno de Blackmore. Era extraño. Quizá el policía sólo quería hablar con Maggie acerca del asesinato. Quizá no fuera una sospechosa.

Por el contrario, eran numerosos los mensajes y denuncias de todo tipo, desde los malos olores del pueblo hasta los coches incorrectamente aparcados en Main Street.

—Maldita sea, ¿es que toda esta gente no tiene otra cosa que hacer más que quejarse? —exclamó mientras se dirigía a su despacho.

Sissy volvió a la lanzarle aquella mirada de «menudo ayudante de sheriff estás hecho».

Se sentó ante su escritorio y empezó a hacer llamadas, intentando desempeñar lo mejor posible el papel de su hermano. Se le pasaron las horas volando. La secretaria asomó la cabeza por la puerta para anunciarle que se marchaba y que tenía que adelantarle el dinero de los donuts de la mañana.

Hasta que no llegó al final del fajo de mensajes no descubrió el nombre y el número del inspector Rupert Blackmore, donde lo había apuntado antes. Recordaba vagamente haberlo garabateado en un papel... justo antes de ver a Desiree circulando a toda velocidad por el pueblo.

Si el policía estaba chequeando las consultas, entonces a esas alturas sabría ya que Maggie había pasado por Timber Falls. Y si el caso le hubiera preocupado lo suficiente, ya habría llamado. Así que una llamada de Jesse no significaría ninguna diferencia, sobre todo teniendo en cuenta el tiempo transcurrido desde la marcha de Maggie.

Tal vez con aquella llamada podría averiguar para qué deseaba aquel inspector hablar con Maggie. Y eso satisfaría su curiosidad. Se dispuso a levantar el teléfono, pero dudó en el último momento. ¿Acaso tenía miedo de lo que pudiera descubrir? No, no era miedo lo que lo retenía. Lo sabía perfectamente. Era una estupidez, cuando no una irresponsabilidad, pero su intuición le aconsejaba esperar. Y él siempre había hecho caso de su intuición. Fuera equivocada o acertada.

El estómago se le quejó ruidosamente. Miró el reloj. A aquellas horas ya no encontraría al inspector en su despacho. Quizá por la mañana... El estómago se le quejó de nuevo. Tenía tiempo suficiente para pasarse por la cafetería de Betty antes de que cerrara. Casi sin darse cuenta, se preguntó por lo que Maggie Randolph estaría cenando aquella noche...

—¿Podrás quedarte solo por un rato? —inquirió Charity desde el umbral.

—Que no se te ocurra volver a llamar a Florie —lo amenazó Mitch desde su tumbona.

—Estaba desesperada —repuso, sonriendo.

—Ya. Más bien te vengaste por la cantidad de veces que insistí en que Florie se quedara contigo —le indicó que se acercara y la atrajo a sus brazos. Cuando tenía una historia entre manos, estaba más hermosa que nunca. Por desgracia, conocía demasiado bien aquella expresión—. ¿Quieres hablarme de ello?

—Aún no —esbozó aquella enigmática sonrisa suya... la que le provocaba úlceras de estómago.

Mitch sabía que si se negaba a contárselo era porque sospechaba que intentaría detenerla... por la peligrosidad del caso. Maldijo para sus adentros. Ojalá hubiera podido detenerla. Pero ya había pasado antes por aquella experiencia y sabía que eso era como intentar detener una bala recién disparada. No tuvo más remedio que recordarse que ése era precisamente su futuro: preocuparse por Charity.

—Ten cuidado.

Charity le dio un beso en la frente.

—Ya me conoces.

Gruñó pero no la soltó, dedicándose a sembrarle el cuello de besos. Al menos aquella historia en ciernes había conseguido distraerla de los preparativos de la boda. Hasta ese momento lo había estado volviendo loco con discusiones sobre si elegir orquídeas o rosas o margaritas, para no hablar de todo lo relativo al banquete nupcial.

—Prométeme que me llamarás al periódico si necesitas algo —le dijo en aquel momento con voz levemente temblorosa, mientras él le mordisqueaba una oreja.

—Te lo prometo.

Lo besó de nuevo. Esa vez fue un lento y meticuloso beso que lo dejó excitado y desesperado por hacerle el amor. Pero incluso aunque hubiera podido con la escayola y los vendajes, Charity se habría reservado para la noche de bodas.

Nada más verla desaparecer por la puerta, llamó a Jesse al móvil.

—Me juego el cuello a que tiene en mente algo relacionado con los Dennison —informó a su hermano. Sabía que Charity estaba obsesionada con aquella familia desde que acabó la universidad. Porque incluso cuando escaseaban las noticias concretas, el gran misterio del pueblo permanecía insoluble: la desaparición de Ángela Dennison veintisiete años atrás. Se había convertido en una suerte de leyenda local y a Charity siempre le habían encantado los misterios—. Charity fue a ver a Lydia Abernathy esta tarde —añadió. Se había enterado por Florie—. Y ahora se dirige directamente a la oficina del periódico.

Teniendo en cuenta que Lydia era la hermana de Wade Dennison, se figuraba que cualquier razón que hubiera tenido para ver a Charity no podía ser buena.

—Es demasiado tarde para ir al periódico. Maldita sea, sí que es obstinada esa mujer... —comentó Jesse, incapaz de disimular el tono de admiración de su voz—. Me alegro de no ser yo quien vaya a casarse con ella.

—Ya. ¿Aún sigues en el pueblo?

—Estoy en la cafetería de Betty.

Le estaban preparando un sandwich para llevar. Tenía ganas de largarse a casa y de olvidarse de que, al menos por un tiempo, tendría que seguir ejerciendo de ayudante de sheriff. Por desgracia sabía que, una vez que estuviera en la cabaña, sería incapaz de dormir aquella noche.

—¿Quieres que me pase por allí a echarle un vistazo? No hay problema.

—Gracias. Yo te sugeriría que le llevaras un pastel. De crema de plátano, si todavía le queda alguno a Betty. Será la única manera de que no te arranque la cabeza.

Jesse se sonrió mientras colgaba. Le encantaba ver a su hermano tan enamorado... y que lo admitiera, además. Si Mitch podía enamorarse tan locamente... ¿acaso no existía alguna posibilidad de que él también encontrara a su verdadero amor?

Betty le envolvió el sandwich, el pastel de crema de plátano y otro de fresa para él.

Se estaba acercando en el patrulla a la oficina del periódico cuando vio bajar a Charity de su coche. Se detuvo a su lado:

—Hey, déjame ayudarte —bajó del coche y, con una sonrisa, le quitó las llaves de las manos para abrirle la puerta.

—Mitch te ha llamado —lo acusó, aparentemente nada contenta con la idea.

Jesse intentó simular una expresión inocente, pero finalmente se resignó.

—Te traigo un pastel. Crema de plátano.

Charity procuró disimular una sonrisa mientras él terminaba de abrirle la puerta y encendía la luz.

—Puedes decirle a Mitch... —se interrumpió a mitad de frase, abriendo mucho los ojos.

La oficina no era grande. El espacio justo para alojar tres mesas de escritorio, una fotocopiadora, un cuarto oscuro para el revelado y otro con una imprenta. Jesse no entendía su asombro: él no detectaba nada raro...

—¿Qué pasa?

Sin decir nada, Charity entró lentamente en la habitación y se acercó a uno de los grandes archivadores que estaban contra la pared. El cajón superior estaba abierto. Fue entonces cuando Jesse descubrió el recorte de prensa en el suelo, en el umbral del cuarto de revelado.

Se acercó a ella y le indicó en silencio que no dijera nada mientras se dirigía hacia el cuarto. Usando el faldón de su camisa, giró el picaporte. La puerta se abrió y encendió la luz.

La rejilla metálica que comunicaba con el falso techo del aire acondicionado estaba colgando de su gozne, descubriendo el agujero en el tejado. Jesse se subió a una silla y se asomó al hueco, cuidando de no tocar nada. El agujero era lo suficientemente grande como para que se hubiese deslizado dentro una persona de pequeña estatura. Se bajó de la silla y revisó

la puerta trasera. No solamente no estaba cerrada con llave. Estaba entornada. Miró calle abajo. Vacía.

—Siempre cierras la puerta trasera con llave, ¿verdad?

Charity asintió con la cabeza. No se había movido. Se había quedado paralizada en su sitio, con los ojos muy abiertos. Jesse supuso que estaría reviviendo la última vez que alguien había entrado en el periódico. En aquella ocasión había estado en el cuarto oscuro y el asaltante la había amordazado con cinta de embalar y encerrado en el cuarto de almacén. Como era obvio, aquel incidente le había dejado una impresión muy duradera.

—Estoy completamente segura de haberla dejado cerrada —dijo en un murmullo.

—Bueno, pues parece que el intruso entró por el sistema de ventilación al cuarto oscuro y luego hizo una precipitada retirada por la puerta trasera. Tal vez fuera algún chico...

—No —lo interrumpió, sacudiendo la cabeza mientras se esforzaba por recuperarse—. Un chico no se colaría en una casa para rebuscar entre unos recortes de prensa. Me falta un expediente.

—¿Cómo lo sabes? —Jesse frunció el ceño.

Charity no contestó. En vez de ello, se acercó al recorte de prensa que estaba caído en el suelo y, con ayuda de un bolígrafo, le dio la vuelta. Leyó el titular: ¿Qué fue lo que le sucedió a la pequeña Angela?

Luego señaló la pantalla del ordenador de su escritorio. Incluso desde donde estaba, Jesse podía ver que el intruso había tecleado la palabra Secuestrada en el comando de búsqueda para acceder al expediente.

—Alguien está muy interesado en el caso Angela Dennison —sentenció ella.

—¿Falta el expediente?

Al ver que asentía con la cabeza, masculló una maldición. Desde el principio había tenido un mal presentimiento.

—Lo bastante interesado como para forzar la entrada en vez de esperar a que la oficina estuviera abierta —añadió Charity—. Evidentemente, no quiere que se sepa ni su identidad ni los motivos de ese interés.

—¿Alguna idea de quién pueda ser? —inquirió Jesse con la esperanza de que hubiera en el pueblo algún bicho raro capaz de mostrar abiertamente su interés por el caso, así como de allanar una propiedad privada para conseguir alguna información al respecto.

No hubo suerte. Charity negó con la cabeza.

—Bueno, lo que está claro es que esta noche no podrás quedarte aquí a

trabajar. Lo sorprendió al no objetar nada.

—Lo que tenía que hacer podrá esperar hasta mañana. ¿Quieres retirar este recorte?

Jesse asintió, viendo que su mirada viajaba hacia la bolsa de la cafetería de Betty, que había dejado sobre una mesa.

—Me pongo a ello. Ahí tienes tu pastel de crema de plátano. El de fresa y el sandwich son míos.

Le sonrió mientras sacaba su pastel. Lo olió antes de probarlo, cerrando los ojos por un instante. La sonrisa seguía sin desaparecer de sus labios. Y después de lo que acababa de pasar...

—¿Sabes? Mi hermano es un hombre con suerte.

Charity abrió los ojos.

—Y que lo digas —bromeó.

La acompañó de regreso a su coche.

—Irás a casa directamente, ¿verdad?

—Sí. Y tú llamarás directamente a Mitch tan pronto como me pierdas de vista, ¿verdad?

—Y que lo digas —repuso, sonriendo.

La observó mientras se alejaba. Luego sacó el equipo de huellas del maletero del patrulla. Había visto unas cuantas veces hacerlo a Mitch y no veía razón alguna para llamar a los chicos del laboratorio. Al menos por el momento.

Sacó media docena de huellas del recorte de prensa y una muy completa del picaporte de la puerta trasera. Esperaba que el intruso se hubiera quitado los guantes para hojear los artículos.

Por supuesto, las huellas podían ser de la propia Charity. O de Blaine, el chico del instituto que trabajaba para ella.

De vuelta en la comisaría, Jesse telefoneó a su hermano. Aunque Charity ya estaba sana y salva en casa, Mitch se quedó terriblemente preocupado. Sobre todo después de lo sucedido la última vez...

—¿Podrías asesorarme con lo de las huellas? Quiero ahorrarme el tener que enviarlas al laboratorio —le pidió Jesse mientras daba un mordisco a su sandwich y encendía el ordenador.

Siguió sus instrucciones, temiendo que el proceso de identificación durara toda la noche. Para su sorpresa, los resultados aparecieron casi de inmediato. Soltó un maldición y dejó a un lado el resto de sandwich.

—¿Qué? —preguntó Mitch, extrañado, al otro lado de la línea.

—No creía que esto fuera tan rápido. Estoy admirado —explicó Jesse. Una

huella, la del picaporte, había encontrado otra idéntica en el archivo informático.

—Lo que quiere decir que hay una orden de búsqueda dictada contra esa persona.

No lo dudaba. Aquella huella pertenecía a Margaret Jane Randolph, de West Seattle.

—Dime que Charity no se ha metido en problemas —dijo Mitch.

—No te preocupes, hermanito —se dijo que todavía era demasiado pronto para hablarle de Maggie—. Voy a ver qué es lo que encuentro. Te llamaré por la mañana —y colgó antes de que Mitch pudiera discutir.

Se quedó mirando el número que aparecía en la pantalla, maldiciendo entre dientes. Maggie no se hallaba camino de México. Había estado demasiado ocupada allanando la oficina del periódico con el fin de leer el expediente de Angela Dennison. Por alguna razón, aquella mujer que andaba huyendo de una investigación por asesinato se había detenido el tiempo suficiente para leer un expediente compuesto de recortes de prensa sobre un secuestro ocurrido años atrás.

¿Qué sentido podía tener todo aquello? Ninguno. Aunque para él sí que lo tenía... Dio unos cuantos mordiscos a su pastel de fresa antes de marcar el número de teléfono que había apuntado antes. Era demasiado tarde, pero quizá los policías de ciudad hicieran horas extras.

Maggie había allanado la oficina del periódico de la mujer que iba a convertirse en su cuñada. Había llegado el momento de enterarse de la historia que ocultaba aquella misteriosa motorista. Accedió al buzón de voz del inspector Rupert Blackmore. El hombre tenía una voz profunda, áspera. La de un veterano policía, endurecido por su experiencia en las calles.

Había conocido a unos cuantos. Colgó sin dejarle el mensaje.

—¿Por qué diablos has hecho eso? —se preguntó, irritado consigo mismo.

No alcanzaba a explicárselo. Era una intuición. La intuición de que necesitaba hablar con Maggie Randolph antes de hacerlo con el policía. Se levantó del escritorio para acercarse a la ventana.

—Vaya un ayudante de sheriff que estás hecho... —masculló, contemplando la noche oscura.

Era la frase preferida de Sissy. Había empezado a llover otra vez. Si se quedaba en aquel pueblo, no tardarían en salirle telarañas en los pies.

Tendría que encontrarla. Averiguar lo que estaba haciendo en Timber Falls. Lo que estaba buscando. Pero tenía el mal presentimiento de que ya lo sabía. Y desde hacía más tiempo del que le habría gustado admitir.

Capítulo 8

En la penumbra de la tienda de campaña, Maggie contemplaba el grueso expediente. El corazón todavía le latía a toda velocidad. Habían estado a punto de sorprenderla en la oficina de aquel periódico. No había esperado que alguien apareciera a esas horas, y menos aún en un pueblo que a las ocho de la tarde se quedaba absolutamente muerto.

¿Cuánto tiempo tardaría aquel ayudante de sheriff en averiguar que se había introducido en la oficina para llevarse el expediente de Angela Dennison? ¿Y cuánto antes de que acabara notificándoselo a Blackmore?

Pensó que debería haber dejado allí el expediente, pero le había faltado tiempo para leerlo y tenía que examinar a toda costa su contenido. Apenas había empezado a leer los recortes en la oficina, escondida en el cuarto oscuro con una linterna, cuando escuchó el ruido de los dos coches aparcando en la puerta.

En aquel momento enfocó el expediente con la linterna, tocando con la otra mano la gastada carpeta. Se puso a leerlo. No habían transcurrido más que unos cuantos minutos cuando ya no le quedó duda alguna de que había sido ella la niña que habían secuestrado en aquella casa, apenas a unos cuantos kilómetros de donde se encontraba. Ella era Angela Dennison, la hija menor de Wade y Daisy, los propietarios de Dennison Ducks, una factoría de patos de reclamo para caza.

El expediente no solamente contenía artículos publicados por el Cascade Courier, sino fotocopias de recortes de otros más importantes, donde el secuestro había sido noticia de portada. Con tan sólo unas pocas semanas de vida, Angela Dennison había sido secuestrada de su cuna al amparo de la noche, para nunca más volver a aparecer. Angela no sólo tenía la misma edad que Maggie, sino que compartían la misma fecha de nacimiento: nueve de marzo. Y Maggie había sido adoptada no menos de veinticuatro horas después de la desaparición de Angela Dennison.

Muchos de los reportajes locales habían sido escritos por una periodista llamada Charity Jenkins, del Cascade Courier. Releyó todos los artículos. Si sus sospechas resultaban ciertas, era la hija de la familia más famosa del pueblo. Volvió a guardar los recortes en la carpeta y apagó la luz. La oscuridad era ya completa. Le dolía la cabeza y sentía náuseas. Cerrando los ojos, se concentró en el rumor del río, en el silbido del viento entre los

árboles... y en el frenético latido de su corazón.

Estaba aturdida, consternada. Según todos aquellos artículos, el misterio familiar se había resuelto unos pocos meses atrás, cuando el jefe de producción de la factoría había sido asesinado después de reconocer ante Charity Jenkins que había secuestrado al bebé. Pero los reportajes publicados después de su muerte afirmaban que no había podido actuar solo.

Al parecer los dos padres, Daisy y Wade Dennison, habían resultado sospechosos. Todavía lo eran. Maggie había estudiado durante un buen rato la imagen en la que aparecían juntos. Era una fotografía en blanco y negro, de textura granulosa, no lo bastante nítida como para pudiera encontrar algún parecido.

O quizá simplemente no quería encontrarlo. Para no formar parte de aquella familia infame.

Sentada en la oscuridad, intentó consolarse diciéndose que tal vez podría ser peor... Wade Dennison estaba en prisión por haber disparado contra el sheriff de Timber Falls durante una reciente disputa con su mujer Daisy, de la que acababa de separarse. ¿Qué podía haber peor que eso? Sintió las lágrimas corriéndole por las mejillas. Hasta el momento no se había permitido llorar. Ni en el embarcadero, cuando Norman pereció asesinado. Ni después, cuando se convenció de que sólo era cuestión de tiempo que Blackmore acabara capturándola.

Se había concentrado en una única cosa: averiguar la verdad. Y pensando que, una vez que lo consiguiera, estaría a salvo. Ahora, sin embargo, podía ver que no era así. Seguía sin tener ni la más remota idea de por qué Blackmore quería verla muerta. Se le cerró la garganta cuando intentó contener los sollozos que le atenazaban el pecho. Asustada, cansada, escandalizada de lo que acababa de descubrir, se hizo un ovillo mientras daba rienda suelta a su dolor y estallaba en llanto.

Ella era Ángela Dennison. Le gustara o no. Y por alguna razón desconocida, precisamente por eso su vida estaba en peligro.

Al cabo de unos cuantos minutos, se secó las lágrimas y se repuso. Ya había llorado suficiente. No podía esconderse en aquella tienda para compadecerse de sí misma. El hecho de que Blackmore hubiera estado detrás del secuestro podría explicar por qué parecía tan empeñado en ocultar la verdad. Así que él también tenía que tener algún tipo de conexión con Timber Falls. Lo único que tenía que hacer era descubrir cuál era.

El lugar más lógico por donde empezar a investigar era su familia biológica. Wade Dennison era un hombre poderoso del pueblo, pero en

aquellos momentos se encontraba en prisión. ¿Sería posible que tuviera alguna influencia en un lugar tan lejano como Seattle? ¿O era su esposa Daisy la que conocía a Blackmore?

Encendió la luz el tiempo suficiente para esconder el expediente robado bajo su saco de dormir, se guardó la linterna y abandonó la tienda para dirigirse a su moto. Disponía todavía de algunas horas antes de que amaneciera y aún tenía mucho que hacer. Sólo era cuestión de tiempo que Blackmore averiguara su paradero... y fuera a Timber Falls para terminar lo que había empezado.

El inspector Rupert Blackmore estaba cansado y de mal humor. Se había pasado un montón de horas conduciendo y le dolía todo el cuerpo. Todavía le quedaban bastantes kilómetros para llegar a Timber Falls, Oregón. Una camarera se acercó para rellenarle la taza. Prácticamente se había intoxicado de café para no dormirse y el estómago le estaba matando.

—¿Desea algo más? —le preguntó la mujer, sacando un bloc de notas del bolsillo de su uniforme. No alzó la mirada mientras arrancaba la factura y la dejaba sobre la mesa. Sólo entonces lo miró.

—No, gracias —sacudió la cabeza.

La camarera le sonrió, cariñosa.

—Buena suerte. Espero que pesque muchos.

La observó mientras se alejaba. Que pescara muchos. Peces. Se había pensado que era pescador, a juzgar por su sombrero, su vieja cazadora verde y la camisa de franela que llevaba. Se sonrió.

El día anterior no había pasado por casa más que para ducharse, cambiarse de ropa y recoger algunas de las diversas armas sin registrar que había ido coleccionando con los años. O si estaban registradas, ciertamente no a su nombre. Unas las había encontrado en escondites de narcotraficantes, otras las había conseguido de delincuentes muertos.

Al principio las había coleccionado por curiosidad, a manera de trofeos de un juego particularmente peligroso. O al menos eso había pensado él. Porque quizá, durante todo el tiempo, siempre había sabido que llegaría un día en que las necesitaría de verdad.

El chantaje siempre era traicionero. Una persona podía estar años sin saber de su chantajista, hasta que un día aparecía de pronto. Y si esa persona no quería que su vida se fuera deshilachando poco a poco como un viejo suéter, hasta quedarse en nada... había que pagar. Fuera cual fuese el precio.

Había elegido la camioneta que solía usar para sus excursiones de pesca. Había metido su tienda de campaña, por si acaso, junto con su cazadora y sus

aparejos de pesca. Sólo cuando terminó de cargarlo todo y se sentó al volante, se dio cuenta de que llevaba en la cabeza su sombrero de pescador. Y se detuvo un instante para mirarse en el espejo retrovisor.

Se había quedado estupefacto al comprobar lo mucho que había envejecido. Era como si, en cuestión de una sola noche, su pelo y su barba se hubieran vuelto completamente grises. ¿Cuándo había sido la última vez que se había mirado en un espejo? Mirado realmente, no cuando se afeitaba cada mañana.

Le vino a la memoria la imagen del viejo pescador que había conocido a través de los años, tambaleándose al borde del agua, guiñando los ojos al sol con el rostro surcado de arrugas. Y se dio cuenta de que él habría podido ser ese pescador.

Así era precisamente como lo vería la gente de Timber Falls. Verían a un viejo pescador. No a un policía. No a no ser que lo miraran fijamente a los ojos. Esa era la única parte de su persona que se le escapaba. Los ojos azules como el hielo, de mirada dura, que amedrentaba.

Por eso se había puesto aquellas gafas oscuras. No había podido elegir un disfraz mejor. Dejó a la camarera una buena propina, pagó en la caja de la entrada y se compró dos buenos puros en el supermercado de carretera. Mientras se dirigía hacia la camioneta, se sintió mejor de lo que se había sentido en mucho tiempo.

Maggie Randolph no lo reconocería hasta que lo tuviera encima. Jesse seguía con la mirada fija en la pantalla, en la comisaría vacía. Sabía que debería irse a casa e intentar dormir un poco. Por la mañana podría empezar a buscar a Maggie.

Se inclinó sobre el teclado, intentando recordar lo que le había enseñado Sissy. Maggie Randolph había entrado en la oficina del periódico a escondidas para buscar el expediente de Ángela Dennison.

Se metió en la red, entró en la página web de uno de los dos mayores diarios de Seattle, tecleó el nombre de Margaret Randolph y esperó. Quizá no hubiera nada sobre ella. Quizá no había vivido durante mucho tiempo allí, quizá...

Una larga lista de artículos apareció en la pantalla. Los revisó uno a uno, sorprendiéndose de que la mayor parte procedían de las páginas de deportes. Sacudió la cabeza, maravillado. Al parecer a Maggie le gustaba correr en moto, participar en competiciones de esquí de alto riesgo y bucear en aguas profundas.

Marcó uno de los artículos, el titulado con la palabra necrológica. Maggie

aparecía como la hija única del millonario Paul Randolph, que había perecido en un accidente de avión menos de dos meses atrás. Se disponía a salir de allí cuando detectó otra necrológica, esa vez referida a Mildred Randolph, la madre de Maggie. Siguió leyendo. La madre había padecido poliomielitis desde niña y necesitaba moverse en silla de ruedas. Al final del texto descubrió algo que le hizo contener el aliento.

Los funerales habían sido organizados por un grupo del que los Randolph habían sido miembros, formado por parejas imposibilitadas para tener hijos. Con lo que, casi con toda seguridad, Maggie había sido adoptada...

Jesse maldijo entre dientes, más convencido que nunca de que estaba siguiendo la pista correcta. Desplazó el cursor hacia la parte superior de la lista y pinchó el artículo más reciente sobre Margaret Jane Randolph. Era una historia acerca de un ayudante de bufete llamado Norman Drake. Aquella misma mañana habían sacado su cadáver del agua en un muelle abandonado de Puget Sound. La policía sospechaba que se trataba de un homicidio. Y a Margaret Randolph la buscaban para interrogarla por ese asesinato y por el del jefe de Drake, el abogado Clark Iverson, al que habían matado en su despacho la semana anterior. Iverson había trabajado durante años para Paul Randolph, el finado.

Jesse soltó un silbido de asombro. Maggie parecía haber dejado un rastro de cadáveres a su espalda. ¿Y ahora estaba en TimberFalls, investigando un antiguo caso de secuestro?

Cerró la comisaría y montó en su moto. Ya era tarde, pero había algo que no podía esperar. Demasiados años había esperado para hacerlo.

Lee Tanner salió a la terraza de su casa, escrutando la oscuridad, mientras Jesse se bajaba de la moto.

—Hijo, me imaginaba que serías tú.

Jesse comprobó con alivio que su padre estaba sobrio. Había pasado mucho tiempo, pero se preguntó si estaría condenado para siempre a experimentar aquel temor que precedía al alivio, pese a los muchos años que llevaba su padre sin probar el alcohol.

—Ya sé que es tarde...

Lee sacudió la cabeza.

—Me alegro de que te hayas dejado caer por aquí. Estaba disfrutando de esta noche tan bonita.

La lluvia había cesado, dejando el cielo limpio y tachonado de estrellas. Jesse se reunió con él en la terraza, intentando ver a su padre como debía de haberlo visto Daisy Dennison treinta años atrás. Todavía conservaba una

espesa mata de cabello oscuro, ahora salpicado de gris. Cuando Lee Tanner solía montar a caballo en los bosques de detrás de la casa acompañado de Daisy, su pelo había sido tan negro como el del propio Jesse.

Su padre seguía siendo un hombre atractivo, enjuto y fuerte. Sus ojos tenían una mirada más grave, su porte parecía más tranquilo, más sereno. ¿Era simplemente el hecho de que estuviera sobrio? ¿O quizá se había reconciliado de alguna manera con su pasado?

Jesse tuvo que recordarse que había pensado exactamente lo mismo de Daisy: que los años la habían ablandado a ella también.

—¿Qué te pasa, hijo? Te preocupa algo —comentó Lee mientras alzaba la mirada hacia las estrellas, con el gajo plateado de la luna suspendido en el cielo. Una brisa ligera agitó las copas de los pinos cercanos con un susurro.

Jesse vaciló, temeroso de destrozarse de golpe la tranquilidad emocional que había encontrado su padre... y lanzarlo nuevamente a la bebida.

—Esta noche alguien forzó la entrada en la oficina del periódico.

Lee lo miró sorprendido. La temporada de lluvias de aquel año había sido la peor de todas. Asesinatos, tiroteos... y todo ello relacionado de alguna manera con los Dennison.

—Quienquiera que haya sido, se llevó el expediente de recortes de prensa de Angela Dennison —Jesse vio que su padre se tensaba de inmediato. Se hizo un profundo silencio—. Hay algo que necesito preguntarte.

—¿Cómo agente de la justicia o como hijo mío? —le preguntó Lee en voz baja.

—Como ambos. Necesito saber si existe alguna posibilidad de que Ángela Dennison fuera hija tuya.

Lee cerró los ojos, suspirando.

—¿Por qué me preguntas esto ahora, después de tantos años? ¿Qué diferencia podría suponer mi respuesta?

—Creo que está viva —las palabras le salieron solas. Palabras que ni siquiera se había atrevido a pronunciar para sí mismo hasta ese momento—. Creo que está en Timber Falls. Y creo que está metida en problemas muy serios. Tengo que saber la verdad. Puede que sea la única manera de ayudarla.

Su padre abrió lentamente los ojos y se lo quedó mirando. Parecía como si el cuerpo se le fuera a romper mientras se aferraba a la barandilla.

—¿Ángela... viva? —le brillaban los ojos de lágrimas—. ¿Lo sabe Daisy?

—Ni siquiera yo lo sé con seguridad —repuso Jesse, aunque en cierta manera lo había sabido desde la primera vez que posó los ojos en ella,

cuando levantó la cabeza bajo la lluvia, al lado de aquella carretera empapada, la noche anterior... y se sintió como si le hubiera pasado un todoterreno por encima. No había querido reconocer la semejanza, tan parecida como era a Desiree y a la vez tan diferente...

—Dios mío, si Ángela está viva... —Lee Tanner se acercó tambaleándose a una de las sillas de la terraza y se dejó caer en ella. Parecía como si acabara de envejecer diez años en unos pocos segundos.

—Tengo que saberlo, papá.

No dejaba de sacudir la cabeza con expresión maravillada, la mirada perdida y absorta en la oscuridad.

—Todo el mundo creía que estaba muerta.

—¿Papá? ¿Hay alguna posibilidad de que Ángela sea hija tuya?

Lee Tanner alzó la cabeza.

—Ha pasado tanto tiempo, Jesse... Tienes que comprenderlo, hemos cambiado, todos hemos cambiado, somos distintos. Sé que tú también sospechas que si tu madre me abandonó fue por aquella aventura...

—Eso ahora no me importa. Tengo que saber si Ángela podría ser tu hija. Mi... hermanastra.

—¿Pero por qué...? ¿Qué diferencia...? —de repente Lee pareció leer en sus ojos la respuesta a su pregunta—. No me digas que...

—Sólo la he visto una vez —se apresuró a informarle Jesse—. Pero si estoy en lo cierto...

¿Cómo podría explicarle a su padre que se había sentido instantáneamente atraído por aquella mujer, que había sentido por ella cosas que jamás antes había experimentado? Ni siquiera podía explicárselo a sí mismo. Y su mayor temor era precisamente que le estuviera prohibida para siempre...

—Oh, Jesse...

—Necesito calcular las fechas. Comprobar si coinciden.

Su padre pareció a punto de negarlo, pero luego admitió con tono suave:

—Sinceramente, no lo sé. Pero es posible que ambas chicas... puedan ser hijas mías.

Desiree también. ¿Acaso no lo había sospechado siempre Jesse? ¿No era por eso por lo que había rechazado siempre sus numerosos avances? ¿Por lo que se había sentido siempre un poco como su hermano mayor? Aunque no sentía en absoluto lo mismo hacia Maggie....

—¿Te molestaste alguna vez en preguntárselo a Daisy?

Su padre alzó la mirada.

—Al cabo de un tiempo volvió con Wade y juró que Desiree era suya.

—¿Y Ángela?

—Nosotros nunca hablamos de Angela.

Jesse maldijo entre dientes.

—¿Cuándo rompió Daisy contigo?

Lee Tanner se mostró sorprendido por la pregunta.

—Daisy no rompió conmigo. Fui yo.

Así que por eso se había truncado aquella relación. Según Mitch le había contado recientemente, Daisy había admitido en su presencia que había amado a su padre. ¿Seguiría haciéndolo?

—¿Cuándo fue eso?

—Antes de saber que estaba embarazada —desvió la mirada hacia el denso bosque que se extendía frente a la casa—. Yo no podía seguir con aquella aventura, no cuando estaba casado con tu madre. Sabía que era un error, pero Daisy y yo... supongo que fue por eso por lo que no me dijo que se había quedado embarazada. No volví a hablar con ella hasta...

—Hasta que mi madre se marchó —adivinó Jesse—. Y Daisy te llamó para decirte que tu esposa se había presentado en su casa, dispuesta a chantajearla.

Lee cerró los ojos de nuevo, en un gesto de tácito reconocimiento.

—Fue entonces cuando cambiaste de idea y le diste el dinero para que se marchara —añadió Jesse, tomando por primera vez plena conciencia de lo sucedido. Su madre nunca había amado a su padre. Hasta donde podía recordar, sabía que desde el principio había querido abandonarlos a los tres, y que si había esperado algún tiempo había sido precisamente para que su marido le concediera el divorcio de una vez... y le pagara.

Su padre no había dicho nada. ¿Qué habría podido decirle a una mujer que tan deseosa se había mostrado de abandonar a su marido... ya antes de que éste se enredara con Daisy Dennison?

—¿Por qué Daisy te contó que mi madre había ido a verla? —le preguntó Jesse, pero se arrepintió de inmediato. ¿Acaso no era obvio? Él mismo se respondió—: Ella quería restregarte por la cara la actitud de tu esposa ¿verdad? Las inmensas ganas que tenía de dejarte.

—Ruth era una buena mujer...

—No la defiendas, por favor.

Lee bajó la mirada. Tantos años derrochados intentando convencer a Jesse y a Mitch de que su madre los había querido, de que simplemente no había podido soportar su matrimonio, siempre culpándose a sí mismo y justificándola a ella.

—¿Esperaba Daisy que los dos reanudaseis vuestra aventura después de aquello?

—Daisy quería más de lo que yo podía ofrecerle en aquel entonces —respondió al cabo de un silencio.

Aquello sorprendió a Jesse. ¿Era posible que la relación de su padre con Daisy hubiera sido tan profunda?

—Pero al margen de las intenciones de Daisy, el secuestro de Angela lo cambió todo —continuó Lee Tanner, volviéndose para mirar a su hijo—. Y si esa mujer es realmente Angela...

Jesse asintió.

—Eso sería la caja de los truenos. De imprevisibles consecuencias —se llevó una mano al bolsillo y sacó un test de ADN—. Tengo que pedírtelo. Necesito conseguir la prueba cuanto antes.

Lee asintió, entró en la casa y volvió a salir minutos después. Le entregó la muestra sin decir nada. Jesse no tenía la menor idea de lo que podía estar pensando en aquel momento. Y mucho menos sintiendo.

—Si estoy en lo cierto, aquí va a aparecer algo más que un montón de ropa sucia. Porque en la ciudad donde ella ha estado viviendo... se han producido unas muertes muy extrañas.

Su padre lo miró estupefacto.

—¿No pensarás que ella...?

—No. Ella no es una asesina —¿pero cómo lo sabía él? Simplemente lo sabía. Al igual que sabía que era Angela Dennison—. Me temo que está en problemas —estaba seguro de ello. Aquella alforja llena de dinero, la orden de búsqueda para interrogarla... Miró a su padre con expresión grave. Se había reservado lo peor para el final—. Papá, necesito saber dónde está mi madre.

Lee se encogió sobre sí mismo, como si acabara de recibir un golpe en el plexo solar.

—¿Pero por qué... ?

—¿Sabes dónde está? —escrutó su rostro—. Sí, sí que lo sabes. Y le has estado enviado dinero durante todos estos años, ¿verdad? —casi no podía creerlo.

—Te equivocas. Pero se lo habría dado si me lo hubiera pedido. Es tu madre.

—Esa mujer nunca fue una madre para Mitch y para mí, lo sabes perfectamente.

—Te trajo al mundo. Sólo por eso ya debería estarle agradecido. Y tú

también.

—¿Dónde está? —inquirió Jesse, con los dientes apretados.

—Ahora sí que me lo estás preguntando como agente de la ley, ¿verdad?

—Sí. Podría ser una testigo del secuestro. Estuvo en la casa de los Dennison poco antes de que Angela desapareciera, y jamás llegaron a interrogarla porque se marchó del pueblo aquel mismo día —Jesse entrecerró los ojos—. Y no me digas que tú nunca te has preguntado si tuvo algo que ver con la desaparición del bebé de Daisy Dennison.

Esperó que su padre le respondiera, airado, que Ruth Anne Tanner jamás habría sido capaz de secuestrar a la hija de Daisy para vengarse por aquella aventura. Pero no lo hizo. No pudo. Porque pese a que su matrimonio no le había importado en absoluto, aun así había sido capaz de intentar chantajearla. Cuando Daisy la despachó de su casa sin soltarle un céntimo, Ruth pudo haber pensado en devolverle el golpe, y ambos lo sabían.

—No sé dónde está —pronunció Lee con voz ronca—. Mi único contacto con ella es a través del abogado que compartimos.

—¿Tu abogado sigue siendo Matthew Brooks?

Lee asintió, reacio.

—Jesse, por favor, no vayas a verla. No saldrá nada bueno de todo esto.

—Eso no lo dudo —replicó, detectando el miedo en la voz de su padre. ¿Temía quizá, al igual que él, que su ex esposa hubiera secuestrado a Angela aliándose con Bud Farnsworth para tejer su venganza?

O quizá por dinero. Al parecer Maggie había terminado siendo adoptada por un matrimonio millonario. No era difícil adivinar lo sucedido.

—Ha pasado mucho tiempo. Estoy seguro de que eres consciente de ello.

—No quiero que tu hermano y tú sufráis...

—Entonces no se lo diremos a Mitch —propuso Jesse—. Protegeré a mi hermano pequeño hasta donde pueda. Pero si mi madre secuestró a aquel bebé...

—Por el bien de Daisy, rezaré para que Angela esté viva. Y para que tu madre no tuviera nada que ver con el secuestro.

Jesse contempló fijamente a su padre, viendo algo en su expresión que se le había escapado desde siempre. Sus sentimientos por Daisy Dennison. ¿Tan profundos serían? No estaba muy seguro de querer saberlo.

—No se lo contarás a Mitch, ¿verdad?

Lee alzó la mirada, sorprendido por su pregunta.

—¿Y dejar que se entere Charity? Eso aparecería mañana en la página de portada del periódico. No. Averigües lo que averigües, hijo, seguimos siendo

una familia. Capearemos esta tormenta al igual que hemos logrado capear las otras.

Jesse asintió, deseando compartir esa misma confianza.

—Dile a tu abogado que me pondré en contacto con él.

Lee soltó un suspiro, desviando nuevamente la mirada hacia el bosque.

—Espero que sepas lo que estás haciendo.

Mientras Jesse se dirigía hacia su moto, un grupo de nubes sobrevoló las copas de los árboles, tapando la luna y las estrellas y tornando aquella noche tan oscura como su humor. Maggie debía de andar cerca, escondida en alguna parte. Podía sentirlo. El destino había cruzado sus pasos. Pero quizá no por la razón que había sospechado en un principio, con secreta esperanza.

En cualquier caso, Maggie lo necesitaba. Y dudaba que fuera consciente de ello. Sólo esperaba poder encontrarla antes de que fuera demasiado tarde. Estaba a punto de arrancar la moto cuando el móvil vibró en su bolsillo.

—¡Jesse! —gritó Daisy Dennison, alarmada—. Han forzado la entrada en Dennison Ducks. El ladrón aún sigue aquí. El nuevo capataz de la plantilla me acaba de llamar para decírmelo: está en la puerta de la factoría, observándolo todo en este momento. ¡Hay alguien con una linterna en el despacho de Wade, registrando los archivos!

—Voy para allá —apagó el teléfono y enfiló hacia Dennison Ducks, sin la menor duda acerca de la identidad de aquel ladrón y de lo que estaba buscando...

Capítulo 9

Maggie acababa de deslizarse por el falso techo del aire acondicionado en el despacho del segundo piso de Dennison Ducks... cuando lo oyó. El apagado paso de un zapato en el suelo de cemento de la planta baja.

Se quedó muy quieta, escuchando. ¿Se lo habría imaginado? Esperó durante un rato, sin oír nada, y encendió la pequeña linterna para enfocar la oficina. Pasó sigilosamente por delante de la mesa de la secretaria, hacia el despacho de Wade Dennison. Por el rabillo del ojo distinguió una luz en una esquina. El corazón se le subió a la garganta y a punto estuvo de soltar un grito.

Un gran pato de madera, con brillantes ojos de plástico, le devolvió la mirada bajo el haz de luz. Se dio cuenta de que la habitación estaba llena de ellos. De todos los tipos, tamaños y colores, mirándola desde lo alto de la estantería que recorría todo el despacho.

Recorrió apresuradamente con la mirada los archivadores, no sabiendo muy bien lo que estaba buscando. Hasta que descubrió uno, cerrado con llave, justamente al lado de la mesa de escritorio. Encontró un abrecartas e intentó forzar la cerradura. Era antigua, y el asa del archivador estaba llena de polvo, como si no lo hubieran abierto en mucho tiempo. Hurgó en ella hasta romperla y, sosteniendo la linterna entre los dientes, abrió sigilosamente el cajón.

Fue entonces cuando volvió a oír el sonido. Alguien se estaba moviendo en la planta baja. Crujió un escalón, y luego otro. Alguien estaba subiendo hacia la oficina. ¿Sería el ayudante del sheriff Jesse Tanner? ¿Habrían visto la luz en la oficina y avisado a la policía?

Sólo había un expediente en el cajón: el resto estaba cubierto de polvo. Lo agarró, se lo metió dentro de la cazadora y, sin molestarse en cerrar el archivador, se dispuso a abandonar sigilosamente el despacho. En aquel momento podía oír perfectamente a alguien subiendo las escaleras, iluminándose con un bolígrafo linterna.

A oscuras, localizó el escritorio y se subió a él. En cualquier momento el individuo entraría en el despacho... De repente se quedó inmóvil, paralizada de miedo: acababa de reconocer el mismo olor que había oído en el muelle justo antes de que Blackmore intentara matarla.

Ya estaba casi en lo alto de la escalera. Maggie se aupó ágilmente y se

deslizó en el interior del falso techo del aire acondicionado. Se movió con rapidez, sin importarle hacer ruido. Oyó perfectamente los pasos del hombre corriendo por el despacho y el chirrido de la rejilla metálica al ser retirada.

En cuestión de segundos se hallaba ya en el tejado, corriendo hacia el árbol por el que había trepado. Temiendo que pudiera estar esperándola al pie del tronco, prefirió bajar por las ramas. Por suerte, no apareció nadie.

Montó en su moto, arrancó sin perder el tiempo y salió disparada. No había llegado muy lejos cuando distinguió la luz de otra motocicleta. Subía colina arriba, detrás de ella...

Jesse ya casi había llegado a la factoría cuando distinguió la solitaria luz ascendiendo por la ladera. Una moto. Y circulando muy rápido.

La luz de la suya arrancó un reflejo al casco del motorista en el instante en que volvía la cabeza hacia él. No tuvo ninguna duda de quién era. Primero la oficina del periódico y ahora la de Dennison Ducks.

Nada más verlo, giró a la derecha, levantando una nube de grava, para tomar un atajo y salir a la pista de tierra que se alejaba del pueblo. Se concentró en perseguirla, convencido de que no podría dejarlo atrás en una pista tan estrecha y sinuosa. Nunca llegaría a alcanzar la velocidad suficiente para hacerlo. No conocía aquella pista tan bien como él. Jesse estaba familiarizado con aquellas curvas desde que era un jovenzuelo...

Pero se había olvidado de que no se las estaba viendo con una mujer cualquiera. Al parecer, Maggie había montado en moto desde niña. Y se lo demostró, porque se las arregló para guardar las distancias.

Maldijo entre dientes. Temía que pudiera matarse por culpa suya, por intentar huir de él, pero tenía que alcanzarla. No podía dejarla escapar. Esa vez no. Las motos rugían en la oscuridad, atravesando el denso bosque. La carretera era una cinta estrecha serpenteando ladera arriba.

Se dio cuenta de que la pista no tardaría en alcanzar la carretera. Por la manera que tenía aquella mujer de conducir y por la potencia de su moto, no tenía la menor duda de que lo dejaría clavado en cuanto llegara al asfalto. Y así fue.

Detuvo su Harley, se quitó el casco y soltó un juramento viendo cómo sus luces traseras desaparecían en la distancia. Aquella mujer era una experta motorista. Al menos sabía eso sobre ella.

Volvió a arrancar y puso rumbo a Dennison Ducks. Todavía tendría que enfrentarse con Daisy antes de que aquella noche terminara. Pero en alguna parte de aquel bosque se escondía una motorista singularmente interesada por el secuestro de Angela Dennison. Una motorista con una alforja llena de

dinero y un inspector de la policía de Seattle siguiéndole los pasos.

Y él no tenía manera de ayudarla. Incluso una mujer tan capaz como Maggie Randolph podía meterse en problemas mayores de los que podía digerir. Se preguntó cuándo volvería a verla. No lo suficientemente pronto como para su gusto, eso era seguro.

Maggie tomó las diversas carreteras secundarias que había memorizado en el viejo mapa forestal, buscando poner la mayor distancia posible entre ella y el ayudante del sheriff. Y el hombre que se había presentado de noche en la factoría Dennison.

El inspector Blackmore no solamente estaba en Timber Falls, sino que se había acercado también a Dennison Ducks. ¿La habría seguido directamente hasta la factoría? ¿O habría adivinado que terminaría apareciendo por allí?

El corazón todavía le latía acelerado. Lo había olido. El mismo fétido olor que había olido en el embarcadero, justo antes de que disparara contra ella y rodara abrazada al cuerpo de Norman hasta caer al agua. Y justo después del asesino, había aparecido el ayudante de sheriff Jesse Tanner. Lo había sabido desde el momento que vislumbró aquella solitaria luz a su espalda. Había visto su moto en el garaje, una vieja Harley. ¿Lo habría avisado el inspector Blackmore? ¿O había sido otra persona?

No había estado muy segura de poder dejar atrás a Jesse. Se había acercado demasiado hasta que llegó a la carretera y pudo poner su moto a toda potencia. En aquel momento aparcó en el arcén de la pista de tierra, todavía estremecida y debilitada de miedo. Apagó el motor y aguzó los oídos. El silencio la envolvía por completo, como la oscuridad. Aspiró una bocanada de aire fresco. Estaba a salvo. Por el momento.

Porque ahora Blackmore y el ayudante del sheriff sabían que había estado en Dennison Ducks. Quizá incluso supieran que también había entrado en la oficina del periódico. Jesse Tanner era lo suficientemente listo como para deducirlo, dado el método que había utilizado para acceder a ambos edificios. El inspector Blackmore debía de haber llamado al ayudante del sheriff para que lo ayudara a capturarla, bajo la pretensión de llevarla de vuelta a Seattle. ¿Y acaso Tanner no la entregaría de buena gana al inspector? ¿No era así como trabajaban los agentes de la ley?

Su pulso empezó a tranquilizarse. Y casi sintió una punzada de arrepentimiento de que Jesse no la hubiera atrapado. O, mejor dicho, de que ella no se hubiese dejado atrapar. Porque entonces habría sabido, de una manera u otra, si Blackmore realmente se había puesto en contacto con él o no. En seguida tuvo que recordarse que aquel tipo de pensamientos eran de

lo más perjudiciales para su supervivencia.

Pero entonces... ¿por qué su intuición no dejaba de asegurarle que el ayudante del sheriff era un hombre en quien podía confiar? O quizá simplemente quería creer eso porque le gustaba. No pudo evitar sonreír ante aquella expresión. Porque decir que Jesse Tanner le gustaba era quedarse decididamente corta...

Jesse encontró a la nueva capataz de Daisy esperando al pie de la puerta trasera de Dennison Ducks. Aparcó la moto y se dirigió hacia la mujer, sorprendido de verla. Había oído que Daisy estaba dirigiendo la factoría de reclamos mientras Wade seguía en la cárcel, pero hasta la fecha ignoraba que la plaza de Bud Fairnsworth, que falleció en octubre, ya había sido ocupada.

Dado que Daisy nunca había mostrado ningún interés por Dennison Ducks, aparte del que se derivaba de sus ingresos, Jesse, al igual que el resto de la gente del pueblo, no sabía muy bien qué esperar de aquella mujer. Al menos en lo que se refería a sus capacidades para el cargo.

—Usted debe de ser el ayudante de sheriff Tanner —le dijo la mujer, tendiéndole la mano—. La señora Dennison me encargó que lo esperara aquí. Soy Francés Sanders, la nueva capataz.

Alta y rubia, de unos cincuenta y tantos años, tenía una expresión amable y bastante fuerza, a juzgar por el apretón que le dio. Jesse le estrechó la mano intentando disimular su sorpresa. Demasiado bien sabía que Wade jamás habría contratado a una mujer para el cargo.

—No esperaba a una mujer, ¿verdad? —pronunció Francés con una sonrisa—. No se preocupe, estoy familiarizada con el negocio. Mi padre trabajaba tallando patos de madera. Se puede decir que he crecido en este ambiente.

—Jamás se me ocurriría pensar lo contrario —Jesse le devolvió la sonrisa—. Lo que pasa es que usted se parece bien poco al anterior capataz.

—Y yo me alegro de ello, a juzgar por lo que he oído de él —repuso en voz baja, y desvió la mirada hacia la factoría—. Había pasado por aquí para recoger unos informes cuando vi una luz en la oficina y llamé inmediatamente a la señora Dennison. Minutos después fue cuando vi la segunda linterna.

—¿La segunda linterna? —inquirió, sorprendido.

—Sí. Había dos, eso es seguro. Una en el piso bajo, la otra en el primero, en la oficina de la señora Dennison.

Jesse no pudo menos de reparar en la expresión que había utilizado. Durante décadas aquélla había sido la oficina de Wade.

—Vi a los dos individuos cuando se pusieron a correr —continuó Francés—. Uno, el que salió por el tejado, era pequeño y delgado. Creo que era una mujer. El otro era indudablemente un hombre, mucho más corpulento.

Jesse se preguntó si se habría equivocado. Quizá no se había tratado de Maggie...

—¿Estaban juntos?

—No. Tuve la impresión de que el hombre estaba persiguiendo a la mujer. Salió disparada en una moto, pero eso ya lo sabe usted, ya que yo lo oí perseguirla...

Jesse sonrió, impresionado.

—¿Y el hombre?

—Apenas pude verlo antes de que desapareciera entre los árboles —señaló la dirección opuesta—. Luego oí el rumor de un motor. Una camioneta, creo. Pero no puedo decirlo con seguridad, estaba demasiado lejos.

—Buen trabajo —asintió Jesse, satisfecho del relato de los hechos que acababa de hacerle—. ¿Todavía no ha entrado?

—Lo estaba esperando.

Jesse se hizo a un lado mientras ella abría la puerta. No tardó mucho tiempo en descubrir la ventana rota. Maggie había entrado por el tejado y se había deslizado al interior por el falso techo del aire acondicionado, al igual que había hecho en la oficina del periódico.

—Parece que la cerradura del cajón superior del archivador ha sido forzada —advirtió Francés.

El cajón estaba abierto, como si Maggie hubiera visto su labor interrumpida de pronto. Lo mismo que le había pasado en el periódico. Estaba vacío, pero a juzgar por el polvo que cubría el fondo, parecía que solamente se había llevado un expediente.

—¿Tiene alguna idea de lo que Wade guardaba aquí?

—No. Me temo que esa pregunta sólo podrá responderla la señora Dennison.

Miró a su alrededor. En apariencia, nada más había sido tocado. ¿Qué habría estado buscando Maggie? A buen seguro, más información sobre Angela Dennison. ¿Y qué habría estado buscando el segundo intruso? A Maggie Randolph.

—Muchas gracias por su ayuda —le dijo a Francés mientras cerraba la puerta de la fábrica. Aquella mujer era como un soplo de aire fresco comparado con el último capataz—. Y buena suerte con su nuevo trabajo.

Jesse había albergado la vana esperanza de no tener que ver de nuevo a Daisy Dennison. Dos veces en un solo día era demasiado. Resignado, subió a su moto.

La mansión de los Dennison distaba solamente unos tres kilómetros de la factoría de reclamos. Cuando enfiló la carretera que llevaba hacia la casa, vio que todas las luces estaban encendidas, incluida la del porche. Evidentemente Daisy lo estaba esperando. Le abrió ella misma la puerta, al primer timbrazo.

—¿Has atrapado al ladrón? —tenía una copa en la mano, y no parecía que fuera la primera.

—¿Me va a dejar en la puerta?

Adoptó de inmediato una expresión arrepentida, como avergonzada de sus modales, mientras lo invitaba a entrar.

—¿Quiere que Zinnia le traiga algo de beber?

—No, gracias.

Pareció decepcionada, y Jesse se preguntó si se sentiría sola en aquella enorme casa, con Desiree ausentándose continuamente para crearle problemas. Y se preguntó también cómo se tomaría la noticia de la reaparición de Angela Dennison, si finalmente sus sospechas sobre Maggie resultaban ciertas.

—Lo único que puedo decirle con seguridad es que ha desaparecido un expediente del archivador que Wade mantenía cerrado con llave en su despacho.

Daisy bajó la mirada a la copa, se la llevó a los labios y bebió un sorbo.

—¿Qué había en aquel expediente? —le preguntó Jesse. Podía ver que sabía algo al respecto.

La mujer le dio la espalda para dirigirse al salón.

—Papeles... personales de Wade —pronunció sin volverse.

Lo siguió, irritado. La casa entera olía a whisky escocés y a velas demasiado perfumadas. Casi sintió náuseas.

—No juegue conmigo, ¿de acuerdo? Esta misma noche alguien también forzó la entrada en la oficina del periódico. El ladrón solamente se llevó una cosa. Un expediente lleno de recortes de prensa sobre el secuestro de Angela.

Vio que de repente se quedaba muy quieta. Casi podía sentir la tensión que emanaba de su figura.

—De modo que se lo preguntaré otra vez: ¿qué había en aquel expediente? Cuando volvió a hablar, toda su frialdad desapareció de pronto.

—¿Por qué la gente no puede dejar en paz de una vez a mi familia?

A Jesse se le ocurrieron varias respuestas a aquella pregunta, como por

ejemplo el mal comportamiento de su grupo familiar, pero tenía la sensación de que la pregunta era meramente retórica. Y ya había hablado bastante con ella antes, aquel mismo día. Dudaba que estuviera de humor para aguantar otro sermón.

—Por favor —le dijo Daisy, volviéndose hacia él—. Siéntate.

Como si la hubiera convocado mentalmente, Zinnia apareció con un gran vaso de limonada que Jesse no había pedido y otra copa para ella. Aceptó el asiento y la limonada. Era mejor que la suya.

—Estupenda la limonada —le comentó a la alemana cuando ya se retiraba. No dio señal alguna de haberlo oído.

—No habla mucho inglés —explicó Daisy.

Jesse asintió con la cabeza, seguro que de que Zinnia tenía que hablar mucho más de lo que aparentaba. Sobre todo después de los años que llevaba trabajando para la familia.

—No sé muy bien lo que puede haber en ese expediente —explicó al cabo de un momento—. Pero sí sé que allí guardaba la correspondencia con los investigadores privados que mantuvo durante los muchos años que estuvo buscando a Angela. Falsas pistas, hipótesis descartadas. Supongo que Wade no quería que lo viera. Él tenía la única llave y el archivador siempre estaba cerrado.

—Sean cuales sean esos secretos, terminarán saliendo a la luz —le advirtió Jesse—. Si hay algo que desee decirme al respecto...

Daisy dejó sobre la mesa la copa sin terminar y no se dignó a recoger la nueva. Cuando volvió a levantar los ojos hacia él, tenía la mirada brillante por el alcohol y tal vez también por la tristeza. O el arrepentimiento.

—Las pruebas de ADN estaban dentro.

—¿Qué pruebas?

—Las que se hizo Wade para demostrar que era el padre de esa mujer. Las de ella también estaban allí —su voz apenas era un susurro. Por «esa mujer» se refería al fruto de la aventura que Wade Dennison había tenido cerca de treinta años atrás, con la niñera de la casa: Nina Monroe. Ahora Maggie tenía esas pruebas de ADN. Daisy se lo quedó mirando fijamente.

—¿Sabes? Te pareces a tu padre mucho más que Mitch —estaba llorando silenciosamente cuando se dispuso a llamar al ama de llaves por el intercomunicador—. Zinnia te acompañará hasta la puerta.

—No hace falta. Conozco el camino.

Una vez en la carretera que llevaba al pueblo, Jesse aceleró la moto a fondo. El aire de la noche era fresco y húmedo. Mientras el asfalto

desaparecía cada vez más rápido bajo la rueda, sintió el antiguo entusiasmo. El de siempre. Pero esa vez no era tan fuerte como antes. En lugar de ello, su cabeza volaba inevitablemente hacia Maggie Randolph. En ella estaba pensando cuando llegó a las afueras del pueblo. En ella y en cómo localizarla.

El Duck-In estaba cerrando cuando atravesó el pueblo de camino a casa. Estaba cansado y confiaba en poder dormir unas cuantas horas antes de volver a salir en busca de Maggie.

Pero cuando pasó por delante del bar, vio a Desiree subiendo al asiento del pasajero de su deportivo rojo. Aunque la capota estaba levantada, alcanzó a distinguir a un hombre sentado al volante. Maldijo entre dientes y dio un giro de ciento ochenta grados en mitad de la calle.

Desiree se volvió al oír el rugido de la moto, sonrió al reconocerlo y se quedó esperándolo, con la puerta abierta. Intercambió con Jesse una mirada de desafío y se volvió luego hacia su acompañante, con la clara intención de que se fijara bien en él. Era Bruno, el tipo que había estado saliendo con Betty.

Jesse se detuvo a su lado. Desiree seguía esperándolo de pie, sonriente, apoyada en la puerta. Aquella joven parecía disfrutar provocándolo: su desprecio por sus avances e insinuaciones debía de ser más que notorio. ¿Lo sería también su complejo de culpabilidad? Estaba seguro de que se sentía tan confundida como él respecto a la relación que habían mantenido sus padres.

—Acabo de estar en tu casa —le informó—. Alguien forzó la entrada en Dennison Ducks. Tu madre no se encuentra muy bien.

La sonrisa murió de golpe en sus labios.

—¿Mamá? ¿Qué...?

—Está bien. Algo alterada, evidentemente. Y asustada.

Desiree se había quedado pálida. Cerró la puerta y rodeó el morro del coche. Luego abrió la del conductor y le ordenó a Bruno que se bajara, sin decir una palabra.

—Hey, yo creía que nos íbamos de fiesta...

—Fuera. Ya.

El hombre la miró a ella y luego a Jesse, antes de obedecer decepcionado. Desiree se sentó al volante, cerró la puerta y arrancó.

—No corras —le gritó Jesse para hacerse oír por encima del ruido del motor.

Desiree metió marcha atrás y, con un chirrido de neumáticos, salió disparada. Jesse se la quedó mirando hasta que desapareció, pensando que al menos por aquella noche la había salvado de Bruno. El hombre seguía de pie

en el aparcamiento, furioso, con el rostro embotado por el alcohol. Era un hombre grande, de espaldas anchas y cuello de toro, surcado de músculos.

Por lo que se veía, le habían partido la nariz más de una vez. Jesse sospechaba que era el típico camorrista de bar, aficionado a las peleas. Le llevaba sus buenos diez años a Jesse.

Cuando Bruno se dirigió hacia él, Jesse se bajó de la moto y le enseñó su placa, sacudiendo la cabeza. En cualquier otra circunstancia no habría despreciado una buena pelea, pero esa noche no estaba de humor.

—Ni se te ocurra.

Bruno se detuvo en seco, pareció reflexionar, dio media vuelta y se encaminó hacia la luz de neón que se distinguía al final de la carretera. El Café de Betty. Jesse se guardó la placa, montó de nuevo en su moto y arrancó. Tenía los músculos en tensión y tardó algo en tranquilizarse.

Salió a carretera abierta, dejándose envolver por la oscuridad y el aire de la noche. Parte de su ser lo impulsaba a seguir adelante, a huir sin mirar atrás. En los viejos tiempos, habría aprovechado la ocasión para hacerlo. Sin despedirse de nadie.

Pero ése era el viejo Jesse. El Jesse que no se había establecido, que no había levantado su propia cabaña. Y que no había conocido a una mujer en la que no podía dejar de pensar, para bien o para mal.

Se desvió por la pista de tierra que ascendía hasta el cerro. Metió la moto en el garaje, cerró la puerta y se quedó contemplando por un momento la cabaña con una sensación de orgullo... y emocionado respeto. Un hogar. Nunca lo había necesitado tanto como aquella noche. Se preguntó por lo que habría pensado Maggie cuando llegó allí la noche anterior y la vio, como él la estaba viendo ahora.

Una vez dentro, se dirigió directamente a su estudio y se quitó el uniforme para ponerse unos pantalones viejos, manchados de pintura. Abrió las ventanas para dejar entrar el aire y se sentó ante su caballete. Durante un buen rato no hizo otra cosa más que mirar el lienzo en blanco. Hasta que empuñó un pincel y se puso a pintar, sin pensar en nada. Sobre todo en su conversación con su padre. O en los Dennison. O en Bruno.

Lo que quería era olvidarse, aunque sólo fuera por unos minutos, de que se había convertido en policía. El policía de Timber Falls. O que su trabajo consistía precisamente en encontrar a Maggie y detenerla. Al cabo de unos instantes se abismó en la pintura, en la sensación de las pinceladas en la tela. Desde que tenía memoria la habilidad había estado allí, desde que dibujaba de niño, haciendo aparecer cosas sobre el papel con un simple bolígrafo.

Magia. Eso había sido lo primero que había pensado, y lo que seguía pensando. Como si surgiera de cualquier otra parte, y ciertamente no de él.

Una forma comenzó a emerger en el lienzo, sorprendiéndolo cuando la identificó. Retrocedió un paso y se quedó mirando el fragmento de rostro y la expresión que había capturado. Maggie Randolph. Los ojos del mismo tono castaño dorado que su pelo. Sonriendo. Intentó recordar si la había visto sonreír de esa forma durante las pocas horas que estuvo en su casa. No. Aun así sabía que aquélla era su sonrisa: luminosa, radiante. Mágica.

Bajó el pincel, preguntándose qué diablos estaba haciendo. Aquella mujer podía ser una asesina, como poco. Miró el reloj: eran las tres de la madrugada. Demasiado tarde o demasiado temprano para hacer otra cosa que dormir. A no ser que la persona en cuestión no pudiera dormir y que, en alguna parte, muy cerca, hubiera una mujer que...

Rápidamente limpió el pincel y bajó al dormitorio. Volvió a ponerse el uniforme y la cartuchera. Se enfundó el arma reglamentaria. Ni siquiera quería pensar que podía necesitarla. Y usarla mucho menos.

Luego se dirigió a su camioneta. Maggie Randolph no había terminado con Timber Falls. Tenía esa intuición. Eso significaba que tenía que estar oculta por alguna parte, cerca. Recordaba la tienda de campaña y el saco de dormir que había llevado atados a la moto. Pero cuando la vio antes, mientras la perseguía, no había visto ni la una ni lo otro. Así que por fuerza tenía que haber acampado.

Reflexionó sobre la dirección que habría tomado cuando alcanzó la carretera, justo antes de dejarlo atrás. La dirección contraria de la que había acampado. Estaba seguro de ello. Así que puso rumbo al sur, como si se hubiera metido en la cabeza de aquella mujer. De hecho, no había dejado de pensar en ella durante las últimas veinticuatro horas.

La carretera estaba vacía, la noche oscura, cerrada. Aquella región del país se hallaba salpicada de lugares de acampada, completamente desiertos en esa época del año. Debido a la frondosidad del bosque, por fuerza tenía que haber elegido uno de ellos.

Y su campamento debería estar lo más alejado posible de la carretera. Había tantos y tan solitarios, que allí se sentiría perfectamente segura. O tal vez no. Elegiría uno. Luego, desde allí, se internaría en el bosque. Y como un animal nocturno, dormiría durante el día y buscaría amparo en la noche para hacer lo que había ido a hacer a Timber Falls.

Pero, después de las dos hazañas de aquella noche, estaría agotada, intentando dormir un poco. Se creería a salvo, convencida de que a nadie se

le ocurriría buscarla a esas horas. Nadie excepto un hombre que no podía dormir. Un hombre poseído.

Capítulo 10

Estaba empezando a romper el día cuando Jesse la encontró. Descubrió el rastro de un único neumático en el barro, al borde del asfalto, a medio kilómetro de la verja cerrada de una desierta zona de acampada.

Continuó carretera abajo sin aminorar la velocidad hasta que aparcó la camioneta y siguió a pie, confiando en el elemento sorpresa. Se internó en el sendero. El rastro de la moto lo llevaba a lo más profundo del bosque. Podía escuchar el rumor del río MacKenzie y oler sus aguas perfumadas a cedro. Era la primera madrugada en muchos meses que no había llovido: al menos todavía. Señal segura de que la primavera estaba llegando. Conforme caminaba, el cielo empezaba a iluminarse tenuemente sobre los árboles. Maggie se había escondido bien. A nadie se le habría ocurrido buscarla en un lugar tan apartado.

Estaba en el punto más alejado de la carretera cuando distinguió su tienda de campaña, de un color que se camuflaba bien con el terreno. No vio la moto por ninguna parte. Quizá no había regresado todavía. Se fue acercando cautelosamente. El rumor del río, que corría muy cerca de la tienda, apagaba sus pasos.

Era una tienda para dos personas. Una cortina estaba abierta, y se veía que estaba vacía. Extraño. Sintió una punzada de preocupación. No habría dejado la abertura sin cerrar a no ser que...

Vio la moto por el rabillo del ojo. Estaba parcialmente oculta por la vegetación, a unos pocos metros de la tienda, al borde del río. Estaba allí. En alguna parte. ¿Lo habría visto acercarse? ¿Se estaría escondiendo? ¿O esperando quizá a que se acercara más para atacarlo? Se acercó sigilosamente a la moto. Si Maggie había planeado una fuga rápida, no podía haberse quedado muy lejos.

Fue entonces cuando la vio. Un fogonazo de piel blanca entre los árboles. Maldijo entre dientes al ver que estaba completamente desnuda en un remanso del río, de espaldas a él. El agua le llegaba hasta la cintura mientras se enjabonaba el pelo, con movimientos enérgicos ya que debía de estar helada. A esas alturas de año, Jesse no se habría bañado allí por nada del mundo. Estaba claro que era mucho más dura que él.

Se fue acercando, maravillado. Durante las últimas veinticuatro horas se había apoderado por completo de su vida. Y ahora estaba allí, ante él... Tenía

la espalda esbelta, musculosa. Con la piel dorada por la luz del alba, perlada de gotas brillantes, apuntado apenas el nacimiento de un seno... Le habría encantado pintarla así. Bañándose al amanecer.

Desvió la mirada, recordándose que si eran ciertas sus sospechas, aquella mujer caía fuera de su alcance. Le estaba prohibida. La había encontrado, pero todavía podía mostrarse tan esquiva y escurridiza como se había mostrado hasta ese momento. El simple pensamiento le sentó como una bofetada.

Fue entonces cuando vio su ropa colgando de la rama de un árbol, en la ribera. Se dirigió hacia allí aprovechando que se sumergía en el agua para volver a salir casi de inmediato. Con los ojos cerrados, se echó la melena empapada sobre un hombro y soltó una exclamación, temblando de frío. Acto seguido se volvió, extendiendo una mano para recoger la ropa.

Sus dedos tocaron el aire y la rama vacía. Abrió rápidamente los ojos, alarmada. Maggie percibió su presencia apenas un instante antes de descubrir que su ropa había desaparecido. Parpadeó para quitarse el agua de los ojos y lo vio de pie en las rocas, apenas a un metro de ella. Y con su ropa en la mano.

Ahogando un grito de asombro y alarma, se abrazó, estremecida. No quería que supiera lo muy asustada que estaba. Le estaba tendiendo la ropa, pero esforzándose por no mirarla. Probablemente ya habría visto todo lo que había que ver, pero no pudo menos de sorprenderse de su caballeroso comportamiento.

Se preguntó durante cuánto tiempo llevaría allí, observándola. Iba vestido con su uniforme y tenía una expresión seria, grave. No había duda alguna de que había ido allí en misión oficial.

¿Dónde estaría Blackmore? ¿Esperando en la carretera?

—Hola, ayudante de sheriff Tanner —sus palabras sonaban mucho más tranquilas de lo que se sentía. Su cerebro trabajaba a toda velocidad. ¿Cómo la había encontrado?

Estudió la expresión de Jesse Tanner, presa de unos sentimientos que la sorprendían y preocupaban a la vez. Era un agente de la justicia. La entregaría al inspector Blackmore. Era su obligación.

—Debes de tener frío —le dijo, sin dejar de ofrecerle la ropa. Seguía mirando hacia otro lado.

Sí que tenía frío. Se estaba helando. El agua le llegaba hasta la cintura. Dio un paso hacia él, temerosa de tropezar y mostrar así una mayor vulnerabilidad. Como si no tuviera suficiente con estar completamente

desnuda en medio de un río, con un policía ofreciéndole la ropa.

Sin mirarla en ningún momento, le tendió la otra mano para ayudarla. Por un instante, Maggie pensó en ignorar su oferta de ayuda. Pero sabía que sería una estupidez. Tenía el cuerpo dolorido por el agua fría. Además, desnuda, no tendría ninguna posibilidad de escapar.

Aceptó su mano y se apoyó en ella mientras escalaba por las rocas, intentando concebir en todo momento algún plan de fuga. Y rezando para que Jesse no hubiera llegado a algún acuerdo con Blackmore para llevarla de regreso a Seattle.

—Bonito pueblo el tuyo. Tiene paisajes maravillosos —le comentó.

Jesse asintió con la cabeza, sonriendo levemente. Sin mirarla, le tendió el sujetador. Era el mismo, de encaje blanco, que llevaba puesto la noche que fue a encontrarse con Norman en el embarcadero. Se lo puso. El, mientras tanto, contemplaba absorto las aguas del río, en apariencia tan inconsciente como insensible a su desnudez.

Maggie sabía perfectamente que era una pose, pero le gustaba que se esforzara tanto por disimularlo. Acto seguido, vio que le tendía la camisa. No pudo evitar pensar en sus pinturas, en su persona. Él no era como Blackmore.

—¿Eres de aquí? —le preguntó mientras se abrochaba la blusa, deseosa de entrar en calor.

—Nací muy cerca de este mismo lugar, carretera abajo —respondió—. Pero estuve un tiempo fuera.

Lo siguiente que le entregó fue la braga, también de encaje blanco. Esa vez sí que pareció ruborizarse un poco. Maggie se la puso, manteniéndose en equilibrio sobre una roca, y él todavía le acercó su brazo para que se apoyara. Aceptó por segunda vez su ayuda y le pidió los vaqueros.

Se los puso rápidamente, se abrochó el botón y se subió la cremallera.

—Estuviste en México, ¿no?

—Lo has adivinado por mis pinturas, ¿verdad? —sonrió—. Parece que sabes mucho más de mí que yo de ti.

—Lo dudo. ¿Qué te hizo volver a Timber Falls?

—Me dio un ataque de nostalgia familiar —contestó, encogiéndose de hombros.

—Ya —ciertamente conocía ese sentimiento. Bajó la mirada para disimular las lágrimas que de repente asomaron a sus ojos.

—¿Qué tal el tobillo?

—Mejor.

Jesse asintió, volviéndose hacia ella una vez que hubo terminado de

vestirse. Maggie le señaló las botas, que estaban un poco más lejos, en el borde del río. Los calcetines asomaban en cada una. Se dirigió hacia allí para recogerlas.

Si hubiera podido sentir los pies, que tenía helados de frío, habría salido corriendo. Pero descalza no tenía ninguna oportunidad. Se sentó en una roca cercana al agua, sintiendo la caricia del sol en la espalda conforme empezaba a ascender en el horizonte.

Pensó que estaba muy guapo de uniforme. Pero no le había pasado desapercibida la pistola de la cartuchera. Al menos no la había sacado. Debía de pensar que no tenía nada que temer de ella. ¿Sería consciente de que tendría que resistirse con todos los medios posibles a su alcance si decidía entregarla a Blackmore? Quizá no.

Se calzó sus botas de motorista y se incorporó, con las manos en las caderas. Ya estaba entrando en calor. Todavía seguía asustada, pero vestida al menos tendría alguna oportunidad de luchar.

—Pensé que podíamos hablar un poco —le dijo Jesse—. ¿Has desayunado ya?

—¿Desayunado, dices? —se preguntó si estaría hablando en serio.

—Sé de un lugar donde hacen unos pasteles excelentes.

Desvió la mirada hacia el río por un momento antes de fijarla de nuevo en él.

—Preferiría no volver a Timber Falls.

—Al menos de día, ¿verdad? —sonrió—. No, se me había ocurrido que podríamos evitar el pueblo e ir a mi casa.

Maggie miró a su alrededor, como esperando ver aparecer al inspector Blackmore en cualquier momento.

—¿Has venido aquí solo?

Jesse asintió con la cabeza. Ella se lo quedó mirando fijamente.

—¿Por qué invitarme a desayunar? ¿Por qué no me detienes ahora mismo? ¿O me disparas? Mejor todavía: podías haberme ahogado en el río cuando tuviste oportunidad. Nadie te habría visto.

Aquellas palabras parecieron afectarle. Sus ojos oscuros se abrieron de sorpresa.

—Sé que estás huyendo de algo, pero... ¿por qué piensas que yo habría de querer matarte?

Maggie sacudió la cabeza.

—¿Quizá porque el último policía en quien yo confiaba... sí que lo intentó?

Su expresión se ensombreció.

—No te preocupes. Yo no soy un policía normal. No he matado a nadie y espero no tener que hacerlo hasta que cuelgue el uniforme dentro de un par de meses.

—¿Se supone que eso debería hacer que me sintiera mejor?

Jesse se echó a reír. Tenía una risa bonita, profunda, vibrante, que retumbaba en su pecho como un eco.

—Mira, sospecho que eres del tipo de mujeres que rara vez necesitan ayuda. Probablemente ni siquiera sabes pedirla. Pero creo que ahora mismo te vendría muy bien un desayuno... y quizá también alguien que te escuche. Yo mismo me he metido en problemas unas cuantas veces. Sé lo difícil que es confiar en alguien. Sobre todo en un desconocido. Y más si va de uniforme.

Sólo que él no parecía un desconocido, pensó Maggie. Con aquel nombre se sentía segura, a salvo. El corazón le decía que si no podía confiar en Jesse Tanner, no podría confiar en nadie. De repente soltó un profundo suspiro, como si hubiera llevado días conteniendo el aliento. Se esforzó por retener las lágrimas que volvieron a anegarle los ojos.

—¿Pasteles, has dicho?

Jesse asintió, sonriente, viendo que se relajaba un tanto.

—Una vieja receta familiar.

—¿De tu madre?

—No, de mi padre. Solía levantarse temprano los domingos para hacer pasteles para mi hermano y para mí —sonrió al recordarlo—. Creo que era lo único que sabía cocinar en aquel tiempo.

Vio que le devolvía la sonrisa, aunque la seguía notando tensa, preparada para atacar como una serpiente enroscada. Tendría que llevar cuidado. Pero aquella tentativa sonrisa había obrado un curioso efecto: le habían entrado unas inmensas ganas de ver una sonrisa plena, abierta, verdadera. Una sonrisa como la que él había pintado, como la que a él le gustaría que esbozara... un día. Cuando hubiera llegado a confiar en él.

Una voz interior le advirtió que podía equivocarse en todo sobre ella. La ignoró. Hacía mucho tiempo que había aprendido a vivir con el corazón y no con la cabeza. Eso le había ocasionado no pocos problemas, pero era así como había elegido vivir su vida y no iba a cambiar ahora, sólo porque llevara puesto un uniforme.

—¿Tienes lo que te llevaste del periódico y de Dennison Ducks? —seguía siendo el único policía de Timber Falls y Charity lo desollaría vivo si no le devolvía el expediente. Por otra parte, también estaba deseoso de ver lo que

contenía el archivador secreto de Wade Dennison.

Maggie asintió y él la acompañó hasta la tienda. Todo lo que había sentido la primera vez que la vio, y un poco más, seguía presente. Aquella mujer ejercía una especie de magia sobre su alma. Una magia peligrosa...

—Si no te importa... —le dijo, agachándose para entrar en la tienda con ella. El espacio era muy estrecho, pero no podía arriesgarse a perderla de vista. Y si llevaba un arma oculta bajo el saco de dormir...—. Gracias y perdona —le dijo después de hacer un rápido registro.

Maggie le tendió dos gruesos expedientes: uno del Cascade Courier y el otro del archivador personal de Wade en Dennison Ducks. El de Wade contenía lo que ya le había explicado Daisy. Los informes de los investigadores privados que habían contratado para encontrar a Angela y, lo más valioso de todo: las pruebas de ADN del propio Wade y de la hija ilegítima que había tenido con la antigua niñera de la familia, Nina Monroe.

—Charity se alegrará de recuperar esto —comentó, refiriéndose a los recortes.

—¿Conoces a Charity Jenkins?

Asintió, volviéndose hacia ella:

—Pronto se convertirá en mi cuñada, en cuanto se case con mi hermano, el sheriff.

Maggie se tensó visiblemente.

—¿Tu hermano es el sheriff?

—Eso me temo —repuso con una sonrisa que esperaba tuviera un efecto reconfortante—. Yo procuro no echárselo demasiado en cara. No le gusta.

—Dime por qué debería confiar en ti —le espetó de pronto Maggie. Volvía a estar asustada.

—Porque sé hacer unos pasteles estupendos y porque podría apostar cualquier cosa a que hace tiempo que no comes algo tan rico —respondió—. Y también porque necesitas que te ayude.

Aquella última frase pareció divertirla.

—¿De veras? Yo creía que habías dicho que no eras un policía normal.

Jesse se echó a reír.

—Ahí sí que me has pillado.

Salieron juntos de la tienda. El sol asomaba ya por encima de las copas de los árboles, tiñendo el bosque de un verde esmeralda.

—¿Te importa si te pregunto por lo que piensas hacer conmigo después de invitarme a desayunar?

Se le ocurrían unas cuantas posibilidades, pero ninguna factible. Por

desgracia.

—Después de desayunar podrías decirme por qué te viste obligada a asaltar la oficina del periódico y la de la factoría.

Lo miró con evidente sospecha:

—¿Y luego?

—Luego haré todo lo que esté en mi mano para ayudarte.

Maggie le sostuvo la mirada por unos segundos, hasta que asintió lentamente con la cabeza.

—Creo que hablas en serio.

—No lo dudes.

—Pero necesito que me prometas algo —le dijo en un impulso, mordiéndose el labio—. Prométeme que no me entregarás al inspector Blackmore —añadió con voz temblorosa.

Jesse recordaba que antes le había dicho que el último policía en quien había confiado... había intentado matarla. ¿Blackmore? Jesse no estaba en condiciones de prometerle eso. No solamente era el representante de la ley en Timber Falls, sino que podía ir a prisión por auxilio a un delincuente. Si es que realmente ella lo era...

Al mirarla fijamente, descubrió un brillo de terror en sus ojos castaños. Fue eso lo que terminó de convencerlo.

—Te lo prometo.

Sintió un alivio tan inmenso que le flojearon las piernas. Jesse se apresuró a sujetarla de un brazo, y el contacto de su piel lo dejó estremecido, impresionado. La soltó como si se hubiera quemado.

—Levantaremos la tienda. Luego volveré para ocuparme de tu moto —le dijo, esperando que no hubiera notado su anterior reacción—. Voy a tener que insistir en que subas conmigo a la camioneta. Y no es que no me fíe de ti. Pero...

—De acuerdo —lo interrumpió, sonriendo.

Reconocía aquella mirada. Quería confiar en él. Aquel pensamiento lo emocionó más de lo debido.

De regreso en la cabaña, Jesse miraba comer a Maggie. Había tomado una ruta alternativa de pistas de montaña después de ocultar su moto. De momento estaba a salvo, o al menos eso creía él. Rellenó los vasos de zumo de naranja.

—Son los mejores pasteles que he comido en mi vida —comentó ella entre bocado y bocado.

—O eso o llevabas bastante sin comer —repuso, sonriendo.

Pinchó con el tenedor el último pedazo, rebañó la mantequilla y el sirope que quedaba en el plato y se lo llevó a la boca. Luego alzó la mirada.

Tenía los ojos de un tono castaño algo más claro que el de Jesse, con vetas ámbar y doradas.

Se la quedó mirando cautivado, dándose cuenta de que no había logrado capturar aquel color en la pintura que le había hecho.

—Gracias —pronunció Maggie.

—De nada. Eso me da una excusa para hacerlos.

—No me refiero a los pasteles —murmuró—. Pero los pasteles están increíbles —su sonrisa pareció iluminar toda la habitación.

—Espera a probar los de mi padre —esperaba secretamente que se quedara en Timber Falls el tiempo suficiente para aprovechar aquella oportunidad—. La receta es suya y me lleva años de práctica.

—¿Tu madre no cocinaba?

—Murió cuando yo tenía nueve años —se dijo que, en realidad, había sido así. En realidad había muerto como madre.

—Oh, lo siento —su mirada se tornó de un cálido color miel—. Yo perdí a la mía hace cinco. No me imagino cómo habría sido perderla con solamente nueve años... Debiste de pasarlo muy mal. ¿Tu padre vive cerca de aquí?

—Sí, carretera abajo.

—Te envidio —agachó la cabeza—. Yo perdí a mi padre hace dos meses.

Ya lo sabía. El accidente de avión.

—Lo siento. Estabais muy unidos, ¿verdad?

Alzó de nuevo la mirada hacia él y asintió. Estaba haciendo verdaderos esfuerzos para no llorar.

—Maggie, déjame ayudarte.

Sin previo aviso, se levantó para llevar su plato y su cubierto al fregadero.

—Al último que intentó ayudarme lo mataron —después de fregarlos, cerró el grifo y se volvió hacia él.

Se la quedó mirando durante un buen rato. Hasta que se levantó también y se sentó en el sofá.

—En mi experiencia, siempre lo más fácil es empezar por el principio. No te he leído tus derechos, así que nada de lo que puedas decirme será utilizado en contra tuya en un tribunal.

—Si te lo digo, pondré en peligro tu vida —repuso mientras se sentaba en el otro extremo del sofá.

—Correré el riesgo —se volvió hacia ella—. Además, llevo pistola —añadió, bromeando.

—El inspector Rupert Blackmore quiere matarme. Ya sé que parece una locura...

—He oído cosas peores.

—¿Sí? Pues espérate a oír ésta. Quiere matarme porque yo soy Angela Dennison.

Jesse se limitó a asentir con la cabeza.

—No me crees.

—¿Por qué no me dices por qué crees tú que eres Angela?

Maggie aspiró profundamente y se lo contó todo, empezando por el hecho de que sus padres nunca le habían ocultado que había sido adoptada. Le habló del accidente de avión en el que murió su padre. De la conversación que Norman Drake alcanzó a escuchar antes de que asesinaran a Clark Iverson, el abogado de la familia. De la llamada telefónica que recibió de Norman pidiéndole diez mil dólares a cambio de la prueba que demostrara que el accidente de avión no había sido tal. Y de su llamada al inspector Rupert Blackmore, para terminar con lo sucedido en el embarcadero.

—Quienquiera que estuviera detrás de mi secuestro, logró mantener el secreto durante veintisiete años. Se creían a salvo. Si mi padre no lo hubiera averiguado y decidido investigar toda la verdad...

—¿Por qué crees que lo hizo?

—No sé. Desde la muerte de mi madre, no se encontraba bien —se interrumpió—. Creo que le preocupaba que si yo no lo sabía...

—Que si tú no lo sabías y él desaparecía por alguna razón, el secuestrador pudiera volver a aparecer.

—Mi familia es bastante rica —lo dijo como si fuera un secreto incómodo, inconfesable.

«Bastante rica». La expresión le arrancó a Jesse una sonrisa.

—Y tú eres hija única.

—¿Ya lo sabías? —sus ojos se abrieron de miedo. Y desconfianza.

Jesse se apresuró a tranquilizarla:

—Sabía algo, pero no todo. Investigué tu número de matrícula. Tienes una orden de búsqueda. Para interrogarte por los homicidios de Clark Iverson y Norman Drake.

Se levantó como un resorte, soltando una exclamación.

—¡Yo no maté a nadie!

—Y yo te creo.

—Anoche el inspector Blackmore estuvo en Dennison Ducks. Casi me atrapa —se asomó a la ventana, como si temiera verlo aparecer en cualquier

momento—. Tarde o temprano volverá a aparecer con ese pretexto de interrogarme. Si me entregas a él, nunca volveré viva a Seattle.

—¿Estás completamente segura de que el hombre del muelle era Blackmore? ¿Lo habías visto antes?

Asintió con la cabeza mientras se volvía para mirarlo.

—Su foto estaba en los periódicos —le suplicaba con los ojos que la creyera—. Le habían recompensado con no sé qué premio por su valor. Por eso no acudió Norman a la policía. Me dijo que no reconoció la voz del hombre que asesinó a Clark Iverson, pero yo no lo creí. Ahora sé por qué mentía.

—¿Sospechas que reconoció a Blackmore?

Volvió a asentir y se sentó de nuevo en el extremo del sofá.

—Cuando le dije a Norman que había llamado al inspector encargado del caso, se puso histérico. Segundos después apareció alguien y disparó contra él. Luego... —se interrumpió— ... justo antes de que yo rodara por el muelle utilizando su cuerpo como escudo... vi al asesino. Era Blackmore.

Jesse no se molestó en preguntarle por qué no había acudido directamente a la policía. O al FBI. Por la misma razón por la que el propio Norman no lo había hecho. Había temido que no la creyeran, y con una buena razón. ¿Qué habría podido ganar un policía ejemplar matando a tanta gente, cuando ella, en cambio, aparecía como la beneficiaria de una gran fortuna?

Si aquel policía era un asesino, tenía que ser lo bastante inteligente como para no dejar rastros. En lugar de Blackmore, la rica heredera tenía que aparecer como la principal sospechosa. El accidente de avión se investigaría. Las evidencias de los asesinatos de Clark Iverson y Norman Drake podían ser manipuladas para acusar a Maggie, presentándola como una niña rica y mimada demasiado ávida de dinero para poder esperar a que falleciera su progenitor de muerte natural. Maggie habría tenido que deshacerse del abogado de su padre porque había empezado a sospechar del propio accidente. Y Norman Drake, que la había oído matar a sujete, la había chantajeado. Eso explicaría el dinero de la alforja y el hecho de que Norman se hubiera convertido en pasto de los peces.

—Tengo que decirte algo —le dijo de pronto, viendo que se tensaba de inmediato—. Tomé las huellas que dejaste en la oficina del periódico y las analicé. Supongo que Blackmore habría puesto recados de aviso para enterarse inmediatamente de cualquier pesquisa relacionada contigo. Tal vez por eso descubrió dónde estabas.

Maggie sacudió la cabeza y se estiró para tocarle una mano. Jesse dio un

respingo ante su contacto, sorprendido a la vez que incómodo, y se apresuró a retirarla. Si ella lo notó, no dijo nada. Volvió a levantarse y empezó a pasear inquieta por la habitación.

—Una vez que Blackmore descubrió que estaba viva, sabía que vendría a Timber Falls. Seguramente se enteraría de ello cuando el cuerpo de Normal apareció en el agua y el mío no. Supongo que se pondrá en contacto contigo para pedirte ayuda...

—No. Si ésas hubieran sido sus intenciones, ya lo habría hecho.

Maggie soltó un tembloroso suspiro.

—¿Crees que piensa encargarse personalmente de mí... sin mezclarte a ti en ello?

—Desde luego, eso es lo que parece.

—Lo que no entiendo es una cosa: ¿qué es lo que tiene tanto miedo que yo descubra? ¿Qué soy Angela Dennison? Si ese es el caso, ya es demasiado tarde. ¿O tal vez que encuentre alguna prueba de que fue él quien estuvo detrás de mi secuestro?

Vio que la expresión de Jesse se oscurecía de preocupación.

—Tu secuestrador está muerto. Y confesó antes de morir.

—Ya, lo leí en los periódicos. Tal vez el capataz de Dennison Ducks me robara de la cuna, pero según esos mismos artículos, lo hizo siguiendo las órdenes de otros.

Jesse no pudo menos de sonreír.

—Yo que tú no me creería todo lo que dicen esos artículos. Sobre todo si los escribió Charity.

—¿Entonces, en tu opinión, no había más que un solo secuestrador?

Se pasó una mano por la barba. No se había afeitado en cuarenta y ocho horas.

—Yo no he dicho eso. Estoy de acuerdo en que Bud Farnsworth no fue el cerebro de la operación. Pero creo que el primer paso es demostrar que eres Ángela Dennison. Ya tienes las pruebas de ADN de Wade. Yo las he visto y puedes compararlas con tu ADN para determinar al cien por cien si eres o no su hija, pero luego necesitarás también las del ADN de Daisy Dennison para probar que eres Angela.

Se lo quedó mirando fijamente, sorprendida y extrañada por algo que creía haber detectado en su voz.

—Tú ya estás convencido de que soy Ángela.

Asintió lentamente con la cabeza, casi a su pesar, y a Maggie le costó disimular su alivio. Las lágrimas le quemaban los ojos. Se negaba a llorar.

Sólo se había permitido llorar una vez, en la tienda, y no quería hacerlo ahora.

Pero no había sido consciente de la desesperación con que había ansiado que aquel hombre creyera en ella. Eso compensaba todos los riesgos que había corrido y muchos más. El mismo hombre que la había ayudado aquella primera noche, en la carretera... Y que tenía algo que, desde entonces, había cautivado sus pensamientos.

Eso la preocupaba. Al igual que la extraña sensación que tenía de que, cuando estaba cerca de él, se hallaba a salvo. Jesse Tanner la hacía olvidarse de que había un asesino experimentado tras su pista, acechándola. No, no estaba a salvo. No lo estaría nunca, hasta que Blackmore ingresara en prisión.

Y ahora, para colmo, había puesto también en peligro la vida de Jesse.

Jesse vio la expresión decidida que asomó a sus ojos.

—Tengo que encontrar a los responsables de todo esto antes de que ellos me encuentren a mí.

—Espera un momento...

—Tú naciste aquí, ¿no? Conoces a esa gente. Porque a mí se secuestraron aquí —estaba paseando de nuevos hablando rápido—. ¿Cómo me encontró Blackmore? ¿Conocía acaso a ese capataz que supuestamente me robó de la cuna? ¿Y por qué quiere matarme? No tiene sentido matar ahora para encubrir un secuestro que tuvo lugar veintisiete años atrás. Pero tengo que averiguarlo.

—Ya, pero espera... —se levantó—. Si empiezas a reclamar pruebas que demuestren tu identidad y a hacer un montón de preguntas, terminarás atrayendo al asesino. Se te echará encima. Necesitas ir a algún sitio seguro donde puedas esperar mientras yo averiguo quién diablos está detrás de todo esto.

—Ni hablar —lo desafió con la mirada.

—Si lo que dices es cierto, Blackmore ha matado ya a tres personas y anoche estuvo a punto de capturarte —replicó, intentando razonar con ella—. Con ese tipo no puedes correr más riesgos, porque la próxima vez lo conseguirá.

—Claro, tienes razón —aceptó de pronto, sorprendiéndolo—. De esa manera, lo único que estaría haciendo sería esperar a que me localizase y me matase...

Jesse se dijo que había cedido con sospechosa rapidez. Había un brillo en sus ojos que no le gustaba nada. Antes de que pudiera abrir la boca, Maggie añadió:

—Por eso mismo pienso anunciar a todo el mundo que soy Angela Dennison. Y conozco el momento y el lugar perfectos para hacerlo.

Capítulo 11

—¿La fiesta de Rozalyn Sawyer? —exclamó Jesse.

—Lo leí en un anuncio del periódico. Todo el pueblo está invitado a la fiesta de esta noche. Se celebrará en su mansión. El lugar perfecto para hacer mi debut como Angela Dennison —dijo Maggie, desafiándolo a que la interrumpiera—. Los Dennison estarán allí, ¿no?

—Los que no estén en la cárcel, sí.

—Entonces empecemos con éstos.

—No puedes hablar en serio.

—Mira, soy un objetivo, haga lo que haga —declaró, decidida—. Pero una vez que me presente como Angela Dennison en esa fiesta, sólo podrá suceder una de estas dos cosas. O Blackmore renuncia, resignado a no poder hacer nada...

—O te matará porque sabrá dónde estás y cómo acceder a ti.

Maggie sonrió, asintiendo.

—Exacto.

—¿Y te parece un buen plan?

—Vamos, sabes que tengo razón.

—Sé que eres una suicida.

—Será como esconderse a la vista de todos —argumentó—. Seré un objetivo mucho más difícil porque todo el mundo en la ciudad sentirá curiosidad por mí. ¿Es que no te das cuenta? En un pueblo de este tamaño, podrá verme todo el mundo. Saldré en la página de portada del periódico local. Sólo alguien verdaderamente desesperado intentaría hacerme algo en medio de un clima de tanta expectación —sonrió—. Tengo razón y estás empezando a darte cuenta.

—Sí, definitivamente es la manera más rápida de conseguir que te maten —repuso, aun sabiendo que no podía engañarla. Tenía razón y por mucho que le fastidiara, estaba comenzado a valorar las ventajas de aquel disparatado escenario.

—Por supuesto, no le estropearía la fiesta a Rozalyn. Haría el anuncio al final.

—Qué amabilidad por tu parte —masculló Jesse, pero sabía que era la mejor solución. Maggie ya estaba corriendo un riesgo. Anunciar públicamente su identidad no entrañaría un peligro mayor. Quizá incluso

contribuyera a mantenerla a salvo, aunque eso no era del todo seguro—. De acuerdo —cedió de pronto—. Pero con dos condiciones —alzó una mano antes de que pudiera interrumpirlo—. Recuerda que estoy autorizado a meterte en una celda si no aceptas.

Maggie apretó los labios, fulminándolo con la mirada.

—Primero: no te separarás de mi lado en toda la noche.

Maggie puso los ojos en blanco, como diciendo: «no tienes la suerte...»

—Segundo: ¿sabes algo de armas de fuego?

—Déjame ver —ladeó la cabeza para examinar la que llevaba en la cartuchera—. Esa parece una Glock de nueve milímetros, cargador de seis balas, gatillo de doble tracción, automática...

—¿Pero puedes disparar una con un mínimo de precisión?

—Resulta que no llevo encima mi certificado de tiradora, pero mi padre solía llevarme a disparar y casi nunca fallé un blanco —dejó de sonreír, pensativa—. Supongo que si lo hacía era porque pensaba que algún día iba a necesitar ese tipo de habilidades...

—Una cosa es disparar contra un blanco y otra muy distinta contra una persona —replicó Jesse.

—Tú me dijiste que no habías matado a nadie —le recordó.

—Eso no quiere decir que nunca haya disparado contra nadie... —sacudió la cabeza—. Fue hace mucho tiempo. Yo era joven y bravucón. Y estúpido.

Le lanzó una elocuente mirada, como dudando de que no lo siguiera siendo.

—Mi plan funcionará. Estoy segura.

—Ojalá tuviera la misma confianza que tú, pero todo indica que Blackmore ya está en el pueblo. En cualquier caso, creo que estás en lo cierto. La mejor manera de protegerte es que te presentes públicamente como Angela Dennison, porque precisamente todo el mundo te estará observando. La noticia correrá como la pólvora. Y, con un poco de suerte, eso te convertirá en un objetivo mucho más difícil. Lo que no significa que ese tipo no intente matarte...

—Está arriesgando mucho. No puedo creer que esté trabajando solo. Si yo pudiera descubrir alguna relación entre él y los Dennison o Timber Falls...

—Lo cual, por supuesto, ni se te ocurrirá hacer... —gruñó él.

Maggie lo fulminó con la mirada.

—Tengo que descubrir por qué me secuestraron, quién está detrás de mi secuestro y por qué me quieren muerta. Tú no intentarás detenerme, ¿verdad?

—Podría meterte en una celda por allanar dos propiedades privadas.

—Ya —sonrió—. Y entonces sería presa fácil para el inspector Blackmore. Intentaría llevarme de regreso a Seattle para interrogarme por los asesinatos de Norman y Clark. Seguro que ya no saldría viva de allí.

—¿Qué te hace pensar que no lo intentará de todas formas?

—Tú se lo impedirás.

Pensó que, en aquel momento, por ella habría sido capaz hasta de enfrentarse con el Bigfoot.

—Tienes mucha confianza en mí. Más de la que me merezco, me temo.

—Sé que vas a ayudarme a encontrar al culpable de todo esto —antes de que pudiera replicar algo, añadió—: Y tú necesitas mi ayuda. Soy la única que puede identificar a Blackmore como el hombre que mató a Norman e intentó matarme a mí. Pero necesito pruebas. A no ser que pueda encontrar una conexión entre Blackmore y mi secuestrador...

—Han pasado veintisiete años —arqueó una ceja—. ¿Qué te hace pensar que encontrarás al secuestrador después de todo este tiempo? Incluso aunque ese tipo hubiera vivido en Timber Falls en aquel entonces, eso no quiere decir que siga estando aquí ahora.

—Creo que a ti eso te parece tan poco probable como a mí. Blackmore no habría intentado matarme si no hubiera temido que yo acabara destapando algo importante... aparte de descubrir mi verdadera identidad como Angela Dennison. Tiene que haber más cosas.

—Es completamente absurdo que alguien pretenda encubrir un secuestro asesinando gente.

—Exacto. Así que el móvil de Blackmore no es el miedo a ir a prisión acusado de secuestro. Es algo mucho más personal y complicado.

—¿Qué puede ser peor que perder tu libertad?

Maggie sacudió la cabeza.

—Para ti y para mí, nada. Pero otra persona podría estar simplemente salvando su pellejo.

—Como Blackmore.

—O mantener oculta su participación en el secuestro porque ahora se arrepentiría de ello, después de tantos años. O porque si se supiera ahora peligraría su familia, su reputación social... no sé. Cada persona es un mundo. Con diferentes valores para cada cual.

Sí, pero Jesse tenía otra teoría. Algunas personas sólo se preocupaban de ellas mismas y hacían lo que les venía en gana sin preocuparse de la gente a la que perjudicaban. Se dio cuenta de que estaba pensando en su madre.

—¿Quieres comer más? —le preguntó mientras se levantaba para fregar su plato.

—No, gracias —lo siguió a la cocina—. Voy a necesitar algo que ponerme para la fiesta, un vestido de noche... en el que, por cierto, pueda disimular un arma —de pronto recordó que no había respondido a su anterior pregunta—. Antes me preguntaste si podría apretar el gatillo de una pistola si alguien intentaba matarme. A sabiendas de que ese alguien ha matado a mi padre, quien por cierto era un hombre bueno y honesto. Y que ya lo ha intentado conmigo antes —buscó su mirada—. La respuesta es: lo haría sin dudarlo.

Podía ver que estaba convencida. Y rezó para que, cuando llegara el momento, conservara aquella misma convicción. Porque todo en Maggie le decía que, al igual que su padre adoptivo, era una persona buena y honesta. Y cuanto más sabía sobre ella, más interesado estaba en conocerla.

Maggie abrió un cajón, sacó un trapo y se puso a secar los platos que él acababa de fregar.

—Mira, si no pudiera hacer eso, disparar contra la persona que me está amenazando... no me quedaría contigo. Sé qué, al quedarme aquí, estoy poniendo en peligro tu vida —guardó un plato en un armario y se volvió para mirarlo—. Te estás arriesgando por mi culpa. Y yo tengo que ser capaz de hacer lo mismo por ti.

—Eso es lo último que querría yo.

—Es una lástima, porque así son las cosas... —de repente se le acercó y, poniéndose de puntillas, le dio un beso en la mejilla. Un dulce y levísimo contacto que arrancó chispas a sus terminaciones nerviosas.

Jesse se apartó con un sobresalto.

—Lo siento —se disculpó, tan sorprendida como confusa.

—No te preocupes. Ha sido un respingo... la electricidad estática, supongo.

Por su mirada, comprendió que sabía que estaba mintiendo.

—Das muchos respingos —repuso, contemplándolo pensativa.

Jesse se echó a reír, sintiéndose como un estúpido. Se dedicó a limpiar la mesa, intentando ganar distancia pero todavía agudamente consciente de ella. Podía oler su delicioso aroma, que persistía como la huella de sus labios en su mejilla.

Ninguna mujer lo había afectado nunca tanto como aquella. Intentó decirse que era porque no podía tenerla. Tal vez jamás pudiera tenerla. Pero sabía que era mucho más que eso, porque en ese caso el corazón no le dolería tanto de pensarlo...

—Muy bien, ¿qué diablos te pasa? —le preguntó Maggie a su espalda—. Te agradezco todo lo que has hecho por mí, Jesse. Pero tengo la sensación de que entre nosotros está pasando algo, y sé que tú también lo sientes.

Se volvió hacia ella. Su figura se recortaba contra el marco de la ventana, la melena de un color caoba brillante, la mirada dorada, las manos firmemente apoyadas en sus esbeltas caderas.

—Parece que lo sabes todo. ¿Por qué no me lo dices tú misma?

Maggie sabía que no podía equivocarse acerca de la energía que restallaba continuamente entre ellos.

—Sé que te sientes atraído por mí. Entonces... ¿qué pasa? ¿Qué es lo que te retiene? Porque confías en mí, ¿verdad? Tú no piensas que yo maté a Norman ni a...

—¡Claro que no! Por supuesto que confío en ti.

—Muy bien, y también sé que no eres...

—¿Gay? No.

—Entonces... —frunció el ceño—... ¿es que estoy equivocada... y no te sientes atraído por mí?

Jesse esbozó una sonrisa triste, sacudiendo la cabeza.

—No es eso, te lo aseguro.

—¿Entonces qué es? Jesse, cada vez que me acerco a ti, te encoges como si temieras que te tocara.

—Verás... —le sostuvo la mirada, con expresión afligida, casi torturada—... mi padre tuvo una aventura con Daisy Dennison hace veintiocho años.

Al principio se lo quedó mirando sin comprender.

—¿Crees que yo podría ser...? —se echó a reír.

—Perdona, pero yo no le encuentro la gracia.

—Oh, es sólo que cuando descubrí que yo era Ángela Dennison y que Wade estaba en prisión por disparar contra el sheriff, entre otras muchas cosas, deseé que mi padre biológico fuera cualquier otro hombre menos él... —asintió con la cabeza—. Es por eso por lo que quieres que me haga esas pruebas de ADN. ¿Y si somos... hermanastros?

Le dolía pensarlo. Ella misma estaba asombrada de la profundidad de su decepción. Por supuesto, siempre había deseado tener un hermano. Pero no Jesse. No aquel hombre al que había deseado desde la primera vez que lo vio. Confiaba ciegamente en él, pero quería más. Quería saber lo que se sentía al abrazarlo y dejarse abrazar por él, quería...

De repente le entraron ganas de llorar. Hasta ese momento no había sido consciente de lo mucho que había estado deseando que Jesse le hiciera el

amor, antes de tener que anunciar al mundo que ella era Angela Dennison... y esperar a que el asesino se pusiera en marcha.

—¿Cuánto se tarda en hacer una prueba de ADN?

Jesse sintió la vibración de su móvil.

—Disculpa —de una vez por todas, ente los dos averiguarían quiénes eran sus padres. El problema era que eso nunca sería lo suficientemente pronto. Sacó el teléfono del bolsillo y miró quién le llamaba: era Sissy—. Todavía me quedan cuarenta y cinco minutos para fichar —rezongó.

—Mira, por voluntad propia yo no te llamaría nunca, pero Daisy Dennison quiere hablar contigo ahora mismo. Y ya sabes cómo las gasta esa mujer.

—Entiendo —miró a Maggie—. Pónmela al teléfono.

—¿Te has enterado de la noticia? —ladró Daisy.

—¿Qué noticia?

—¡Wade ha salido bajo fianza!

¿Qué Wade había salido bajo fianza? Miró a Maggie de nuevo. Maldijo para sus adentros: aquello sólo conseguiría aumentar el peligro que correría hasta que descubriese quién estaba detrás de aquel secuestro. Eso si ambos tenían razón y ella era realmente Angela Dennison.

—¿Cuándo?

—Ayer por la tarde. Nadie me lo notificó. Lo soltaron a primera hora de la mañana. Eso quiere decir que, en este mismo momento podría estar en camino hacia aquí —gritó Daisy.

—La protege una orden de alejamiento —señaló Jesse.

—La misma que rompió la última vez que intentó matarme.

Jesse quiso replicarle que su hermano no habría recibido un tiro si Daisy no le hubiese proporcionado un arma a su marido. O mejor dicho, si no hubiesen forcejeado por arrebatársela el uno al otro.

—Tú podrías hablar con Wade...

Antes de que pudiera explicarle que formalmente no podía hacer nada a no ser que Wade cometiera alguna ilegalidad, oyó un ruido al otro lado de la puerta principal. Un ruido de pasos en los escalones. Tensándose de inmediato, le indicó por señas a Maggie que subiera al piso superior y permaneciera allí escondida, en silencio.

Pese a que estaba advertido, la llamada a la puerta lo sobresaltó. No había oído ruido de motor alguno. Quienquiera que estuviera allí, había subido la montaña a pie. Lo primero que pensó fue que se trataba del inspector Rupert Blackmore.

Mientras Maggie desaparecía escaleras arriba, él se dirigió hacia la puerta sin dejar de hablar por teléfono:

—Señora Dennison, ya la llamaré yo después... —cuando abrió, su asombro no pudo ser mayor—: ¡Daisy!

La mujer sonrió, evidentemente satisfecha de haberlo sorprendido.

—Me alegro de que por fin hayas dejado de llamarme de esa manera tan ridícula —se guardó el móvil en el bolso mientras entraba sin esperar a que lo invitara—. Tengo que hablar contigo.

Llevaba un traje de lino blanco, con el bolso y los zapatos a juego. Parecía mucho más joven. Jesse pensó que, para haber vivido como una ermitaña durante años, había desarrollado sus habilidades sociales con bastante rapidez. Sobre todo desde que su marido ingresó en prisión.

Cerró la puerta y se apoyó en ella, observándolo con los brazos cruzados.

—Veo que has heredado el talento de tu padre —comentó Daisy después de mirar a su alrededor.

Jeff Tanner había construido la casa en la que Jesse y Mitch habían vivido de niños.

—Si ha venido a hablarme de la fianza de Wade...

—No —lo interrumpió con un gesto de indiferencia—. He decidido contratar a un guardaespaldas, ya que la policía me confiscó mi arma como prueba para el juicio.

Jesse arqueó una ceja. ¿Un guardaespaldas? Supuestamente debería alegrarse de que no hubiera decidido adquirir otra pistola.

—¿Realmente le parece necesario?

—Sí, pero esa no es la razón por la que he venido. ¿Se sabe algo más del allanamiento de la fábrica?

—Por el momento no tengo nada que informar —vio que Daisy seguía curioseando la cabaña y se dio cuenta de que todo eso podían haberlo hablado por teléfono. Además, ¿por qué diablos había subido a pie hasta allí? ¿Y con aquellos zapatos?

De repente pareció ver algo en la planta superior, la del estudio, y empezó a subir antes de que él pudiera impedirselo.

—He oído que has vuelto a pintar.

—Espere un momento...

Pero continuó subiendo por la escalera de caracol, hacia el estudio. Jesse fue tras ella. Por suerte, en el piso intermedio, vio que la puerta del dormitorio estaba cerrada.

—Dudo que tenga algo que pueda interesarle —rezongó, irritado—. Lo

tengo todo pendiente de enmarcar. Pero será bienvenida en la exposición que montaré en junio.

La mujer se detuvo en lo alto de la escalera, de espaldas a él. No se volvió. Ni respondió a sus palabras. Al acercarse, vio que se había llevado una mano a la boca. Estaba mortalmente pálida, temblando.

Masculló una maldición al descubrir lo que la había atraído hasta allí. Lo que había visto desde abajo. La pintura parcialmente cubierta descansaba en el caballete. Había capturado un cierto parecido con Maggie, suficiente al menos para que Daisy hubiera reconocido la semejanza con Desiree.

—Daisy...

Se volvió hacia él. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Daisy?

Bajó corriendo las escaleras. Dio un portazo al salir.

Segundos después, Maggie apareció en lo alto de la escalera. Cuando vio la pintura, se dirigió hacia ella como una sonámbula. La estuvo contemplando durante un buen rato, poniéndolo nervioso.

Tenía miedo de que no le gustara. De que pensara que no le había hecho justicia. De que se ofendiera.

—Has capturado un aspecto de mí del que nunca había sido consciente — comentó en voz baja, y se volvió para mirarlo—. Ella ha visto la pintura, ¿verdad?

Jesse asintió con la cabeza.

—¿Crees que sabe que soy yo?

—Creo que se ha asustado. Parecía muy alterada.

Sabía que ella, al igual que él, se estaba preguntando si la reacción de Daisy se habría debido al parecido del cuadro con Desiree o si, por el contrario, habría reconocido realmente a su otra hija, la que secuestraron. Quizá durante todo ese tiempo siempre había sabido dónde estaba Maggie y había seguido su trayectoria, precisamente porque se había desembarazado de ella con plena conciencia veintisiete años atrás... y ahora pensaba volver a hacerlo. Sólo que esa vez de manera permanente, y para protegerse a sí misma. Y se estaba sirviendo del inspector Blackmore para ello.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó a Maggie, luchando contra el impulso de estrecharla en sus brazos y consolarla.

—Me ha impresionado mucho verla en persona. Creí que estaba preparada para ello, pero me equivocaba.

—Todavía puedes echarte atrás con lo de esta noche.

Maggie se sonrió.

—Los dos sabemos que sería inútil. No quiero pasarme el resto de mi vida mirando por encima del hombro, muerta de miedo. Por cierto, oí que decías que Wade Dennison había salido en libertad bajo fianza. Wade sigue siendo también un sospechoso, ¿no?

—Eso es lo que piensa mi futura cuñada.

—¿Charity? Como periodista que es, supongo que sus sospechas estarán bien fundadas.

Esa vez fue Jesse quien se sonrió.

—Creo que ya es hora de que la conozcas a ella y a mi hermano. Nos llevaremos las pruebas de ADN que recogiste en la oficina de Wade. Tenemos que reunir lo antes posible las pocas piezas que tenemos de este puzzle.

—Tú ya sabes lo que nos dirán esas pruebas. Que yo soy Angela Dennison. Jesse asintió con la cabeza.

—Pero también nos dirán quién es tu padre. O quién no lo es.

Capítulo 12

Mitch no podía creerlo. Florie llegó con la noticia poco después del amanecer... y mucho antes de que el Cascade Courier saliera a las calles. Wade Dennison había salido en libertad bajo fianza.

Cualquiera que no hubiera planeado asistir a la fiesta de Rozalyn Sawyer de aquella noche no tardaría en cambiar de idea, según había vaticinado Florie. Evidentemente nadie querría perderse las chispas que saltarían cuando Wade apareciera en la fiesta... con orden de alejamiento de su esposa o no de por medio.

Mitch tenía que admitir que era muy probable que terminara apareciendo. Wade Dennison era Timber Falls y la fiesta de Rozalyn el acontecimiento principal del año. Además, si un hombre tenía tendencia a montar escenas en público... ¿qué mejor escenario que una fiesta a la que estaba previsto que acudiera todo el mundo?

—Me han pisado la primicia —se quejó Charity cuando entró con la bandeja del desayuno de Mitch. El teléfono de la oficina había estado sonando toda la mañana mientras se difundía la noticia.

Mitch se medio incorporó en su tumbona.

—Creo que te estás olvidando de lo más importante, Charity. Wade Dennison no tenía que haber salido de prisión. Es peligroso.

—No pensarás que querrá dispararte otra vez, ¿verdad?

Mitch sonrió ante el tono de preocupación de su voz.

—No. No estoy preocupado por mí, sino por ti. Y por Daisy.

—A mí Wade no me da miedo y no creo ni por un momento que intentara matar a Daisy. Más bien era ella quien lo quería ver muerto a él.

—Bueno, ahora que ya está fuera, quizá tenga su oportunidad —repuso Mitch. Tenía la sensación de que aquel divorcio iba a ser bien largo.

Y lo peor era que estaba atrapado en aquella maldita tumbona. En su vida se había sentido más inútil. Se moría de ganas de volver al trabajo. Jesse era un hombre muy capaz, pero no estaba cualificado para enfrentarse a ese tipo de problemas.

Había pensado en reclamar un agente de fuera, pero en seguida había rechazado la idea. Jesse lo habría interpretado como una falta de confianza y Mitch no quería enemistarse con él, sobre todo después de los años que habían pasado separados.

Rezó para que Wade no causara ningún problema, aunque su escepticismo no podía ser mayor. Era como si aquel hombre llevara una nube negra suspendida sobre su cabeza, siguiéndolo a todas partes. Si Wade había tenido algo que ver con la desaparición de la pequeña Angela ocurrida veintisiete años atrás, entonces quizá su fatídico karma había vuelto a entrar en escena. Maldijo para sus adentros, consciente de que ya estaba empezando a hablar como Florie, la adivina oficial del pueblo...

Sonó el teléfono. Se estiró para descolgarlo antes de que Charity pudiera hacerlo por él.

—¿Hermanito? —era la voz de Jesse.

—¿Qué pasa?

—¿Está por ahí Charity? ¿Puedes deshacerte de ella por un rato?

Mitch podía sentir la escrutadora mirada de su prometida. Se echó a reír.

—Vaya susto me has dado —sacudió la cabeza como para indicarle que no sucedía nada malo, y que sólo era otra de las ocurrencias de Jesse—. Lo que tú necesitas es una buena sierra. Así podrás fabricarte tus propios marcos una vez que termines con la exposición.

—Ya. La tienes justo delante —adivinó Jesse al otro lado de la línea.

—Exacto. Quizá no quieras fabricarte tus propios marcos, pero cuando te hagas famoso...

—¿Te importa que me ausente un momento? —susurró Charity—. Es que tengo que pasar por el periódico...

—Disculpa un minuto, Jesse —Mitch tapó el auricular—. Tómame el tiempo que quieras, Jesse viene para acá. Está intentando fabricarse...

—Que os lo paséis muy bien —dijo Charity—. Hasta luego —y se marchó a toda prisa.

Charity había escuchado demasiadas conversaciones sobre la construcción de la cabaña de Jesse como para saber a qué se refería. Y era alérgica a toda conversación que recogiera las palabras «clavos» y «martillo».

—Se ha ido —informó Mitch a su hermano tan pronto como oyó cerrarse la puerta.

—Ahora mismo estamos allí —anunció Jesse, colgando acto seguido.

Mitch se quedó el auricular muerto en la mano. ¿Estamos, había dicho? Fuera lo que fuese, Jesse no quería que Charity supiera nada. Otra mala señal.

Charity no podía creer en su buena suerte. Llevaba todo el día intentando encontrar alguna excusa para marcharse. Mitch se había estado comportando de manera muy sospechosa, consciente de que andaba detrás de otra historia... y preocupado por ella. Lejos de querer preocuparlo, sabía, sin

embargo, que le daría un ataque si supiera con quién estaba a punto de verse.

Una vez en el coche, sacó su móvil y marcó el número del correo electrónico que había recibido aquella mañana. Contestaron a la primera llamada.

—Soy Charity. Espero que éste sea un buen momento para...

—Has recibido mi mensaje. Bien. Sí, ven ahora. Supongo que sabes llegar —y colgó sin esperar su respuesta.

Charity escogió el camino menos frecuentado y dejó el coche en el bosque para seguir a pie hasta la parte trasera de la casa de Madam Florie. Esperaba que su tía estuviera ocupada aconsejando por internet a alguna mujer enamorada de alguien, o a algún jugador compulsivo de Elko, en vez de estar espiando por la ventana el bungalow número uno: Aries.

Aries era una de las doce antiguas unidades del antiguo motel convertidas en bungalows. Florie vivía en el edificio de la oficina, y desde allí dirigía su negocio de adivinación en internet. Al primer toque, Wade abrió la puerta y la hizo entrar apresuradamente. El mobiliario era escaso. Un sofá hundido con gastados almohadones, una silla con el relleno asomando por las costuras y una mesa de café llena de marcas de cigarrillo. Desde donde estaba podía ver las dos únicas habitaciones. Un pequeño cuarto de baño y un dormitorio con una cama y una vieja cómoda. Todo ello no podía contrastar más con la lujosa mansión que había levantado para Daisy. Charity sabía que debía de fastidiarle bastante que no pudiera ni acercarse allí debido a la orden de alejamiento.

—Por favor, siéntate.

Se sentó en la silla que le ofreció. Él lo hizo en el borde del sofá. La cárcel parecía haberlo tranquilizado bastante. Al menos eso esperaba ella. Por un instante reflexionó sobre lo que acababa de hacer. Ir allí. Peor aún: no decirle a nadie que pretendía ir allí. No había pasado tanto tiempo desde que Wade amenazó con matarla...

—Me dijo que quería poner las cosas en su lugar. Esas fueron sus palabras —sacó su cuaderno, desenroscó su estilográfica y lo miró expectante.

Si todo había sido una trampa, lo sabría en aquel preciso instante, cuando hiciera el primer movimiento. Pero no se movía. Al principio vaciló. Luego, soltando un profundo suspiro, declaró:

—Soy inocente. Yo no disparé contra el sheriff.

«Otro inocente injustamente acusado», pensó Charity.

—Su huella dactilar estaba en el gatillo del arma.

—Sí, pero el dedo de Daisy estaba encima del mío —replicó—. Daisy

quería tenderme una trampa. Me ha quitado la libertad, mi hogar, mi negocio. Ella me llamó y me dijo que quería verme aquella misma noche. Planeaba matarme. Ahora lo veo todo claro —se le quebró la voz—. Y lo que es peor: creo que fue ella quien mandó secuestrar a nuestra hija —enterró la cara entre las manos.

Charity no se creía ni una palabra.

—¿Por qué me cuenta todo esto, Wade? Usted antes nunca había querido hablar conmigo.

Alzó lentamente la cabeza.

—Estoy desesperado... ¿se te ha ocurrido pensar alguna vez que puedo ser inocente?

Reflexionó por unos segundos. Lo había pensado, desde luego. Pero en aquel momento parecía decididamente culpable.

—¿Por qué habría de querer Daisy secuestrar a su propia hija?

—Yo la amenacé con echarla de mi casa si el bebé no era mío y quitarle a Desiree. Sabía que había estado teniendo una aventura...

—¿Con quién?

—No quise saberlo —sacudió la cabeza—. Pero un hombre siempre sabe cuando su mujer ha estado con otro. Creo que estaba enamorada de él y creo también que la niña era suya. Pero yo jamás le habría hecho el menor daño a aquel bebé. Jamás. Y tampoco la habría echado de casa ni le habría arrebatado a Desiree, pese a lo que le dije. Creo que fue por eso por lo que se deshizo del bebé. Porque tenía miedo de que yo descubriese la verdad y cumpliera mis amenazas.

Charity pensó que era una hipótesis creíble. Ciertamente explicaba todos aquellos años que Daisy había vivido como una ermitaña. Deshacerse de una hija para salvar a la otra.

—La última vez que hablamos, usted me dijo que estaba convencida de que Angela era hija suya —le recordó.

—Esperaba que lo fuera. Pudo haberlo sido. Sólo hubo una noche que Daisy y yo...

—¿Pensaba Daisy abandonarlo por otro hombre?

Su expresión le indicó que había dado en el blanco.

—No habría sido capaz de hacer eso. Si ahora estamos separados es porque ella se enfadó conmigo después de que apareciera Nina, mi hija ilegítima...

—¿No será tal vez porque usted le ofreció a Nina un millón de dólares para mantenerla callada?

—No, no fue eso —Wade se levantó—. Tuve una aventura cuando Daisy estaba embarazada de Ángela. Por eso está tan enfadada.

El cerebro de Charity trabajaba a toda velocidad. ¿Era posible que Wade hubiese planificado el secuestro de Angela por suponerla la hija de otro hombre, y sabiendo que Daisy no lo abandonaría en esas condiciones? Era una hipótesis algo disparatada, pero tenía tanto sentido como las otras.

—Daisy parece más feliz ahora —afirmó Charity, para añadir a continuación—: Ahora que usted ya no está en su vida.

Wade soltó una carcajada.

—Claro. Ella lo tiene todo y si su abogado se sale con la suya, me dejará sin un céntimo y en prisión.

—Usted disparó contra Mitch.

—Fue un accidente. Aquella noche fue una verdadera locura. Creo que fue entonces cuando me di cuenta de lo que Daisy pretendía. Sé que me comporté de una manera muy extraña...

—Casi mató a Mitch.

Asintió, bajando la cabeza.

—Sí, me sentí muy mal después de aquello. Por eso me puse en contacto contigo. Esperaba que te pusieras a husmear un poco, como eso se te da tan bien...

Charity prefirió tomárselo como un cumplido.

—¿Qué es lo que quiere que investigue? Lo del tiroteo de aquella noche está bastante claro.

—No, eso no. El secuestro de Ángela. Quiero que averigües de una vez por todas quién secuestró al bebé para así poder limpiar mi nombre. Llevo demasiados años cargando con ese peso. Cuando la verdad salga a la luz...

Al parecer, Wade creía que podría exonerarse de toda culpa y regresar a la mansión... ¿Era posible que fuera realmente inocente?

—¿De veras cree que Daisy tuvo algo que ver con aquello?

—Creo que Daisy podría ser capaz de cualquier cosa. Incluso deshacerse de aquel bebé para que yo nunca pudiera descubrir que era mío.

Charity cerró su cuaderno de notas.

—Alguien contrató a su capataz para sacar al bebé de la casa. ¿Conocía acaso Daisy a Bud Farnsworth?

—Por supuesto que conocía a Bud. Creo que ella le ordenó que se llevara al bebé para entregárselo a otra persona. Después ya no tengo la menor idea de lo que pudo sucederle a la niña.

Charity recordó aquella noche en la factoría de reclamos, cuando Bud

intentó matarla por una carta de chantaje que lo acusaba a él del secuestro. Daisy había aparecido de repente, hiriendo a Bud. ¿Qué era lo que ella le había preguntado en esos instantes? Le había preguntado dónde estaba Ángela. ¿Estaría Wade en lo cierto?

—Bud nunca habría podido entrar en casa sin contar con alguna ayuda desde dentro —murmuró Wade—. Alguien dejó abierta la ventana del cuarto de Angela.

Charity no tenía mucho más que decir al respecto y Wade lo sabía. El caso se había enfriado. Habían pasado veintisiete años. Pero lo que más la intrigaba era la misteriosa identidad del hombre con quien Angela había tenido aquella aventura. Durante años había oído rumores. ¿Sería ése el hombre del que Daisy había estado tan enamorada, por quien había estado a punto de abandonar a Wade? Eso sí que resultaba interesante...

Cuando entró en la casa por la puerta trasera y vio al hombre sentado en la tumbona, Maggie se quedó impresionada de lo que mucho que se parecía a Jesse. Los mismos hoyuelos en las mejillas, el mismo pelo oscuro, los mismos ojos, la misma sonrisa.

—Te presento a mi hermano pequeño, Mitch Tanner —dijo Jesse—. Mitch, saluda a Angela Dennison.

Mitch se la quedó mirando con la boca abierta. Maggie esbozó una tentativa sonrisa.

—¿Cómo...? ¿Dónde...? —se volvió hacia Jesse—. ¿Angela?

—Sí, aunque todavía necesitamos los resultados de unas muestras de ADN para confirmarlo. Acabo de enviarlas a un laboratorio de Portland. Albert me aseguró que en unas doce horas recibiríamos los resultados. A la medianoche de hoy.

Mitch seguía mirando a uno y a otra, estupefacto.

—Siento reaccionar así, pero...

—No te preocupes. Sé que me parezco mucho a Desiree —vio la mirada que intercambiaron los dos hermanos y soltó un gemido—. ¿No iréis a decirme que Desiree también puede ser vuestra hermanastra?

—Es posible —tuvo que admitir Jesse.

—¿Se lo has dicho? —le preguntó Mitch a su hermano, sorprendido. —Sí —se encogió de hombros—. Digamos que tuve que hacerlo. —¿Y... aparte de la semejanza física?

—Todo coincide —contestó Jesse—. Las fechas, los antecedentes, los últimos acontecimientos...

—Soy Angela Dennison. Apostaría mi vida en ello.

Mitch frunció el ceño.

—Hay alguien que quiere matarla —le informó Jesse—. Un poli de Seattle. Mitch soltó un gruñido y se recostó en la tumbona, cerrando los ojos.

—¿Qué diablos le pasa a este pueblo en la estación de las lluvias? Todo el mundo se vuelve loco...

—Y hay más. Ese poli está en Timber Falls. Mató a tres personas y ya ha intentado matarla a ella una vez.

—¿Por qué no habéis llamado a los federales?

—Sería su palabra contra la suya y da la casualidad de que es un policía veterano, cargado de condecoraciones. La última de ellas del alcalde del Seattle.

Mitch maldijo entre dientes.

—¿Un poli de Seattle? ¿Cómo es que se metió en esto?

—Eso es precisamente lo que vamos a averiguar —terció Maggie, decidida.

—Pensamos que no actuó solo en el secuestro. Necesitamos saber con quién estuvo conchabado —le explicó Jesse, y rápidamente puso a su hermano al tanto de todo.

Cuando terminó, Mitch estaba mirando a Maggie con abierta admiración. Jesse no pudo disimular una sonrisa.

—Para terminar —añadió Maggie—, ambos hemos decidido que lo mejor es que esta misma noche, en la fiesta de Rozalyn Sawyer... anuncie a todo el mundo quién soy.

—¿La fiesta de Rozalyn Sawyer? —gritó Mitch, asombrado—. ¿Ambos lo habéis decidido? ¿Acaso estáis locos?

Jesse se encogió de hombros.

—Yo pensé exactamente lo mismo cuando Maggie me propuso la idea.

—¿Maggie?

—Me criaron y educaron como Maggie Randolph. Voy a necesitar un vestido de noche para la fiesta. ¿Tu novia podría ayudarme en eso?

—¿Charity? —Mitch se volvió hacia su hermano—. ¿No estarás sugiriendo que...?

En aquel preciso instante oyeron el coche de Charity deteniéndose en la puerta.

—De todas formas, esta misma noche se enterará de todo —apuntó Jesse.

A esas alturas Mitch ya tenía la cabeza entre las manos, como si le doliera de todo lo que había escuchado hasta ese momento.

—¿Alguno de los dos tiene la menor idea de lo que vais a hacer?

—Yo tengo un presentimiento —sonrió Jesse—. Creo que Maggie está buscando el efecto sorpresa.

Charity entró en el salón. Era una mujer muy hermosa, con una larga y rizada melena de un rubio rojizo. Los ojos, azules, tenían una mirada vivaz, alegre. A Maggie le cayó bien desde el principio.

—Tú debes de ser Charity Jenkins —se acercó a saludarla—. He leído bastantes artículos tuyos. Escribes muy bien.

Charity pareció tan sorprendida como confusa, y decididamente curiosa. Tal y como había hecho antes Mitch, se la quedó mirando como pensando que la conocía de algo.

—Soy Ángela Dennison y necesito tu ayuda —le espetó Maggie.

—Charity muda de asombro. Esto sí que es milagroso —bromeó Jesse mientras tomaba a su futura cuñada de la mano y la sentaba en el sofá.

—Tú fuiste la que robó mi expediente...

—Sí, y lo siento. Ahora lo tiene Jesse.

—¿De verdad es...? —sonrió Charity, mirando a Jesse.

—Esta misma noche tendremos los resultados de las pruebas de ADN. Maggie quiere presentarse públicamente en la fiesta.

Charity se volvió hacia Maggie:

—¿Te estás exponiendo como cebo?

—Algo parecido. Pero voy a necesitar un vestido. Uno que me permita disimular un arma. ¿Podrás ayudarme?

Charity no había dejado de mirar atentamente a Jesse y a Maggie mientras éstos le contaban su historia. En aquel momento lanzó a Mitch una de aquellas típicas miradas suyas de casamentera profesional.

Mitch soltó un gruñido, consciente de que era imposible pararle los pies a Charity sin revelarle que Maggie podía ser perfectamente su hermanastra, y la de Jesse. Otra caja de los truenos no tardaría en destaparse.

Charity se levantó de repente del sofá.

—Vamos. Eres más o menos de mi estatura. A ver qué es lo que puedo encontrar en mi armario. Vivo en la casa de al lado. ¿Así que... Jesse y tú acabáis de conoceros? —le preguntó a Maggie mientras salían juntas de la habitación.

Mitch sacudió la cabeza con gesto irritado mientras esperaba a quedarse a solas con su hermano.

—¿Papá sabe algo de esto?

—Sí. Ya me ha dado su muestra de ADN.

—¿Entonces es posible que...?

Jesse asintió con expresión grave.

—Eso me temo.

—Es un plan condenadamente peligroso.

Su hermano mayor no podía estar más de acuerdo.

—Por eso quiero que estés allí, presente. Necesitaré de toda la ayuda que pueda conseguir. No creo que el secuestrador haga nada durante la fiesta, pero...

—Esperas alguna reacción por su parte, ¿verdad? —dedujo Mitch—. ¿Cómo piensas protegerla después de la fiesta? Sobre todo si ese poli de Seattle anda detrás de ella.

Jesse soltó un profundo suspiro.

—Para empezar, no pienso perderla de vista.

Mitch no dijo nada. Simplemente se lo quedó mirando.

—¿Qué pasa?

—Estás enamorado.

—Hermanito, ni yo mismo me lo explico. Por eso tengo que conseguir cuanto antes los resultados de los análisis.

—Charity alucinará cuando descubra que le he estado ocultando ese secreto durante todos estos años.

Jesse le sonrió.

—Creo que aun así se casará contigo. De todas formas, falta todavía bastante para junio. Quizá para entonces ya se le haya pasado el disgusto.

—¿Adónde vamos? —le preguntó Maggie a Jesse mientras se internaban en la red de carreteras secundarias que antes habían seguido. Se había recogido la melena en una cola de caballo y llevaba la gorra de béisbol que le había prestado Charity.

—A casa de mi padre. Se llama Lee Tanner. Es un buen tipo. Te caerá bien.

Su expresión le dijo que ya había tomado una decisión propia al respecto. Esa era una de las cosas que más le gustaban de ella. Ojalá descubriera con absoluta seguridad la identidad de su padre, si realmente era Angela Dennison. Hasta entonces, tendría que mantener las distancias. Y eso era lo último que le apetecía hacer en ese momento.

Capítulo 13

Rupert Blackmore había llevado consigo una tienda de campaña, pero la lluvia lo disuadió de acampar. Se registró en el único motel del pueblo, el Ho Hum. Utilizó dinero en efectivo, pese a que no temía que lo reconocieran: no con aquella vieja camioneta, sus aparejos de pesca y su sombrero de pescador.

Le gustaba pensar que la única persona que sabía que estaba en el pueblo era Margaret Randolph. Su presa. Por supuesto que no podía estar seguro de que su antiguo secuestrador no lo supiera también, sólo que jamás lo reconocería con aquel disfraz. Por lo demás, el secuestrador jamás esperaría que se presentara de repente en Timber Falls...

Se quedó agradablemente sorprendido de las pequeñas dimensiones de la población. Encontrarla allí debería resultar fácil... si acaso no se había marchado. Después de haber estado a punto de atraparla la noche anterior en Dennison Ducks, lo lógico sería que se hubiera largado. En cualquier caso, y dado que no se había puesto en contacto ni con los federales ni con sus mandos superiores en la policía, estaba claro que aquello habría supuesto el final de su aventura. Nadie en aquel pueblo se enteraría jamás de su fugaz paso.

Se pasó el día pescando y curioseando por allí. Dada su posición de ventaja, muy bien podría tomarse aquello como unas pequeñas vacaciones. En realidad, se alegraba de no tener que matarla.

Era rica. Volvería a Seattle. Mantendría la boca cerrada. Él, por su parte, se jubilaría y se marcharía a Arizona. Aquel asunto permanecería secreto para siempre. Mientras atravesaba en aquel momento el pueblo a bordo de su vieja camioneta, se había convencido a sí mismo de que todo iba a salir bien. Se detuvo en una gasolinera. Un adolescente salió a llenarle el depósito.

Bajó del vehículo y se dirigió a los lavabos del lateral del edificio. El chico le estaba limpiando los cristales, así que entró en la oficina. Era una gasolinera minúscula. No tenía más que un mostrador y una máquina expendedora de bebidas, con dos únicos surtidores. Cuando se marchaba recogió el periódico y dejó unos céntimos en la barra.

Subió a la camioneta y pagó al chico. Pero, en vez de arrancar, se quedó paralizado leyendo el periódico con manos temblorosas. La historia de Daisy Dennison, la de los famosos patos de reclamo Dennison Ducks. Recordó aquella noche. Se acordaba bien de la pegatina del parachoques de la

camioneta de aquel desconocido, el mismo que le entregó un pequeño bulto en el aparcamiento de un almacén desierto. Un bebé envuelto en una diminuta manta estampada de patitos amarillos.

Había dejado al bebé en el asiento de su coche mientras la camioneta se alejaba. Pero antes de que el desconocido desapareciera en la noche, alcanzó a distinguir la pegatina y la sucia matrícula de Oregón. No distinguió el número. Por supuesto, hizo sus averiguaciones. Después de todo, lo habían estado chantajeando y al menos en aquel momento tenía una pista de su chantajista. Una pegatina de Dennison Ducks en el parachoques trasero. Timber Falls. Oregón. La fábrica de los famosos patos de reclamo.

Salió de la gasolinera, recordándose que había sido un buen policía. Antes e incluso después de aquella fatídica noche. En aquel entonces había sido un joven osado, algo bravucón, demasiado convencido de que no solamente iba a salvar al mundo, sino que al mismo tiempo se convertiría en uno de aquellos famosos profesionales que aparecían constantemente en prensa y televisión.

Y lo había conseguido, a pesar de lo ocurrido otra noche aún más lejana, treinta años atrás. Todo empezó con el robo de una pequeña tienda nocturna. Fue una casualidad que su compañero y él estuvieran aparcados a la vuelta de la esquina, justo cuando el atracador salió corriendo por el callejón.

Rupert fue el primero en bajar del coche y echar a correr. El callejón estaba muy oscuro. Le había gritado al tipo que se detuviese, lo había oído escalar una valla metálica para saltar al otro lado. Y disparó.

La presión a la que por aquel entonces estaba sometido se había impuesto finalmente. Había descubierto que había otro tipo interesado en Teresa. Y había querido impresionarla y demostrarle que era el hombre adecuado para ella.

Pero cuando se acercó a la valla y vio el cuerpo tendido en un charco de sangre, se dio cuenta de que no era el del atracador, sino el de un chico no mayor de nueve años. Con un disparo en la nuca.

Se había quedado tan consternado que había soltado el arma. Se le había disparado al caer al suelo, hiriéndolo en una pierna. Matar a un niño de nueve años en un callejón. No supo lo que le pasó. Debió de arrojar al suelo, vomitando, apenas consciente de la presencia de su compañero. Para entonces, la pistola había desaparecido. Más tarde se enteró de que alguien había aparecido por detrás para recogerla sigilosamente del suelo. Un astuto oportunista que en seguida detectó el futuro valor de aquella arma, con sus huellas claramente identificables.

Su compañero, un tipo llamado Wayne Dixon, apareció entonces en escena. Vio a Rupert herido, sangrando, y como no había rastro del arma, pensó lo más lógico: que el atracador lo había reducido, le había quitado el arma y con ella le había disparado a él y al chico.

Rupert no había estado en condiciones de sacarlo de su error. Recordaba haber pensado que ya lo haría después... Pero después, había dejado persistir la mentira. Se había dicho que revelar la verdad no le habría devuelto la vida al chico, y que con ello sólo habría conseguido perjudicar su carrera y su futura relación con Teresa.

Había ido a verlo al hospital. Rupert se le había declarado en aquel mismo momento y ella había aceptado. Después de aquello, intentó olvidarse del asunto. Hasta que una noche recibió la llamada de un desconocido, convocándolo a aquella extraña cita en el almacén desierto. Para que se deshiciera de un bebé... a cambio de que el chantajista se deshiciera de su arma. El acuerdo era que jamás volvería a ponerse en contacto con él, según le prometió aquella distorsionada voz por teléfono.

Así que se encontró con el desconocido en el almacén vacío y se llevó al bebé. Pero entonces la pequeña manta se abrió y la criatura soltó un gemido. Ése fue su error: mirar aquella preciosa carita. La emoción lo dejó sin aliento.

Si hubiera podido, se la habría llevado a casa, con Teresa. Pero por aquel entonces sólo llevaban casados un par de años y todavía ignoraban que no podían tener hijos. Además, ¿cómo se lo habría explicado? No quería que descubriera aquel error trascendental. Habría hecho cualquier cosa con tal de ocultárselo. Y lo seguiría haciendo.

Había vuelto a arropar bien al bebé para alejarse de aquel almacén y dirigirse a Puget Sound, pensando en deshacerse de alguna manera de la criatura. Todo con tal de que el chantajista nunca más volviera a ponerse en contacto con él. Ese había sido el acuerdo. Y todo el mundo sabía que los chantajistas cumplían su palabra. Pero eso no significaba que no odiara que lo chantajearan. Fue en parte por eso por lo que, en lugar de deshacerse del bebé, se lo vendió al abogado de Randolph, Clark Iverson. La otra razón fue el dinero. Con ese dinero pudo comprarle a Teresa una casa. Y además, le consiguió al bebé unos padres ricos. Durante veintisiete años, todo el mundo estuvo contento.

Hasta que el padre adoptivo cayó enfermo, descubrió la verdad y decidió que su hija necesitaba conocerla, para que pudiera reunirse alguna vez con sus padres biológicos, si así lo deseaba. Fue así como Rupert Blackmore, antaño un buen policía, volvió a convertirse en un asesino.

Por supuesto, no se había olvidado de la pegatina del parachoques de aquella camioneta. Ni del chantajista. Había hecho algunas investigaciones, descubriendo la identidad del bebé y su secuestro. Desde entonces se había desentendido del asunto, satisfecho de contar al menos con una buena pista en caso de que el sujeto volviera a ponerse en contacto con él.

Varios meses atrás había leído en los periódicos que Bud Farnsworth, el supuesto secuestrador del bebé, había muerto asesinado. Rupert lo reconoció en el artículo. Era el mismo hombre que le había entregado al bebé. Pero resultaba evidente que, aquella noche, el tal Farnsworth había estado trabajando para otra persona.

En aquel momento Rupert se preguntó si Margaret Randolph habría leído aquella misma historia. ¿Habría sido tan estúpida como para llamar a la puerta de los Dennison y decirles quién era? ¿Y contarles asimismo lo que le había sucedido en el embarcadero?

Nadie sería tan estúpido como para hacer una cosa así, sobre todo teniendo en cuenta el enredo en que se hallaba metida la familia Dennison... Lanzó el periódico sobre el asiento y condujo por Main Street hacia el motel. Tal vez se quedara un día más. Sólo para asegurarse de que Margaret había levantado el vuelo.

Pasó por delante de la oficina del sheriff. Era un estrecho edificio que además compartía espacio con el ayuntamiento. Por lo que había oído, el sheriff había resultado herido en un tiroteo y su hermano lo había sustituido como ayudante provisional. El tipo carecía de experiencia, así que ninguno de los dos lo preocupaba demasiado.

Casi en las afueras, aparcó delante de la única cafetería. Si Margaret había sido tan estúpida como para presentarse a los Dennison aquella mañana, entonces a esas alturas ya lo sabría todo el pueblo. No era la primera vez que visitaba un pueblo de mala muerte como aquél. Sabía dónde se enteraba uno de los rumores.

Sin quitarse las gafas oscuras, aparcó y entró en el Café de Betty. Escogió un asiento cerca de la ventana, al sol. Una rubia de unos cincuenta y tantos años salió de detrás del mostrador con una carta de menú y un vaso de agua helada. Se los puso delante.

— Todavía quedan pasteles de fresa y chocolate. Y limonada.

Rupert alzó la mirada después de lanzar un rápido vistazo al menú.

— Tomaré una hamburguesa con patatas, batido de chocolate y pastel de fresa. La mujer le sonrió. No era muy fea, pero diablos, él tampoco era el Príncipe

Encantado. Llevaba su nombre en la solapa: Betty. La dueña de la cafetería.

— ¿Qué le trae por aquí? ¿La pesca del Bigfoot?

Evidentemente no le había pasado desapercibido su atuendo.

— Nunca oí que se pescara al Bigfoot —sonrió, flirteando un poco. Se dijo que no hacía ningún mal a nadie con ello—. ¿Cómo se hace?

— Todo el mundo pica con el cebo adecuado.

Blackmore se echó a reír.

— A mí no me importa que piquen. Yo sólo he venido a pescar.

— Pues ésta no es la mejor época del año para hacerlo...

— Pero el sitio es tranquilo y los ríos no están llenos de gente.

— Eso sí que no se lo puedo discutir —replicó Betty, y se dirigió de nuevo a la barra. Allí tenía una taza de café que había estado bebiendo antes de que él entrara.

— Nunca había estado antes aquí —le comentó Rupert, volviendo la mirada hacia la calle desierta—. ¿Siempre está tan tranquilo?

Betty sacudió la cabeza.

— Es que todo el mundo se está preparando para la fiesta de esta noche.

— ¿Una fiesta?

— Los Sawyer. La hija, Rozalyn, ha regresado al pueblo y ha organizado una fiesta. Ha restaurado la vieja casa de estilo Victoriano que está en las afueras del pueblo. Tal vez la haya visto al entrar...

Blackmore negó con la cabeza.

— Está algo alejada de la carretera. Una enorme y antigua mansión —Betty tomó un sorbo de café—. ¿Se aloja en el Ho Hum? —al ver que asentía, añadió—. Entonces probablemente desde allí oírás el ruido de la fiesta —soltó una carcajada—.

Espero que tenga el sueño bien profundo.

— Duermo como un tronco.

Sonó la campanilla del horno y Betty fue a recoger su hamburguesa. Mientras le servía la bandeja, entraron varios clientes, todos con aspecto de habituales. Tras mirarlo con cierta curiosidad, lo tomaron por un forastero más y se sentaron. En el cielo se acumulaban los nubarrones, como si fuera a romper a llover en cualquier momento. Siguió comiendo, escuchando la conversación de Betty con los otros clientes. No era un día de grandes noticias. Bien. A excepción de la fiesta de aquella noche. Parecía como si el pueblo entero fuera a asistir.

Mientras comía su hamburguesa, observaba la calle. No vio pasar ninguna

moto potente, cara. Estaba claro: Margaret Randolph había volado. Apuró su batido y empezó con el postre. Pero no pudo evitar preguntarse por el siguiente movimiento que haría la chica. ¿Qué podía hacer? No tenía ninguna prueba. Sería su palabra contra la suya. Si no podía acudir a la policía y tampoco huir, ¿se atrevería a regresar a Seattle? Era rica. Su padre le había legado decenas de negocios por todo el mundo. Tarde o temprano tendría que regresar a Seattle.

Le había puesto una orden de búsqueda, pero sólo para interrogarla por los homicidios. Tal vez pudiera llegar a algún tipo de acuerdo con ella. Una vez que comprendiera que, si seguía viva era, porque él así lo había querido. Quizá no tuviera que matarla. La idea le gustaba más de lo que estaba dispuesto a admitir. Y luego desaparecería del mapa. Arizona. Estaba lo suficientemente lejos como para que allí se sintiera a salvo. Se sentía mucho mejor cuando por fin se dirigió a su motel, después de dejarle una buena propina a Betty. Pensó en dormir una siesta y en regresar más tarde para disfrutar de una opípara cena. El secuestrador nunca sabría que, al menos por su parte, nunca había llegado a cumplir con las condiciones del trato.

Lee Tanner salió a la terraza cuando Jesse aparcó la camioneta y apagó el motor. Su mirada voló inmediatamente a la mujer que bajó con él. Y se quedó petrificado como una estatua.

Jesse se dijo que Maggie solía ejercer ese efecto en la gente. Sobre todo en su padre, dado lo mucho que la joven se parecía a Desiree.

—Maggie, te presento a mi padre —le dijo mientras subía los escalones del porche.

Lee le tendió la mano, y ella se la estrechó.

—Tú eres Angela —no era una pregunta, pero ella asintió de todas formas—. Ahora mismo acabo de comer, pero podría...

—Ya hemos comido —lo interrumpió Jesse. Charity los había invitado a comer en su casa, hablando sin parar y a mil por hora con Maggie—. ¿Pensabas asistir a la fiesta que da Roz Sawyer esta noche?

—No. ¿Por qué?

—Pensé que quizá podría hacerte cambiar de idea. Maggie piensa aprovechar la ocasión para anunciar a todo el mundo quién es. A medianoche.

Lee arqueó una ceja con gesto expresivo, y Jesse sonrió irónico.

—Para entonces ya sabremos quién es su padre. Todavía necesitaremos analizar el ADN de Daisy para demostrar fehacientemente que es Angela, pero dudo que nos llevemos una sorpresa de última hora.

—¿Y qué puedo hacer yo? —preguntó Lee.

—¿Aún conservas tu arma? —al ver que asentía, añadió—: Me gustaría que fueras a la fiesta armado. Sólo por si acaso.

—¿Tiene esto que ver con aquellos asesinatos de Seattle?

—Sí. Hay un policía detrás de ella. Ya ha matado a tres personas —Jesse sacó la foto del inspector Rupert Blackmore que había recibido por fax, y en la que aparecía con el alcalde de Seattle—. Es el de la derecha. Ya sé que la foto no es muy buena.

—Lo reconocería si lo viera, pero supongo que no esperarás que se presente en la fiesta...

—Dudamos que Blackmore estuviera detrás del secuestro —intervino Maggie—. Más bien creemos que se trata de alguien del pueblo.

—Alguien de la mansión dejó abierta la ventana por la que escapó el secuestrador con el bebé —agregó Jesse.

—No fue Daisy —repuso Lee—. Ella no fue, estoy seguro.

Jesse asintió con la cabeza, aunque distaba de estar tan convencido como su padre.

—Bueno, aquel día había más gente en la casa —su madre, por ejemplo. Eso aún no se lo había dicho a Maggie.

—Iré a la fiesta —declaró Lee—. No dudes en avisarme si puedo hacer algo más por vosotros.

—Gracias —sonrió Jesse—. Sabía que podía contar contigo —se volvió hacia Maggie—. En cuanto a ella, es más que capaz de cuidar de sí misma.

Jesse estrechó la mano de su padre y se hizo a un lado mientras Maggie y él se abrazaban. Podía leer los conflictivos sentimientos que cruzaban por su rostro. Evidentemente a Lee no le habría importado en absoluto que Maggie hubiera sido realmente hija suya. Algo que todavía estaba por ver.

De momento, sin embargo, tenía otras preocupaciones. Proteger a Maggie. Y encontrar a su secuestrador. Pensó que ella había tenido razón durante todo el tiempo: jamás estaría a salvo hasta que no lo hicieran.

Una vez en el salón, vio que se acercaba a una pared llena de fotografías, las que Lee había tomado a sus dos hijos desde que eran bebés. Y que acariciaba con un dedo una de ellas, en blanco y negro, en la que aparecía él.

Sintió la mirada de su padre clavada en su espalda. Una mirada de preocupación. Porque lo conocía demasiado bien, había adivinado lo mucho que aquella mujer había llegado a significar para él. Y lo mucho que iba a ponerse en juego aquella noche.

Capítulo 14

Jesse oyó un sonido, levantó la mirada y vio a Maggie en lo alto de la escalera. El corazón se le subió a la garganta. Nunca había visto a una mujer tan hermosa.

Lucía un vestido rojo brillante que acentuaba cada uno de sus atractivos. Llevaba la oscura melena suelta, flotando sobre sus finos hombros desnudos.

—Estás increíble —comentó sin aliento.

Le brillaban los ojos mientras bajaba por las escaleras, con el vestido flotando en torno a su cuerpo como un caricia, un susurro contra su piel.

—Supongo que el comentario se debe a que sabes que llevo una pistola bajo el vestido —repuso, en un obvio intento por aligerar el ambiente. Quizá se sentía un tanto azorada por la forma en que la estaba mirando, como si no pudiese apartar los ojos de ella.

Sí, llevaba un arma de fuego debajo de aquel vestido, pero no era una pistola. Era otra cosa. Suficiente para tumbarlo de sólo imaginársela.

—No adivinas dónde la llevo, ¿eh?

—Jamás sospecharía que vas armada —sacudió la cabeza.

Sonrió, satisfecha. Jesse se dijo que Maggie no tendría ninguna necesidad de usar el arma... a no ser que él hubiera fracasado. No tenía ninguna intención de dejar que eso sucediera.

Se acercó hacia él como si fuera un sueño.

—Estás impresionante —susurró.

Maggie volvió a sonreír, bajando los dos últimos escalones. Jesse pudo aspirar su perfume, de un exotismo que le sentaba maravillosamente bien. Cortesía de Charity.

Mirándolo con extraña gravedad, le acarició una mejilla. Llevaba los labios pintados de un rosa tenue, invitador. Los entreabrió levemente y Jesse sintió que el corazón le daba un vuelco, desesperado por estrecharla en sus brazos y besarla.

Maggie se quedó con la garganta seca cuando vio a Jesse vestido de esmoquin. ¿Había visto alguna vez a un hombre tan guapo? Ansiaba tocarlo, sentir sus brazos en torno suyo, perderse en su abrazo.

Sólo un beso. Lo habría dado todo por un único beso. Esa noche sabría si sus sentimientos por él eran lícitos o estaban condenados a no ser expresados jamás. Le bastaba pensar en ello para olvidarse de que había un asesino

acechándola.

Dio un paso hacia él, tan cerca que podía oler su aroma masculino mezclado con el olor fresco de su loción. Se le doblaban las rodillas. No tenía más que imaginarse aquellos labios sobre los suyos, sus brazos en torno a su cintura, para...

—Estás espléndido con ese esmoquin —le dijo con voz temblorosa. Todo en él le alborotaba la sangre, enardecía su sentidos...

Cuando la miró con aquellos ojos oscuros, el corazón empezó a martillearle en el pecho.

—Sabes lo que siento por ti...

Jesse le puso un dedo sobre los labios, sacudiendo la cabeza.

—Lo sé.

Se tragó las lágrimas que amenazaban con ahogarla. Lo deseaba, lo necesitaba. Eran muy pocos los hombres con los que había tenido relaciones. Y la mayor parte no le habían interesado demasiado, más allá de unas pocas citas. Jesse, en cambio, la había cautivado desde aquella primera noche. Su arte, sus pinturas habían bastado para seducirla. Pero no había tomado conciencia de ello hasta que lo vio desde la terraza de su cabaña, pasando una mano casi con ternura por su moto. Fue entonces cuando tomó conciencia de que ansiaba sentir el calor de aquella mano por su piel desnuda...

Retiró el dedo de sus labios, acariciándola con los ojos.

—Jesse... —pronunció sin aliento, como si aquella única palabra resumiera todo que sentía por él.

Parecía tenso, como si supiera lo que ella quería, lo que necesitaba. Como si sintiera el fuego que ardía entre ellos, consciente de que, al menor gesto, se convertiría en un infierno de pasión que los barrería a los dos. No se movió. No hizo amago alguno de tocarla. Pero Maggie podía ver que le resultaba tan difícil como a ella.

—¿Lista? —le preguntó en voz baja.

Asintió, incapaz de hablar. Esa noche tendría que ser fuerte, sucediera lo que sucediera con los resultados de aquellas pruebas de ADN. Suciediera lo que sucediera después de su anuncio formal.

—¿Nos abrazamos para darnos suerte?

Había tenido miedo de tocarla, de perderse en su contacto. Pero abrió los brazos, consciente de que aquella noche podría cambiarlo todo entre ellos, y ella se refugió en su pecho, deslizando las manos por su cintura. La abrazó con fuerza, los ojos cerrados por la maravilla de sentirla tan cerca, apretada contra sí. Se quedaron inmóviles durante un rato, saboreando la sensación.

Hasta que ella se retiró y él, reacio, la soltó.

— ¿Se acerca el momento?

Asintió, mirando su reloj. Eran casi las once y media. Maggie haría público su anuncio a medianoche: la misma hora a la que Albert le había prometido llamarlo con los resultados de las pruebas de ADN. Quedaba media hora.

El teléfono vibró en el bolsillo de su pantalón. Lo sacó. Era Mitch.

— ¿Qué tal lo llevas?

— Bien. ¿Qué tal vosotros por allí?

— Roz acaba de anunciar su compromiso con Ford Lancaster —le informó—. Charity está llorando de felicidad. Roz también ha hecho lo que tú le habías pedido: anunciar que a las doce habría una sorpresa especial.

— Bien. Vamos para allá.

— Ten cuidado.

— Siempre lo tengo —desconectó la llamada y miró a Maggie—. ¿Lista? El escenario está preparado. Y tú eres la estrella de la noche.

— Cruzaré los dedos.

Jesse asintió, sabiendo que se estaba refiriendo a los resultados de las pruebas de ADN.

La fiesta se hallaba en todo su apogeo cuando entraron por una puerta lateral. Fue Charity quien les abrió.

— Ha venido todo el mundo. Daisy apareció con una guardaespaldas y adivina quién es: Bruno. Betty también está aquí. Vaya un trío extraño...

— ¿Qué hay de Wade? —preguntó Jesse.

— Todavía no lo hemos visto. Roz tiene a un par de tipos fuera, de centinelas. Si aparece, lo retendrán hasta la medianoche —miró a Maggie—. Guau, estás sensacional... —volviéndose de nuevo hacia Jesse, le sonrió de manera significativa.

— Vuelve a la fiesta —le dijo a Charity. En aquel momento no estaba de humor para ardidés casamenteros—. Nosotros subiremos arriba.

Charity obedeció al momento y los dos subieron al segundo piso. Desde allí podían escuchar las voces y la música procedentes del gran salón. Jesse miró su reloj.

— Sólo faltan cinco minutos.

Maggie asintió. Ya no parecía nerviosa, ni preocupada. Jesse vio que revisaba su arma antes de lanzarle una sonrisa. No pudo evitar envidiar su determinación.

Cuando se acercó a las escaleras para asomarse a la barandilla, descubrió

a Mitch en una esquina, sentado en una silla de ruedas. Bruno estaba de pareja de Daisy Dennison, con Betty muy cerca. Y Desiree flirteando con varios parroquianos del bar Duck-In.

Lydia llevaba una silla de ruedas bastante más moderna que la de Mitch, apartada también en otra esquina, con Angus atento al menor de sus deseos. En el centro del salón, Roz y su prometido Ford Lancaster recibían los parabienes de los invitados. Liam, el padre de Roz, estaba hablando con otra mujer...

Se dio cuenta, sorprendido, de que se trataba de la tía de Charity, Florie. Ofrecía un aspecto tan distinto... Tenía el cabello de un cálido color castaño, en lugar del rojo encendido de costumbre, y rizado en capas en vez de enrollado en torno a la cabeza a manera de un turbante. No llevaba los ojos exageradamente pintados. Y tampoco lucía una de sus túnicas de colores chillones, sino un sencillo vestido azul. El resultado fue un Liam Sawyer absolutamente cautivado. Parecía pendiente de cada una de sus palabras.

Continuó barriendo a la multitud con la mirada y descubrió a su padre. Daisy estaba preciosa. Vio que Lee no era inmune a aquella belleza y el corazón le dio un vuelco en el pecho. Era increíble, pero su padre seguía sintiendo algo por aquella mujer. El descubrimiento lo dejó estupefacto.

Se volvió hacia Daisy. Los dos se miraban fijamente, de una esquina a otra del salón. ¿Sería la primera vez que se veían en todo ese tiempo? Resultaba obvio que su antigua relación no había muerto.

Justo en aquel instante, el gran reloj del salón empezó a tocar las campanadas de la medianoche.

—Ya es la hora —susurró Maggie a su lado.

Miró su reloj y asintió. Bajaron por la escalera trasera hasta el primer piso.

Jesse se acercó de nuevo a la barandilla. Charity lo vio de inmediato y ordenó parar la música de la orquesta.

Mientras el reloj terminaba de dar las campanadas, Roz reclamó la atención de todo el mundo. La multitud siguió la dirección de su mirada, hacia la barandilla. Se hizo un silencio cuando Jesse apareció en lo alto de la escalera.

—Esta noche hay alguien con nosotros...

De repente fue interrumpido por un tumulto en la puerta principal, Wade Dennison entró en aquel instante, todo acalorado.

—Llega a tiempo —comentó Jesse por lo bajo, y Maggie se reunió con él, en la barandilla.

Un murmullo se levantó entre los presentes. Sonriendo, Maggie se dirigió

a todo el mundo:

—Me disculpo por haber interrumpido la fiesta. Rozalyn ha sido muy amable al permitirme presentarme a ustedes, aprovechando que ha venido todo el mundo.

Miró a Daisy, que a su vez la contemplaba consternada. Wade, en cambio, sólo parecía confuso, extrañado.

—Me llamo Angela Dennison.

El murmullo se convirtió en clamor. Y, en medio de aquel clamor, Daisy soltó un grito. Jesse pudo ver su expresión. Estupefacción y después terror... justo antes de que se desmayara.

Pidió silencio mientras los presentes se apresuraban a atender a Daisy y Desiree corría hacia su madre. Lee también había corrido a ayudarla y le estaba pidiendo a alguien un pañuelo húmedo.

—¿Qué clase de farsa es ésta, Tanner? —tronó Wade—. Esa mujer no... —pero se interrumpió al ver a Maggie, como si vacilara.

—Si estoy aquí esta noche y me he presentado a ustedes, es por una razón muy especial. Porque la persona que me secuestró... quiere matarme —explicó Maggie.

Angus estaba abanicando a Lydia, inclinado sobre ella. Otro clamor se elevó de la multitud. Jesse tomó a Maggie del brazo. Quería sacarla de allí. Ya había hecho lo que había ido a hacer.

—Pretendo averiguar la verdad —añadió ella—. Descubrir quién me secuestró... y pretende ahora matarme.

Los presentes no podían estar más excitados.

—¿Es realmente ella? —preguntaba Betty a nadie en particular. Era como si el fantasma de Ángela se hubiera materializado de pronto.

Jesse miró su reloj. Albert seguía sin llamar para comunicarles los resultados de las pruebas de ADN. Pero ya era hora de sacar a Maggie de allí. Le hizo un significativo gesto a Charity, que a su vez avisó a Roz.

—¡La fiesta ha terminado! —anunció Rozalyn, y tanto ella como Ford se apresuraron a despedir a los invitados—. Gracias a todos por venir.

Betty se ofreció a mantener abierta la cafetería para todos aquellos que quisieran acercarse. Daisy ya se había recuperado un tanto. Lee y Bruno la ayudaron a sentarse en una silla. La mujer levantó la mirada hacia Maggie como si acabara de ver a un ángel. Jesse conocía esa sensación.

Desiree, por su parte, se quedó mirando fijamente a su hermana por un momento, antes de girarse en redondo y marcharse. Rumbo al bar, de eso no cabía duda. Jesse esperaba que no le pasara nada. Sabía que la impresión

debía de haber sido mayúscula, y la joven ya se había llevado demasiadas sorpresas últimamente...

Lydia seguía abanicándose en una esquina. Angus miraba ceñudo a Jesse, evidentemente disgustado por haberla alterado tanto. Wade se había derrumbado en una silla al otro extremo del salón, el más alejado de donde se hallaba Daisy, con la cabeza entre las manos.

Liam se había ofrecido a llevar a Florie a su casa. Justo cuando Roz y Ford despachaban al último de sus invitados, Jesse sintió vibrar su móvil.

—Sí, Albert —pronunció mientras bajaba las escaleras con Maggie—. Adelante con esos resultados —se encontró con su mirada. Tenía el corazón en la garganta.

—De acuerdo, esto es lo que hemos averiguado. Dos pruebas coinciden, pero los dos grupos no.

—Explícate, por favor.

—Es sencillo. Tus muestras y las de tu padre coinciden. Y la de la señorita Randolph y el señor Dennison también. ¡Wade es el padre de Maggie!

—Albert, si te tuviera delante en este momento, te besaría... —soltó un profundo suspiro. Maggie tenía la mirada clavada en él. Su reacción no fue otra que dar un grito de alegría y soltar el móvil para levantarla en vilo y empezar a dar vueltas. Cuando la bajó al suelo, la besó en la boca.

Maggie le rodeó el cuello con los brazos y lo acercó hacia sí, entreabriendo los labios. Sus alientos se mezclaron. Su boca era puro azúcar. Su cuerpo se derretía contra el suyo. No quería separarse de ella jamás...

Se apartó lentamente, con una sonrisa. Sus miradas reflejaban un tácito entendimiento.

—Supongo que ya va siendo hora de que hagamos nuestro segundo anuncio formal...

A Maggie le brillaban los ojos. Sonrió con expresión de tristeza, como si, al igual que Jesse, no pudiera esperar a salir de allí para quedarse a solas con él.

Bajaron las escaleras. Todo el mundo seguía en sus respectivas posiciones. Daisy se levantó penosamente y se dirigió hacia Maggie. Jesse se tensó.

—Tú eres la mujer de la pintura —susurró.

Maggie asintió.

—¿Desde cuándo sabías que estaba viva? —le preguntó Daisy a Jesse.

—Hasta hace apenas unos minutos, todavía no tenía la absoluta seguridad de que era Ángela Dennison. La muestra de ADN que se hizo Wade cuando la muerte de su hija ilegítima se corresponde con la suya.

Wade también se había acercado a ellos. Parecía un boxeador noqueado.

No advirtió que Lee Tanner se dejaba caer en el sofá más próximo, con una expresión mezclada de angustia y alivio.

—Yo... —Wade tenía los ojos anegados de lágrimas. Se acercó a Maggie y le dio un abrazo, tenso, incómodo, violento—. Desenmascaremos a quien te secuestró y ahora quiere matarte. Lo descubriremos.

—Tenemos que irnos —pronunció Jesse, mirando a su hermano. Mitch asintió con la cabeza.

—Nos veremos pronto —se despidió Wade de su hija, acariciándole el pelo.

La tomó de la mano. Y Jesse vio que ella se la apretaba.

—No sé qué decirte —murmuró Daisy, todavía consternada—. Ha sido una sorpresa tan grande...

Lydia se acercó entonces, en su silla de ruedas.

—Ven a verme cuando puedas, niña —le dijo, tomándole la mano—. Soy tu tía Lydia. Tengo una tienda de antigüedades en el pueblo. ¿Me prometes que vendrás?

Maggie asintió encantada mientras Angus se apresuraba a llevarse a su ama.

—Te lo prometo. Lo antes que pueda.

—Tenemos que marcharnos —insistió Jesse, tomándola del brazo. El tiempo jugaba en su contra. Le preocupaba que pudieran caer en una emboscada.

Mitch ya se dirigía hacia la puerta trasera. Charity, que se hallaba a su lado, le indicó a Jesse que necesitaba hablar un momento a solas con él.

—Vigila a Bruno. He hecho algunas averiguaciones para una amistad. Su verdadero nombre es Jerome Lovelace y tiene un largo historial delictivo.

—¿Para una amistad, dices? ¿Quién es?

—Es Lydia, ¿de acuerdo? —rezongó—. Se le había metido en la cabeza que Bruno pretendía atracar su tienda.

Tanto Jesse como Mitch pusieron los ojos en blanco. Charity no había esperado menos.

—No hagáis que me arrepienta de habérselo contado —les advirtió.

Jesse se echó a reír.

—Aprecio el gesto, de verdad, cuñada.

La noticia no lo había sorprendido demasiado. Vio a su hermano marcharse con su prometida. Cuando volvió la mirada, descubrió a Bruno al lado de la puerta principal. No lo había oído pronunciar una palabra en toda la noche. Pero pudo sentir su mirada clavada en ellos mientras se alejaban.

Una mirada hostil, de odio.

Rupert Blackmore intentó dominarse. Había estado tranquilamente sentado en el Café de Betty, tomando un descafeinado, cuando la puerta se abrió de golpe y el local se llenó de gente... y de noticias frescas.

En la fiesta de aquella noche, Ángela Dennison había anunciado que estaba viva.

Rupert apenas podía oír aquel clamor de voces por encima del estruendo de su pulso. Casi a ciegas, dejó el dinero sobre la barra, se bajó del taburete y caminó tambaleándose hacia la puerta. Dudaba que alguien se hubiera fijado en él. O en el gesto que hizo al agarrarse el pecho mientras se apoyaba en su camioneta.

Si, tal como sospechaba, el secuestrador seguía viviendo allí, en aquel pueblo... entonces ahora sabría que Rupert no había cumplido con su parte del trato. ¿Qué podía hacer? Ya se imaginaba los titulares de los diarios. Su reputación se vería destruida. Perdería su trabajo y a Teresa. Las lágrimas le nublaron la vista.

Tendría que decírselo él mismo a su esposa. No quería que se enterara por los periódicos. ¿Qué otra opción le quedaba? Ninguna. Era demasiado tarde para matar a Margaret Randolph. El gato se había escapado, como solía decirse. Pero la chica había anunciado en la fiesta que estaba buscando a su secuestrador, y que no descansaría hasta encontrarlo. Peor aún: había hecho su anuncio con el ayudante del sheriff al lado.

Rupert estaba seguro de que había ocultado bien las huellas de sus recientes asesinatos. Ya era hora de volverse a Seattle. Jubilarse. Largarse a Arizona. Quizá si cambiaba de nombre...

Logró sentarse al volante y cerró la puerta. Se disponía a arrancar cuando vio la nota. Estaba pegada a la radio, con su nombre bien visible.

Agarró con fuerza el volante. Mientras miraba a su alrededor, el corazón empezó a latirle tan rápido que por un instante creyó que se le iba a salir del pecho. Con aquella oscuridad, no podía ver a nadie. Con manos temblorosas, despegó la nota. Estaba doblada por el medio, con el nombre del destinatario claramente escrito: Inspector Rupert Blackmore.

Nada más desdoblarla, soltó un gemido mientras la leía:

Tengo a tu mujer. Termina el trabajo. Sin dejar cabos sueltos.

El papel se deslizó entre sus dedos y se apresuró a sacar el móvil del bolsillo de la cazadora. Le temblaban tanto las manos que tuvo que teclear

tres veces el número de su suegra. Ya era tarde. Teresa estaría durmiendo. Y su suegra, Marlene, también. Las despertaría a las dos y se sentiría como un estúpido...

Pero el teléfono sonó y sonó. No contestaba nadie.

Capítulo 15

Por la ventanilla de la camioneta, Maggie contemplaba el bosque oscuro difuminado por la niebla. Eran tantas las emociones que la agitaban que se sentía aturdida, mareada. Jesse no había abierto la boca desde que abandonaron la casa de Roz Sawyer.

Lo vio mirar por el espejo retrovisor por enésima vez durante los últimos minutos, preocupado de que Blackmore o quienquiera que fuera el secuestrador los estuvieran siguiendo. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo mucho que se había jugado aquella noche. El anuncio de su identidad y la reacción de sus padres biológicos no la había sorprendido. La de su hermana Desiree sí. Todos se habían quedado consternados, casi mudos de asombro. Al menos su tía Lydia le había dado una cálida bienvenida.

Miró por el retrovisor mientras Jesse enfilaba pista arriba hacia la cabaña. Aparentemente nadie los había seguido. Se recostó en su asiento y cerró los ojos, evocando la expresión de Jesse cuando recibió los resultados de las pruebas de ADN. Se sonrió y, volviéndolos a abrir, lo miró.

No la había tocado desde que subieron a la camioneta. Su mirada no se despegaba de la carretera o del espejo. ¿Acaso había cambiado de idea ahora que ya nada podía separarlos?

Aparcó delante de la cabaña, apagó el motor y se quedó sentado por un momento, en silencio, con la vista clavada en la oscuridad.

Ansiaba tocarlo, sentir sus labios sobre los suyos, perderse en sus brazos. El silencio de la noche parecía envolverlos en su mágico manto. Parecía estar esperando algo.

Una leve luz parpadeó una vez, y otra más, en la oscuridad que se extendía detrás de la cabaña. Sólo entonces pareció relajarse y Maggie recordó haber oído a Lee Tanner prometerle que echaría un vistazo a la cabaña antes de que regresaran. Evidentemente aquella luz significaba que no había peligro y que los agentes de la policía del estado seguían en sus puestos. Sin mirarla, bajó del coche y lo rodeó para abrirle la puerta. Luego, mirando continuamente a su espalda, la tomó de la mano y la hizo entrar apresuradamente.

Jesse se acordó de las palabras de Charity justo antes de abandonar la casa de Roz Sawyer. Charity, que había estado esperándolo afuera, le preguntó mientras señalaba con la cabeza a Maggie, que en aquel instante estaba

subiendo a la camioneta:

—¿Tienes alguna idea de quién es?

—Es Angela Dennison.

—Es Margaret Randolph, y Margaret Randolph es la actual dueña de una gran corporación. Lo era desde hace meses, antes incluso de que la salud de su padre comenzara a empeorar.

¿Cómo se las había arreglado Charity para averiguarlo? No importaba. Ahora era cuando estaba tomando conciencia de ello. Maggie tenía una gran empresa que dirigir en Seattle. ¿Qué oportunidades había de que quisiera quedarse en Timber Falls?

Charity le había susurrado en tono confidencial:

—No sólo es una mujer increíblemente inteligente. También es increíblemente rica.

¿Qué podía una mujer como Maggie ver en un hombre como él? Sobre todo a largo plazo. En aquel instante, mientras la hacía entrar en la cabaña, temió que Charity tuviera razón. Mientras no habían estado seguros de que no estaban emparentados, habían guardado las distancias. Pero ahora que ya nada los separaba... tal vez Maggie había cambiado de idea al respecto.

Nada más cerrar la puerta, Jesse soltó un profundo suspiro y se volvió para mirarla. Maggie se preguntó qué le habría dicho Charity mientras salían de la casa de los Sawyer. A buen seguro, era algo que lo había molestado.

—Jesse, si has cambiado de idea...

Por toda respuesta la atrajo hacia sí, le acunó el rostro entre las manos y la besó en los labios.

—Oh, Dios mío, llevaba ansiando hacer esto desde el instante en que abandonamos la fiesta...

—Vaya —sonrió, aliviada—. Ya estaba temiendo que te hubieras replanteado lo nuestro...

Le sostuvo la mirada, sacudiendo la cabeza.

—No. ¿Y tú?

Sin dejar de sonreír, le echó los brazos al cuello y lo besó. Cuando se apartó para mirarlo, Jesse la abrazó con fuerza, susurrando contra sus labios:

—Maggie...

Pronunció su nombre como si no pudiera creer que fuera real. La besó de nuevo, explorando el dulce interior de su boca mientras la levantaba en brazos para llevarla escaleras arriba.

Maggie sintió un grito de puro júbilo reventando en su pecho. Cuando terminó el beso, le acarició el rostro con infinita delicadeza y lo miró a los

ojos. Ya estaban en su dormitorio. La bajó al suelo. Tenía la mirada oscura y densa de deseo. Una ardiente llamarada la barrió por dentro.

—Oh, Jesse...

Seguía de pie frente a ella, mirándola. Nunca había visto a una mujer tan hermosa. Nunca había deseado más a una mujer en toda su vida. ¿Qué había hecho para merecer tanta suerte?

Intentó no pensar en el futuro. Intentó no pensar en nada excepto en Maggie y en aquel momento que tanto había anhelado. El momento en que podría abrazarla, besarla, hacerle el amor.

Le deslizó un tirante del vestido hombro abajo. No se movió, cautivada por su mirada mientras le bajaba el otro. Sus senos se delineaban bajo la seda.

—He ansiado hacerte el amor desde la primera noche que te vi —pronunció Jesse con voz ronca.

—Aquella noche te estuve observando desde la terraza, cuando metiste mi moto en el garaje —sonrió—. ¿Tienes alguna idea del efecto que me provocas?

Jesse negó con la cabeza. Solamente sabía que desde que Maggie entró en su vida, ya no había vuelto a ser el mismo. Aquella primera noche no había podido dormir, pero, con ella allí, cualquier inquietud que pudiera haber tenido se había evaporado. No podía imaginarse su vida sin ella. No lo concebía.

Alejó aquel pensamiento. ¿Acaso no había vivido su vida minuto a minuto? No era momento de pensar en el futuro. Ahora no. Quizá nunca llegara ese momento.

—Sólo tienes que mirarme, Jesse... para que me derrita por dentro —susurró contra sus labios, haciéndolo estremecerse—. Nunca me he sentido más segura ni más a salvo que en tus brazos.

Se disponía a decirle que todavía no estaba a salvo cuando ella le puso un dedo en los labios.

—Tú me haces sentir cosas que jamás antes había sentido —le confesó, mirándolo fijamente a los ojos. Comenzó a desabrocharle lentamente la camisa, rozándole la piel desnuda. Luego apartó la prenda a un lado para deslizar las palmas por su amplio pecho. Un incendio devoró a Jesse por dentro, inflamándole la sangre.

Con las manos en su espalda, le bajó la cremallera del vestido, que cayó al suelo en un susurro. La diminuta braga de encaje, negra, contrastaba deliciosamente con su piel cremosa. El sujetador también era negro, con los endurecidos pezones presionando contra la seda. Gimió sólo de verla.

Encajada en el escote llevaba una pistola de calibre corto.

Le quitó el arma para dejarla cuidadosamente sobre la cómoda. Mientras lo hacía, le rozó delicadamente un pezón. La oyó gemir, lo que lo excitó aún más.

Volvió a levantarla y la depositó suavemente sobre la cama. Le quitó la braga y se tendió a su lado. Le soltó luego el broche del sujetador. La prenda cayó a un lado, descubriendo sus senos firmes y redondeados. Se inclinó sobre ella y sus ávidos labios se apoderaron de un pezón, que empezó a lamer meticulosamente. Sintió sus manos intentando despojarlo del pantalón. El mundo real se iba disolviendo por instantes, mientras sus cuerpos se fundían en uno solo y se entregaban el uno a la otra. Juntos, abrazados. Nada más importaba.

Rupert Blackmore se dio cuenta de que se estaba haciendo demasiado viejo para esas cosas. La subida de la colina monte a través lo había dejado sin aliento. Tuvo que apoyarse en el tronco de un cedro para recuperar el resuello. Allí permaneció durante un rato, escuchando el latido de su propio corazón y los sonidos de la noche. La brisa susurraba tenue entre los pinos. A lo lejos se oía el rumor de un arroyo.

Intentó no pensar en Teresa, en lo que podía haberle sucedido. Intentó no dejar que el miedo o la furia lo movieran a cometer alguna estupidez, algún error. Ya se había librado de un agente. No lo había matado del golpe: sólo lo había puesto fuera de combate para ganar tiempo. Se preguntó cuántos más habría apostados en el bosque que rodeaba la cabaña de Jesse Tanner. Y cuántos más tendría que poder tumbar antes de que pudiera acceder a Margaret Randolph.

Sentía que todo aquello era una equivocación. Una monumental equivocación. Se dijo que aquel mal presentimiento se debía a que no quería matar a la joven. Pero lo haría. Tendría que hacerlo si quería volver a ver a Teresa con vida.

Luchó contra aquella punzada de arrepentimiento que amenazaba con abrumarlo y se concentró en lo que tenía que hacer. Sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad. Empezó a moverse sigilosamente entre la vegetación, preparado para tropezarse con algún otro agente de la policía del estado. No había avanzado mucho cuando se detuvo a escuchar. Un escalofrío le recorrió la espalda. Su instinto de superviviente, desarrollado durante sus muchos años en la policía, le decía que abandonara aquella maldita montaña, que se largara de allí. Que huyera.

Pero sabía que no llegaría muy lejos. Y si quería volver a ver viva a

Teresa... De repente oyó el crujido de una rama, muy cerca. Por eso había tenido aquella sensación de equivocación, aquel mal presentimiento. Lo habían cazado.

Maggie yacía tumbada en la cama mirando al techo, sonriéndose. Se sentía feliz, satisfecha, relajada. Había sabido desde el principio que Jesse sería un amante maravilloso. El simple hecho de pensarlo la hacía estremecerse por dentro. Ningún hombre le había acelerado tanto el pulso, ni suscitado en su cuerpo aquella jubilosa reacción.

Pero también había sido algo más que físico. Todavía seguía consternada por los sentimientos que le evocaba. Lo amaba. Tenía la sensación de que lo había amado desde aquella primera noche, cuando acudió a ayudarla en la carretera.

Podía escuchar la rítmica respiración de Jesse a su lado, el contacto de sus muslos, su cuerpo todavía caliente después del acto amoroso, su aroma llenándole los sentidos. La tentaba el sueño, pero se resistía. Estar allí con Jesse, de esa manera, se le antojaba algo perfecto, pleno de sentido, pero sabía que la magia podía romperse en cualquier instante. Mientras hacía el amor, se había olvidado de Blackmore. Y de su secuestro.

No podía abandonarse a aquella sensación de felicidad. No, sabiendo que el asesino aún no había renunciado a sus propósitos. Blackmore volvería a por ella. Y tal vez esa vez no lo hiciera solo.

Blackmore. Tenía que tener algún contacto en Timber Falls. Un contacto que le había pasado desapercibido en la investigación previa que habían hecho. Jesse había recogido en comisaría el informe sobre su secuestro, y juntos lo habían examinado antes de salir para la fiesta, pero no habían encontrado nada. Se levantó de la cama cuidando de no hacer ruido.

—¿Estás bien? —le preguntó Jesse.

—Sí —le sonrió—. Sólo voy a mirar una cosa. Ahora vuelvo.

Salió descalza de la habitación y se vistió mientras bajaba a la planta baja, donde Jesse había reunido toda la documentación recopilada. El historial de Blackmore, el informe policial sobre su secuestro, los interrogatorios de los sospechosos... El informe fue lo primero que examinó. Las declaraciones de Wade se contradecían entre sí. ¿Se ocultaría allí la pista que se les escapaba? Abrió el expediente de Blackmore. Minutos después Jesse se reunía con ella.

—¿Blackmore? —preguntó, leyendo por encima de su hombro. Sacó una silla y se sentó a su lado.

—Mira esto —le dijo ella, señalando una foto tomada durante una de las

numerosas ceremonias en las que había sido condecorado por su valentía, su heroísmo, su excelente labor como oficial de la policía.

En aquella fotografía, Rupert Blackmore parecía tener solamente unos veintitantos años. La imagen recogía el momento en que el joven y apuesto oficial era condecorado por el alcalde.

—Mira esto.

Jesse se concentró en la instantánea en blanco y negro. La definición no era buena. Pero aun así pudo ver lo que le estaba señalando en el pie de foto: una lista de nombres. Y se despabiló de inmediato al reconocer uno de ellos. Blackmore, Curtís, Abernathy, Cox, Frank, Peterson.

—¿Abernathy?

H.T. Abernathy. Uno de los policías que había sido condecorado.

—Es el apellido de Lydia. ¿Qué posibilidades hay de que pueda estar relacionado con ella?

Jesse se levantó de la silla y fue a buscar su móvil. Marcó el número de su hermano.

—Necesito hablar con Charity —le espetó a Mitch.

—¿Tienes idea de la hora que es?

—Las dos y media la madrugada —respondió. Pero ya estaba oyendo a su hermano llamar a Charity en el dormitorio contiguo.

—¿Es que tú no duermes?

—No mucho.

—Es Jesse. Quiere hablar contigo.

—¿Sí? —inquirió Charity, soñolienta, poniéndose al teléfono.

—¿Cómo se llamaba el marido de Lydia?

—¿Qué pasa? ¿Es que ahora te has apuntado al concurso de trivial de Timber Falls? —oyó burlarse a Mitch.

—Sí, en efecto. Y lo estoy perdiendo, así que ayúdame, ¿vale?

—Ya me acuerdo... —recordó Charity—. Henry.

Henry. Aquello cuadraba con las iniciales H.T.

—¿Henry Abernathy? ¿Recuerdas también su segundo nombre?

—¿Estás de broma?

—De acuerdo, ¿cómo se ganaba la vida? Poseía una tienda de antigüedades o algo así, ¿verdad?

—Jesse, ¿estás borracho? —le preguntó Mitch por la extensión.

—Nada de antigüedades —añadió Charity con voz soñolienta, como si hubiera vuelto a acostarse—. Que yo sepa, su actividad no tenía nada que ver con eso. Creo que eso es algo a lo que se dedicó Lydia después de que su

marido falleciera en el accidente. Era policía.

Jesse buscó la mirada de Maggie. Se había quedado sin aliento.

—¿Dónde lo mataron? —inquirió, temeroso de que Charity se hubiera quedado dormida dado el tiempo que tardó en responder.

—Bellingham, Washington. Buenas noches, Jesse —y colgó.

—¿Todo bien por allí? —le preguntó Mitch con tono preocupado.

—Sí, Gracias —y colgó a su vez.

—¿Qué te han dicho? —quiso saber Maggie al ver que dejaba el móvil apagado sobre la mesa.

—Henry Abernathy fue policía en Bellingham, Washington.

—Eso no está lejos de Seattle. En este recorte dice que estuvieron trabajando juntos en un caso. Eso quiere decir que se conocían.

Jesse asintió, frunciendo el ceño.

—Pero el marido de Lydia murió antes de que tú nacieras. Incluso aunque hubiera conocido a Blackmore... ¿cómo pudo haberse involucrado en nada relacionado contigo?

—A no ser que mi tía Lydia también conociera a Blackmore —sacudió la cabeza, incrédula. ¿Aquella anciana de aspecto venerable?

—¿Te contó alguna vez cómo terminó en una silla de ruedas? —le preguntó a Maggie.

Al ver que negaba con la cabeza, le relató lo de su accidente y el detalle de que había sido Wade quien conducía el coche. El accidente que se llevó por delante la vida de Abernathy y que condenó a Lydia a la silla de ruedas. Maggie cerró los ojos.

—¿Crees que pudo intentar vengarse de él robándole a una de sus hijas?

—Me parece una locura, pero alguna gente...

Abrió los ojos y lo miró.

—De cualquier forma, el dato de que su marido conociera a Blackmore es la única pista que tenemos. Ella también tiene que conocerlo. Es demasiada coincidencia.

Jesse asintió, mostrándose de acuerdo.

—Creo que deberíamos hacerle una visita a Lydia esta misma mañana.

Maggie se levantó de la mesa y lo abrazó. En aquel momento habría dado cualquier cosa por volver a la cama y pasar el resto de la noche abrazada a él. Jesse le acarició tiernamente el cabello y la miró fijamente a los ojos: resultaba obvio que estaba pensando lo mismo que ella.

Fue entonces cuando oyeron el primer disparo.

Capítulo 16

Jesse corrió escaleras arriba, seguido de Maggie. Se vistió rápidamente y recogió su arma.

—Quédate aquí —y desapareció.

Maggie lo oyó cerrar la puerta con llave. Se había puesto un suéter, vaqueros y botas. Llevaba en la mano la pistola de calibre corto que le había prestado Jesse. Pero... ¿dónde se habría metido?

Salió a la terraza. No podía verlo en el nocturno paisaje de árboles, helechos y enredaderas. Más allá de la pantalla del mosquitero, la brisa susurraba entre los pinos. Las primeras luces del alba asomaban por encima de las copas más altas, al este. Pero el bosque que rodeaba la cabaña seguía envuelto en una oscuridad casi impenetrable.

Reconoció los dos disparos, de sonido ahogado, nada más escucharlos. Eran los mismos que los de la noche en el embarcadero. Pop. Alguien disparando con un silenciador. La pistola de Jesse no tenía ninguno, así que él no podía haber sido...

Se volvió para correr escaleras abajo. Sólo se detuvo para abrir la puerta principal. Esperó a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Luego, empuñando la pistola con ambas manos, se dirigió hacia el lugar de donde sospechaba habían procedido los disparos. No había avanzado un gran trecho cuando vio el cuerpo. ¿Jesse? Rezó desesperada para que no fuera él...

—Maggie.

Se giró en redondo, dispuesta a disparar. Pero se detuvo al ver que era Jesse. Se lanzó a sus brazos, rompiendo a llorar.

—Oh, gracias a Dios... Pensé que...

—Tranquila, cariño —susurró contra su pelo mientras la abrazaba con fuerza.

—¿Quién es? —señaló con la cabeza el cuerpo tendido en el suelo.

—Bruno. Su verdadero nombre era Jerome Lovelace.

Recordaba que Charity lo había estado investigando.

—El tipo que hizo de guardaespaldas de Daisy en la fiesta —adivinó ella

—. ¿Está...?

—Sí, está muerto. Dos tiros, a bocajarro.

—Blackmore.

—Lo que está claro es que quienquiera que le disparó, quería matarlo.

Maggie desvió la mirada hacia la fila de árboles. Aún quedaban horas para que amaneciera.

—¿Y el primer disparo que oímos?

—Parece ser que procedió del arma de Bruno.

Había un arma en el suelo, al lado del cuerpo.

—Sólo ha sido disparada una vez.

De repente oyó un ruido y se volvió, alzando su pequeña pistola.

—Tranquila —le dijo Jesse—. Son los agentes de la policía del estado. Estaban protegiendo el perímetro de la cabaña a la espera de que alguien cayera en la trampa.

El oficial responsable de la dotación parecía decepcionado de que el asesino hubiera escapado.

—Todos nuestros hombres están bien, aunque a uno lo golpearon en la cabeza, tiene una conmoción. Otro alcanzó a ver al tipo que disparó cuando escapaba montaña abajo. Un tipo grande, fornido. Maduro. Es posible que estuviera herido, porque cojeaba.

Blackmore. De regreso en la cabaña, Jesse se quedó a solas con Maggie mientras los agentes se encargaban de Bruno.

—¿Por qué habría de querer matar Blackmore al guardaespaldas de Daisy? —inquirió ella.

Jesse sacudió la cabeza. Nada de aquello tenía el menor sentido. Recogió su móvil y llamó a Mitch.

—Espero que no se trate de otro juego de trivial —le advirtió su hermano—. Todavía no ha amanecido.

Jesse oyó un ligero click al otro lado de la línea, que indicaba que Charity había descolgado la otra extensión.

—Bruno, cuyo verdadero nombre era Jerome Lovelace, está muerto. Dos disparos. Blackmore utilizó un silenciador. Es posible que antes de morir hiriera a su atacante, pero escapó de todas formas.

Mitch soltó un juramento.

—O Bruno subió hasta aquí para matar a Maggie y alguien lo liquidó en el camino, o...

—O subió hasta allí para matar a ese tipo y lo liquidaron igualmente —añadió Jesse.

—¿Te dije alguna vez de dónde procedía Bruno? —intervino Charity—. Su última dirección conocida era un apartado postal de Seattle, pero descubrí unos papeles antiguos en la guantera de su coche...

Jesse alcanzó a oír un nuevo juramento de Mitch, como voz de fondo.

—Solía vivir en Plentygrove, no muy lejos de donde era Daisy —terminó Charity.

—Gracias, Charity. Luego te llamo, hermanito —Jesse colgó y se volvió hacia Maggie. ¿Plentygrove?—. Te propongo una pequeña excursión.

—¿No íbamos a ver a Lydia?

—Hay algo que necesito hacer antes —lo había postergado debido a lo sucedido con Maggie—. Vamos a hacerle una visita a mi madre.

—¿Pero no me habías dicho que había muerto? —frunció el ceño.

—Abandonó a mi padre cuando Mitch tenía seis años y yo nueve. Para mí, desde entonces, ha sido como si estuviera muerta.

—¿Y de repente sientes esa urgencia por verla? —arqueó una ceja, escéptica.

—Estaba en la mansión de los Dennison el día de tu secuestro. Y parece que mi madre vive en la misma ciudad de donde era originario Bruno. Quizá sea una simple coincidencia, pero no puedo evitar preguntarme qué diablos fue lo que lo trajo a un pueblo como Timber Falls. El buen tiempo no fue, eso desde luego.

Mientras escapaba montaña a través, Rupert Blackmore no pensaba más que en una sola cosa: en matar al tipo que le había tendido la trampa. Que mantenía cautiva a su mujer. Y que había sido responsable del secuestro de Angela Dennison. El tipo que lo había chantajeado.

Había escuchado suficientes rumores en la cafetería como para conocer a todos los participantes en aquel juego. Pero la experiencia le demostraba que a veces un hombre tenía que desconfiar de lo obvio, de lo evidente.

Condujo de regreso al pueblo, se fue al motel y tomó una ducha. Se vendó la herida de la pierna. La policía del estado habría acordonado la zona. De todas formas, todavía no estaba dispuesto a marcharse. Llamó a uno de sus contactos:

—¿Tienes alguna idea de qué hora es?

—Escúchame —abrió la cartera del hombre que habían enviado a matarlo. Un maldito aficionado—. Averigua todo lo que puedas sobre un tipo llamado Jerome Lovelace. Y quiero la información ya.

Le dio su número de móvil, colgó y se concentró en registrar a fondo la cartera.

Ruth Anne Tanner se había vuelto a casar con un tipo llamado Art Fellers y residía en la parte vieja de Plentygrove. Esa había sido toda la información que el abogado de su padre había podido reunir sobre ella, suficiente para que Jesse contara al menos con una dirección.

La dirección resultó ser una casa de un solo piso levantada en los años cincuenta, pero bien conservada. Ya era casi mediodía cuando Maggie y él bajaron de la camioneta y avanzaron por el sendero de entrada. El césped había sido cortado recientemente y había maceteros de geranios a cada lado de la puerta.

Pulsó el timbre y esperó. Salía una música del interior. Estaba intentando identificar la canción, más que pensar en su madre, cuando se abrió la puerta.

Jesse había esperado encontrársela mucho mayor, de pelo gris, quizá incluso gruesa. Pero la mujer que acababa de abrirle la puerta conservaba su espeso cabello oscuro y una figura esbelta, casi atlética. Llevaba una camiseta sin mangas, a juego con sus bermudas y sus sandalias blancas. Las únicas arrugas de su rostro eran las que se dibujaban en torno a sus ojos, cuando los entrecerró deslumbrada por el sol.

—¿Sí?

Aquella mujer no aparentaba los sesenta años que tenía. Era bonita y, además... parecía feliz. Sintió una punzada de amargura.

—Hola, madre.

Abrió mucho los ojos y se apoyó en la puerta, como si le flaquearan las piernas. Parpadeó varias veces como si el sol siguiera cegándola. O como si no lo hubiera reconocido del todo y dudara de qué hijo era.

—Soy Jesse, por si no me has reconocido. Es comprensible.

La mujer desvió la mirada hacia Maggie mientras se esforzaba por recuperar la compostura.

—Pasad, por favor —se hizo a un lado.

La casa estaba muy limpia. El mobiliario parecía tan acogedor como sencillo.

—Jesse... —con los ojos llenos de lágrimas, desvió la mirada para enjugárselas—. ¿Queréis beber algo?

—No, gracias.

—Yo sí tomaría algo fresco —dijo Maggie, y acompañó a Ruth Anne a la cocina—. Me llamo... Maggie.

Jesse también las siguió hasta allí. La cocina también estaba muy limpia y ordenada. En la nevera había una foto de un hombre calvo, rodeando los hombros de Ruth Anne con un brazo, en alguna fiesta. Evidentemente había rehecho su vida después de abandonar Timber Falls. Era extraño: siempre se la había imaginado sola, amargada, resentida, dilapidando el dinero de su padre en alcohol o en drogas.

Maggie le tocó un brazo y él aceptó finalmente el vaso de té con hielo que

le tendía.

—Por favor, sentaos —les señaló una mesa que había en un rincón, con varias sillas.

—No se trata de una visita de cortesía —pronunció Jesse con mayor rudeza de lo que había pretendido. Bebió un sorbo de té. Tenía la garganta seca y tenía los nervios tensos, a punto de estallar.

—¿Te importa que eche un vistazo al jardín? —inquirió Maggie. Sin esperar su respuesta, abrió la puerta y salió al patio, cerrándola a su espalda. Su intención, más que obvia, era dejarlos solos.

Jesse esperó a que su madre dijera algo. Como disculparse, por ejemplo. ¿Podría perdonarla alguna vez? No. Pensó que al menos podía preguntarle sobre su vida...

No lo hizo. Tomó asiento ante la mesa, cruzó los brazos y se quedó callada, a la espera.

Quiso gritarle. Recordarle el daño que les había hecho a todos: a él, a su hermano, a su padre. Preguntarle por qué. Hacer que se sintiera culpable.

Pero, en lugar de ello, le espetó:

—¿Tuviste algo que ver con el secuestro de Ángela Dennison?

Se recostó en la silla. Su mirada se nubló como si aquel nombre la hubiera devuelto de pronto a un lugar que había dejado muy lejos en el tiempo... Una reacción que, curiosamente, no se había producido en el instante en que lo vio.

—¿Nunca llegaron a encontrarla? —inquirió sorprendida.

Jesse la miró, consciente de que había heredado aquellos mismos ojos. Y sintió una nueva punzada de amargura. Vio que el labio inferior empezaba a temblarle.

—Mira, ya sé que en aquel entonces yo... —se enjugó las lágrimas que volvían a resbalar por sus mejillas, y sacudió la cabeza—. Yo no me llevé a la niña. Ni siquiera la vi. Cuando me marchaba, solamente vi a la niñera. Había bajado las escaleras. Tenía un resfriado —comentó como si acabara de recordar aquel detalle en particular.

Jesse había leído todo aquello en el informe del sheriff.

—¿Viste a alguien más en la casa, aparte de Daisy y de la niñera?

—No. Wade regresaba a la mansión. Yo me crucé con él en la carretera. Su hermana iba con él en el coche.

—¿Lydia? —inquirió, sorprendido. Eso sí que no había figurado en el informe.

—¿Por qué me preguntas todo esto después de tantos años?

Miró por detrás de ella a Maggie, que estaba admirando unas flores.

— Esa mujer que está ahí afuera es Angela Dennison. Quienquiera que la secuestró, ahora está decidido a matarla.

Ruth Anne frunció el ceño y se volvió hacia ella, contemplándola a través de la puerta de cristal de patio.

— Es preciosa. Se parece a Daisy — volvió a desviar la mirada lentamente hacia Jesse—. ¿Y... su padre?

— Es Wade.

— Me alegro de saberlo. Seguro que te habrás sentido muy aliviado, ya que obviamente estás enamorado de ella.

Jesse se levantó, irritado de que lo hubiera adivinado a simple vista. Mal que le pesara, seguía siendo su madre.

— ¿Conoces a un hombre llamado Jerome Lovelace? Se hacía llamar Bruno.

La mujer negó con la cabeza, distraída.

— Tu padre... Yo siempre pensé que Daisy y él terminarían juntos — dijo mientras se levantaba a su vez.

Se la quedó mirando fijamente. ¿Estaría hablando en serio? Maggie regresó en aquel momento y él la condujo hacia la puerta. Su madre no intentó retenerlo por más tiempo. En ningún momento le había preguntado por su vida, por la de Mitch o por la de su padre.

— Adiós, Jesse — se despidió Ruth Anne en el umbral, con una triste sonrisa.

Jesse no se despidió de ella, sino que salió en silencio por la puerta. Pero en el último momento no pudo evitarlo y se giró hacia ella. Fue entonces cuando lo vio, detrás de su madre, justo antes de que cerrara la puerta. Una de sus pinturas estaba colgada en el salón.

La puerta se cerró por fin.

— ¿Estás bien? — le preguntó Maggie, tomándole una mano.

— Sí — en realidad él mismo estaba sorprendido de que lo estuviera—. Parece una mujer feliz. Y eso que se comportó tan miserablemente con nosotros.

— La gente cambia. Ella ni siquiera tenía tu edad cuando se marchó, ¿verdad?

Volvió a asentir. Estaba sorprendido de no haber sentido odio alguno por la mujer a la que acababa de ver.

— Nos dejó una honda huella a Mitch y a mí. Mitch le tenía tanto terror al matrimonio que le costó muchísimo declararse a Charity. Yo tengo treinta y

cinco años y hasta el momento no he tenido ninguna relación seria.

Maggie desvió la mirada.

—Y yo que solía preguntarme cómo eran las familias normales...

Jesse se echó a reír.

—Yo también. ¿Crees que existe alguna?

—Tenía un cuadro tuyo en el salón. No se ha olvidado de ti, ni de tu hermano. Su problema fue que, en aquella etapa de su vida, tan joven, los problemas la desbordaron.

—Ya. Supongo que yo quería que se disculpara conmigo.

—¿Tan importante habría sido esa disculpa? ¿Habría significado alguna diferencia?

Jesse negó con la cabeza.

—Ella me dijo algo sobre el día de tu secuestro. Que se cruzó con Wade en la carretera, cuando se dirigía a casa de regreso de la mansión. Y que Lydia estaba con él.

—Parece que ese nombre nos salta continuamente....

—Es muy extraño que en el informe del sheriff no figurara el dato de que Lydia hubiera estado aquella tarde en la mansión —observó Jesse—. ¿Y cómo regresó aquel día a su casa? ¿La llevó Wade o pasó quizá Angus a recogerla?

—¿Crees que Lydia puede saber algo del secuestro?

—Será mejor que se lo preguntemos directamente —Jesse era consciente de que Lydia podía facilitarle una coartada a su madre. Si Ruth le había dicho la verdad, entonces Lydia la habría visto marcharse de la casa antes de que el bebé desapareciera.

¿Y si Lydia había ido a ver a Angela aquella tarde? Tal vez había sido ella la última persona en verla antes de su secuestro.

—No nos olvidemos del posible contacto entre su difunto marido y Blackmore —le recordó Maggie.

Pero Jesse no se había olvidado. De hecho, hasta el momento era la única relación que habían encontrado entre Blackmore y Timber Falls.

Capítulo 17

Rupert Blackmore solamente encontró una única cosa interesante en la cartera de Jerome Lovelace, alias Bruno. Una tarjeta. Estaba sucia y gastada, y tenía el reverso lleno de apuntes en letra ilegible.

Miró el texto del dorso: The Busy Bee. Antigüedades y coleccionismo. Lydia Abernathy.

Sonó su móvil. Era su contacto, suministrándole información sobre Jerome Lovelace, un delincuente de poca monta que acumulaba diversos delitos e infracciones entre Seattle y Plentygrove. Sólo había uno que Rupert halló interesante: el tráfico de objetos robados. Antigüedades.

Estudió la tarjeta, intentando seguir su intuición. ¿Abernathy? Sacó el listín telefónico. Abernathy. ¿Por qué le sonaría tanto aquel nombre?

Ya había oscurecido cuando volvieron a Timber Falls. Jesse llamó por el móvil a Mitch y le habló de la hipótesis de Maggie sobre una posible conexión entre Henry Abernathy y Blackmore. No le mencionó que había estado viendo a su madre.

—También encontré una nota según la cual Wade llevó a su hermana a su casa la misma noche del secuestro de Ángela. Maggie y yo estamos a punto de entrar en el pueblo.

—¿Lydia estuvo en la mansión aquella noche? ¿Y por qué no dijo nada en aquel entonces?

Jesse pensó que esa era una buena pregunta.

—Jesse, ten cuidado.

Acababa de cortar la llamada cuando oyó un fuerte pop... un instante antes de que uno de los neumáticos delanteros reventara.

—¡Agáchate! —le gritó a Maggie mientras se esforzaba por controlar la dirección y no salirse de la carretera.

La empujó hacia abajo justo cuando el parabrisas estallaba por el impacto de un segundo disparo, también realizado con silenciador. El parabrisas trasero no tardó en seguir la misma suerte.

La vieja camioneta basculaba por el arcén, todavía a demasiada velocidad. Jesse vio acercarse el árbol e intentó prepararse para el choque.

—¡Jesse! —gritó Maggie, sentándose.

Estaba derrumbado sobre el volante, con la frente ensangrentada.

—Jesse! —todavía aturdida por el impacto, le tocó un hombro,

sacudiéndolo suavemente. No respondía. Intentó desabrocharse el cinturón de seguridad. Jesse la necesitaba. La cabeza le daba vueltas. Tenía que pedir ayuda. Alguien les había disparado. Alguien...

Su puerta se abrió de golpe. Unas fuertes manos la agarraron de los hombros para sacarla de la camioneta. Chilló y forcejeó. Sintió que le ponían en la boca un trapo de olor nauseabundo. Intentó no respirar, debatiéndose y luchando para liberarse mientras la sujetaban aquellos brazos.

Respiró por fin. Fue lo último que recordaba.

Jesse se despertó al olor del humo. Su primer pensamiento fue para Maggie. La casa estaba en llamas. Había que sacarla de allí.

Sólo que no estaba en casa. Se sentó, parpadeando debido a la humedad que le tapaba el ojo derecho. Se llevó una mano a la frente. ¿Sangre?

Miró a su alrededor, confundido. Estaba sangrando y le dolía la cabeza terriblemente. Estaba en la camioneta, al volante. Olía a humo y sentía el calor del fuego.

—¿Maggie? —el asiento del pasajero estaba vacío, con la puerta cerrada. Maggie no estaba. ¿Habría ido en busca de ayuda? ¿Dónde...?

Oyó el portazo de un coche y, a través del humo y del parabrisas reventado, distinguió la furgoneta azul... con el familiar logotipo en el lateral. Una sensación de pánico y dolor lo barrió por dentro. De repente lo recordó todo: el sonido apagado de un disparo segundos después de que reventara el neumático. Los parabrisas reventando por las balas. El árbol acercándose. Y la oscuridad.

Tenía la sensación de estar moviéndose a cámara lenta. Se soltó el cinturón de seguridad e intentó abrir la puerta. Estaba bloqueada. Se pasó al otro asiento para empujar la otra, y fue entonces cuando vio que alguien la había atrancado con una rama de árbol. Las dos habían sido atrancadas con el objetivo de dejarlo atrapado allí dentro.

Las llamas chisporrotean, el humo se extendía por el interior del vehículo, nublando su visión. Maggie. El conductor de aquella furgoneta se había llevado a Maggie. Casi podía sentirlo. Consiguió desenfundar su pistola y la empuñó con ambas manos justo en el instante en que una borrosa figura rodeaba la parte trasera de la furgoneta, hacia él...

Alzó un pie, barrió de una patada los pocos cristales que quedaban de la camioneta y disparó. La figura se apresuró a ocultarse en la camioneta y desapareció.

El calor era ya insoportable. Intentó desesperadamente salir por el hueco del parabrisas. Oyó el rumor de un motor. La furgoneta salió disparada con

un chirrido de neumáticos. Tumbado ya sobre el capó, alzó de nuevo la pistola, aun sabiendo que no podía disparar por temor a herir a Maggie.

Las llamas lo rodeaban y el humo era tan denso que la furgoneta se disolvió en una nube negra. «Sal de la camioneta! ¡Ya!», se ordenó. Resbaló por el capó hasta el suelo, se levantó y echó a correr. La sangre le tapaba los ojos. Tenía la sensación de que la cabeza iba a estallarle de un momento a otro.

A su espalda oyó la explosión. La onda expansiva lo arrojó al suelo. Rodó a un lado para mirar la camioneta, que ya no era más que una bola de fuego. Detrás aún pudo distinguir la lata de gasolina, al pie de los árboles, y el reguero ardiente que llegaba hasta el vehículo. El asesino había planificado al detalle su muerte: quemado vivo en el interior de su propia camioneta.

¿Qué habría planeado para Maggie? Se horrorizaba sólo de pensarlo. Tenía que encontrarla. Sacó el móvil, se limpió la sangre de los ojos y pulsó un botón. Mitch respondió a la primera llamada.

Rupert Blackmore dejó la furgoneta en el motel y caminó hacia el centro del pueblo. Escogió las callejones más escondidos, buscando el amparo de las sombras. Estaba a una manzana y media de la tienda de antigüedades cuando oyó el ruido de un motor. Se metió en el primer portal que encontró.

Cuando el vehículo pasó por delante de donde estaba, vio que se trataba de una furgoneta de color azul oscuro, con un colorido logotipo en un lateral. Lo único que distinguió fue la palabra «antigüedades». La furgoneta aminoró la velocidad por lo menos una manzana antes de llegar a la tienda y se detuvo a la puerta de un garaje subterráneo. El conductor bajó y desapareció en el edificio.

Rupert esperó unos segundos más antes de encaminarse hacia allí.

Maggie se despertó. Todo estaba oscuro y olía a madera vieja. Intentó moverse. No podía. No podía mover ni siquiera un dedo. Estaba tendida de espaldas sobre algo duro y tenía la sensación de estar encerrada en algo sólido. Como si estuviera dentro de una caja.

El pensamiento la llenó de espanto. Intentó no respirar demasiado rápido por miedo a consumir todo el oxígeno del exiguo espacio donde estaba confinada, pero no lo consiguió. No podía mover la cabeza, pero por el rabillo del ojo veía pequeñas fisuras de luz, a cada lado. Abrió la boca e intentó gritar. Ningún sonido salió de su garganta. ¿Estaría paralizada? La camioneta. Recordaba haberse estrellado contra el árbol. ¿Jesse?

Rozó algo duro con la punta del dedo meñique. Madera. Oyó un sonido. Pasos. Un cierre metálico se abrió lentamente, muy cerca. Luz. A través de las

dos fisuras alcanzó a distinguir el luminoso haz de una linterna.

Sentía el cuerpo pesado como el plomo. Sólo podía mover el dedo con el que había tocado la madera. Intentó arañarla, pero no consiguió más que un levísimo sonido, casi inaudible. Oyó un ruido de muelles, como de amortiguadores de coche, y el fondo de madera sobre el que estaba tendida vibró. Estaba dentro de un vehículo. El descubrimiento la sorprendió y asustó al mismo tiempo. ¿Adónde pensaban llevársela?

Sintió que el vehículo se bamboleaba de nuevo. Fue entonces cuando lo olió. Si hubiera podido hacerlo, habría gritado. Humo a tabaco rancio.

Charity esperó a colgar después que Mitch para que no se enterara de que había escuchado toda la conversación. Había estado trabajando en la habitación contigua con la edición del periódico de aquella semana. Cuando entró en el salón, Mitch estaba hablando por teléfono con su padre.

—Cariño, me voy a duchar —susurró, simulando no tener la menor idea de lo que estaba pasando.

Él le sonrió y le hizo un gesto con la mano. Charity se dirigió al enorme cuarto de baño que Mitch había añadido a un lateral de la casa. El que estaba al lado de la puerta trasera.

Era una locura. Pero había hecho cosas peores con tal de conseguir una buena historia. Dejó abierto el grifo de la ducha y salió de la casa. No podía llevarse su viejo coche. Mitch la oiría encender el motor.

Así que recorrió a pie las tres manzanas que la separaban de la tienda de antigüedades. Había luz en el portal trasero. Llamó a la puerta y esperó, con las manos en los amplios bolsillos de su pantalón. En una llevaba una pistola cargada. Y en la otra un spray de autodefensa. Confiaba en que Jesse estuviera equivocada y Lydia pudiera explicarle...

Se abrió la puerta. Charity ni siquiera había visto a Lydia salir del ascensor. Quizá había estado todo el tiempo en la tienda. Qué extraño. ¿Sentada allí, a oscuras?

Un escalofrío le recorrió la espalda en el instante en que la mujer le abrió la puerta.

—¡Charity! Precisamente estaba pensando en ti. Pasa, pasa.

Charity entró en la tienda a oscuras... pensando que esa era probablemente la peor idea que había tenido en mucho tiempo.

Rupert iluminó la parte trasera de la camioneta con su bolígrafo linterna. Contenía varios muebles: un armario, una cómoda de madera de cedro, una mesa de tocador y, la pieza más extraña de todas: un viejo ataúd chino, de teca, al lado de la puerta.

Creyó haber oído un ruido leve, como el de un ratón arañando algo. Odiaba los ratones. Cuando era niño, un ratón se le había metido en el pantalón. Incluso después de tantos años, el recuerdo le hacía sudar. Se dispuso a retirarse sigilosamente, agachado, con el bolígrafo linterna apuntando al suelo.

Estaba a punto de subir de nuevo la rampa cuando lo oyó. El inequívoco sonido de una respiración, procedente del ataúd.

Maggie no esperaba otra cosa: cuando abriera la caja, la mataría. Pero, en lugar de ello, lo oyó soltar una maldición. Acto seguido intentó forzar la tapa y resonó algo metálico. La caja estaba cerrada con un candado. Se le aceleró el corazón mientras escuchaba sus esfuerzos por abrirlo. ¿Acaso no tenía la llave?

El candado resonó de nuevo. Y se hizo un silencio.

La mano izquierda empezó a temblarle. Ahora también podía mover el dedo meñique de aquella mano, y varios dedos más de la derecha, pero todavía no era capaz de levantar el brazo. Debían de haberle suministrado una droga que le había paralizado el cuerpo, aunque no la mente. Y a Jesse... ¿qué le habrían hecho a Jesse?

Estaba recuperando la sensibilidad. Tenía que permanecer tranquila. Tiempo. Sería capaz de moverse si ganaba un poco más de tiempo... El hombre estaba inclinado sobre la caja, muy cerca. Podía escuchar su respiración. Entonces oyó otro sonido. Pasos. ¡Alguien se estaba acercando! Quizá fuera Jesse...

Volvió a oír el chirrido del cierre metálico que había escuchado antes. Luego un movimiento cerca de ella, algunos muebles cambiados de sitio. Por último, silencio.

Los pasos se acercaban. La puerta de un coche. El vehículo se balanceó, se movieron los amortiguadores. Se cerró la puerta. Un instante después, el rumor de un motor. Y de nuevo se puso en marcha.

—¿Dónde está Angus? —inquirió Charity mientras entraba en la tienda y la puerta se cerraba a su espalda—. No he visto la furgoneta.

—Es su día libre —explicó Lydia—. Se fue a Eugene a ver una película, pero no se llevó la camioneta. Estará aparcada en el garaje. ¿Por qué no me haces compañía hasta que vuelva? Acabo de poner una tetera al fuego y tengo galletas. Tenía la esperanza de que te pasarías por aquí...

Charity siguió a la mujer al ascensor, diciéndose que por fuerza Jesse tenía que haberse equivocado con la furgoneta que había visto. Quizá alguien la había robado. O... realmente no estaba en el garaje y Lydia le estaba

mintiendo.

La puerta del ascensor se abrió en el primer piso, directamente al elegante apartamento de Lydia. Siguió como una sonámbula a la mujer, que atravesó el salón en su silla de tracción eléctrica hasta llegar a la cocina y al amplio comedor.

La tetera estaba lista. Había un plato de galletas sobre la mesa. Lydia sirvió dos tazas. Charity la observaba con recelo, temerosa de que pudiera echarle algo al té. Pero lo sirvió como siempre tenía por costumbre, y le tendió sonriente su taza.

Se sentó en la silla que le señalaba.

—Toma una galleta, querida. Sé que nunca puedes resistirte a mis galletas caseras...

Jesse vio las luces de unos faros subiendo por la carretera. Nada más reconocer la vieja camioneta de su padre, echó a correr a su encuentro.

—Dios mío, hijo.... —exclamó Lee, abriéndole la puerta.

—Al Busy Bee, la tienda de antigüedades de Lydia. Llévame allí, deprisa.

Su padre dio un giro de ciento ochenta grados y enfiló de nuevo rumbo al pueblo. Jesse lo fue poniendo al tanto de los acontecimientos.

—Mitch me dijo que Lydia estaría sola en su apartamento. Es el día libre de Angus. Los días libres siempre se marcha a Eugene —le informó Lee.

—¿En la furgoneta?

—No. Habitualmente utiliza el coche que le compró Lydia.

—¿Entonces quién usa la furgoneta?

—Probablemente se dejen la llave puesta en el encendido. Ya sabes cómo es la gente de Timber Falls.

Desde luego que lo sabía.

—¿Qué quieres que haga?

—Me bajaré en marcha. Me acercaré por la puerta trasera. Tú vigila la principal. No entres a no ser que oigas tiros.

Lee asintió mientras se acercaban al pueblo.

—Te quiero, hijo —se despidió de él con ésas palabras al tiempo que aminoraba la velocidad. Jesse saltó y echó a correr hacia la puerta trasera de la tienda de antigüedades.

Ya casi había llegado cuando reconoció la furgoneta subiendo la calle. Vio las luces rojas. ¡Se estaba alejando! Se dispuso a llamar a su padre por el móvil.

De repente vio a dónde se dirigía.

Rupert no podía ver al conductor. Se había escondido detrás de una gran

mueble que le impedía a su vez la visión.

Pensó que el conductor se marcharía del pueblo. Quizá pretendiera llevarse a Margaret Randolph a algún rincón del bosque para matarla. Pero oyó el chirrido de una gran puerta de garaje y, cuando la furgoneta volvió a ponerse en marcha, apenas avanzó unos metros. La puerta volvió a cerrarse y Rupert se dio cuenta de que acababa de entrar en otro garaje subterráneo. Que extraño.

Apagó el motor.

Rupert contuvo el aliento mientras se sacaba la pistola del bolsillo. Estaba agazapado tras el armario. Aunque no era capaz de ver al conductor, sí que podía ver el ataúd de teca y escuchar la respiración de Margaret Randolph. Al igual que el leve sonido que había oído antes, como el de un ratón arañando la madera. Esperó.

La puerta lateral de la furgoneta se abrió de golpe. Sintió que la furgoneta basculaba bajo el peso de alguien que entraba. Un hombre. Corpulento, a juzgar por la manera en que se balanceó el vehículo.

Sintió más que vio al hombre inclinarse sobre el ataúd e introducir una llave en el candado. Silencio. Lo oyó incorporarse lenta, precavidamente, y comprendió que lo habían descubierto. En cualquier caso, tenía que actuar. Y rápido.

Maggie escuchó a alguien inclinándose sobre la caja. Sonó el candado. Podía oír su respiración. ¡Jesse!

No, no era Jesse. Se dio cuenta de ello cuando oyó el ruido de la llave en la cerradura del candado. Era la persona que la había encerrado allí. Se preparó para luchar. Pero primero se quedaría perfectamente inmóvil. Le dejaría pensar que la droga seguía haciéndole efecto. Que no tenía nada que temer de ella.

El candado se abrió. El corazón se le subió a la garganta. Luz. Aire. Por fin podría salir de aquella maldita caja...

Fue entonces cuando oyó el primer disparo, que resonó como un estampido de cañón en los estrechos confines de su encierro. Empujó con todas sus fuerzas la tapa de la caja, que se abrió. Otro tiro. Algo grande se derrumbó sobre el suelo del vehículo, haciéndolo bascular. Oyó una maldición y un gemido.

La tapa se volvió a cerrar cuando algo pesado cayó sobre ella.

Rupert había salido de detrás del armario, y desde allí vio al hombre volverse. Algo metálico brilló en su mano.

Tuvo una primera reacción de sorpresa al descubrir que jamás lo había

visto antes. De alguna manera había esperado que el chantajista fuera algún conocido suyo. Aquel instante de sorpresa fue su primer error. No haber apretado el gatillo en aquel preciso segundo.

La escasa luz arrancó un reflejo a la hoja del cuchillo, larga y delgada. Rápidamente cortó el aire y se clavó en su pecho, hasta la empuñadura.

Rupert aún tuvo tiempo de efectuar dos disparos. Y cayó hacia delante.

Mientras lo hacía, vio a Teresa en la pantalla de su mente acercándose hacia él, al borde de una piscina. Llevaba dos copas en las manos y sonreía.

—Todo será perfecto ahora que ya te has jubilado —la oyó decir—. ¿No te había dicho que Arizona te encantaría?

El edificio era un antiguo almacén con un muelle de carga y un garaje subterráneo. Lo primero que pensó Jesse fue que estaba vacío, abandonado. Todas las ventanas estaban tapiadas con tablas en las que aparecían las palabras: No Pasar.

Pero cuando retiró una de las tablas, descubrió que alguien seguía frecuentando aquel lugar. Y desde hacía algún tiempo. El piso bajo estaba lleno de antigüedades. Material de alta calidad. A montones. Se deslizó en el interior, moviéndose lo más sigilosamente posible hacia las escaleras que llevaban al garaje subterráneo.

Fue entonces cuando escuchó los disparos.

Charity aceptó una galleta, pero no llegó a morderla.

—Lydia, sé que estuviste en casa de Wade la noche del secuestro de Angela. La anciana alzó la mirada, sorprendida.

—¿Quién te dijo eso?

—No importa. Es cierto. Recuerdo que un día me dijiste que la niñera había

oído a Wade y a Daisy discutir aquella noche. ¿Dónde estaba el bebé? ¿Lo subiste tú a su habitación?

Lydia bajó la vista a su taza.

—Ya te dije en su momento que fue una discusión horrible. Wade y Daisy pensaban que yo ya me había marchado, aunque Angus se había presentado allí para recogerme. Yo sabía que Daisy tenía una aventura. Y no quería que mi sobrina legítima creciera al lado de una bastarda —levantó la cabeza y le sostuvo la mirada.

—¿Qué hiciste entonces, Lydia? —susurró Charity, cerrando la mano sobre el spray de autodefensa, dentro de su bolsillo.

—No te has comido la galleta, querida. Angus las ha hecho especialmente para ti —Lydia mantenía las manos sobre el regazo. En aquel instante sacó el

arma que escondía bajo la manta—. Yo siempre le digo a todo el mundo que nunca te puedes resistir a mis galletas. ¿No querrás hacerme quedar como una mentirosa, verdad?

Al sonido de los disparos, Jesse corrió escaleras abajo hacia el garaje subterráneo. La furgoneta azul oscuro estaba aparcada dentro, con la puerta lateral abierta.

En un primer momento, lo único que vio en su interior fueron más antigüedades. Debía de haber una pequeña fortuna en aquel almacén. Pero luego vio a Blackmore derribado al fondo, con el pecho ensangrentado y los ojos abiertos. Muerto.

Un armario había basculado hacia delante. Jesse lo apartó para llegar a Blackmore, colocándolo al lado de un ataúd. Para su sorpresa y horror, la tapa de aquel antiguo féretro empezó a levantarse. Era Maggie.

—Jesse... —susurró con voz apenas audible.

Se movía con dificultad, como si no pudiera usar las piernas. La levantó en vilo y la sacó del fondo de la furgoneta para recostarla en el asiento del pasajero.

—Cariño, ¿estás bien? —inquirió, desesperado.

Maggie asintió, aturdida.

—Sí. Me drogaron —musitó. Tenía la voz ronca y le dolía la garganta. Logró esbozar una sonrisa, pero estuvo a punto de estallar en sollozos cuando Jesse la meció en sus brazos. Al instante miró por encima de su hombro, repentinamente temerosa.

—¿Dónde....?

—Blackmore está al fondo de la furgoneta, muerto —la apartó para mirarla—. ¿Pero entonces cómo...?

—No fue Blackmore. Fue otro.

—¿Quién? —inquirió, tenso.

Maggie negó con la cabeza. De pronto abrió mucho los ojos, alarmada. Había vislumbrado el reflejo de un cuchillo.

—¡Cuidado!

Jesse se giró en redondo, usando la puerta de la furgoneta como escudo. El cuchillo rebotó contra la chapa y cayó al suelo de cemento.

Había desenfundado su arma, pero no podía distinguir nada en la penumbra del garaje. Alzó la mirada y vio la gran lámpara suspendida de lo alto. Si pudiera encontrar el interruptor...

—¿Puedes cerrar aquella puerta? —le preguntó a Maggie sin volverse.

A manera de respuesta, oyó el clic del seguro. Luego se estiró por encima

del asiento y cerró la puerta lateral. Intentó acercarse al cuchillo con la punta de la bota, pero no se atrevió a agacharse para recogerlo. De una patada lo empujó bajo la furgoneta. Acto seguido, cerró la puerta que había utilizado como escudo y corrió hacia la entrada del garaje.

A ciegas, palpó las paredes de uno y otro lado del cierre. Nada. El interruptor no estaba por ninguna parte.

Oyó un ruido a su espalda. Pasos en el suelo de cemento, y un rumor de ropas. El asesino estaba buscando su cuchillo debajo de la furgoneta.

Por fin Jesse encontró el interruptor y lo pulsó, a sabiendas de que le presentaría un objetivo perfecto. En el instante en que la lámpara del techo bañó el garaje con su luz amarilla, saltó a un lado, agazapándose detrás de un banco de trabajo. Pero... ¿dónde estaba el asesino?

Estaba escondida en un oscuro rincón del garaje ahora iluminado. ¿Dónde estaba el hombre del cuchillo? ¿El hombre que había matado a Blackmore? Miró al frente y vio las llaves puestas en el encendido. Moviéndose con dificultad, logró sentarse al volante. Arrancó.

De repente un rostro apareció en la ventanilla, sobresaltándola. Soltó un chillido. Era Angus. Intentó abrir la puerta y soltó un juramento al descubrir que tenía el seguro echado.

Maggie metió marcha atrás y aceleró. Angus desapareció de su vista. Vio entonces a Jesse salir de su rincón, con la pistola en la mano.

Metió primera y pisó el acelerador, reteniendo el vehículo con el freno de mano. Acto seguido lo soltó. Angus ya había recuperado el cuchillo cuando lo atropello. Desapareció bajo la furgoneta. Pero el cuchillo ya había volado en el aire, pasando muy cerca de la cabeza de Jesse.

Frenó. Jesse corrió hacia la puerta. Nada más abrirla Maggie, la estrechó emocionado en sus brazos.

Maggie podía sentir cómo su cuerpo iba reviviendo poco a poco. Pero aún se sentía demasiado débil.

Se sentía impotente, una horrible sensación para una mujer que antes jamás había necesitado ayuda. Al menos de una manera tan desesperada. Pensó en su madre, condenada para siempre a una silla de ruedas, pero en absoluto resignada. Era una mujer fuerte. Valiente.

Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Cómete la galleta —ordenó Lydia con tono tranquilo—. Angus le ha puesto un ingrediente especial. Reservado para ti.

Charity miró la galleta que sostenía en la mano, y luego la pistola con que la mujer la estaba encañonando.

—Si yo fuera tú, no me comería esa galleta —pronunció una voz a su espalda.

La reconoció, inmensamente aliviada. Era la de Lee Tanner. Entró en su campo de visión. Tenía una pistola y estaba apuntando a Lydia.

—Dispararé contra Charity —declaró la anciana, aparentemente nada sorprendida de verlo.

—Todo ha terminado, Lydia. Angus está muerto.

Eso sí le arrancó una reacción. Volvió la cabeza hacia él, con los ojos llorosos.

—¿Angus?

Lee aprovechó aquella distracción para dar un paso adelante y quitarle el arma. Ella no se resistió.

La galleta resbaló entre los dedos de Charity. Y se juró a sí misma no volver a probar las galletas de azúcar en lo que le quedaba de vida.

—No, Angus, no... No puedo perder a otro hombre al que he amado tanto... —gimió Lydia—. Era tan bueno... Al igual que mi Henry. Tú sabes que Henry era policía, ¿no?

—Sí, Lydia, lo sé —repuso Lee.

—La culpa de todo la tiene Wade. Angus nunca le perdonó por condenarme de por vida a esta silla de ruedas y matar a Henry. Luego, cuando Wade se casó con aquella mujerzuela y pensamos que estaba embarazada de otro hombre...

—Daisy no es ninguna mujerzuela.

La anciana alzó la mirada hacia él.

—Fuiste tú, ¿verdad?

Charity contempló estupefacta a su futuro suegro.

—Claro, tú eres el hombre del que se enamoró Daisy... —Lydia soltó una amarga carcajada—. ¿Cómo es que no me di cuenta antes?

Epílogo

Jesse se hallaba en la galería de arte, con el sol entrando a raudales por las altas ventanas.

La primavera había llegado por fin a Timber Falls. Mitch ya se había recuperado del todo y volvía a ejercer como sheriff. Jesse había colgado su uniforme y su pistola para volver a pintar.

Pero no se engañaba. Todo había cambiado. Maggie había entrado en su vida. A punto había estado de perderla. Y luego se había marchado otra vez.

Llevaba varios meses sin verla. Había regresado a Seattle. La empresa familiar necesitaba de su atención, allí tenía una casa y necesitaba testificar en el juicio por los asesinatos de su padre, de Clark Iverson y de Norman Drake.

—No te preocupes —le había dicho Charity—. Volverá para mi boda. Maggie no se la perdería por nada del mundo.

Jesse, sin embargo, no estaba tan seguro. Durante las últimas semanas había sido incapaz de contactar con ella. Su ayudante en la dirección general de la compañía le había asegurado que estaba fuera del país y que ignoraban cuándo volvería.

La última vez que hablaron se había sentido muy frustrado. Era tanta la necesidad que había sentido de abrazarla, de hablar con ella teniéndola delante, que apenas le había dicho nada. Ahora se arrepentía de ello. Ojalá le hubiera confesado en aquella última ocasión cómo se sentía. Pese a la frialdad del teléfono.

—Hijo —lo saludó Lee Tanner, poniéndole una mano en el hombro—. Tu exposición ha tenido un gran éxito. Deberías estar orgulloso.

Su primera exposición importante. Aún no podía creer que la mayoría de las pinturas ya estuvieran vendidas.

—Gracias.

—¿Has sabido algo de Maggie?

—No. Ahora mismo tiene demasiadas cosas de las que ocuparse —lo cierto era que no tenía ninguna razón de peso para regresar a Timber Falls. Y Jesse lo sabía.

Timber Falls se había quedado muy tranquilo. No se había producido ningún avistamiento del Bigfoot en varios meses. Ni ningún asesinato. Angus Smythe estaba muerto. Lydia Abernathy entre rejas, esperando juicio por secuestro, chantaje y múltiples homicidios.

Antes de morir, el inspector Rupert Blackmore había dejado en su motel un detallado informe de lo que sucedió treinta años atrás en aquel oscuro callejón, motivo del chantaje al que había sido sometido. Curiosamente, Maggie le debía la vida. Y no una, sino dos veces.

Blackmore la había salvado aquella noche en el garaje. Su esposa Teresa y su madre no habían sufrido ningún daño. Las había retenido un policía en Iowa, donde residía la suegra de Blackmore: allí habían pasado la noche en una celda de la comisaría. No fue hasta el día siguiente cuando el policía se dio cuenta de que le habían enviado una orden de arresto falsa, manipulada.

Charity había estado tan segura de que Bud Farnsworth había querido decirle, antes de morir, que había sido Wade quien lo había contratado para secuestrar a Angela... Había estado equivocada. En realidad lo que había querido confesarle era que había sido Lydia, la propia hermana de Wade.

Durante semanas enteras la historia había sido relatada sin cesar en el Café de Betty. El pueblo, según su costumbre, se había dado un verdadero festín con aquellos rumores. La mayoría pensaba que Lydia se había amargado después del accidente y que había proyectado toda su vida en su hermano, razón por la que había secuestrado a Angela. Otros sostenían que Lydia lo había hecho para ahorrarle a Wade la humillación pública si hubiera llegado a saberse que la niña no era suya.

Fueran cuales fueran los motivos de Lydia, Wade le había contratado el mejor abogado que había sido capaz de pagar. Aunque ciertamente ya no tenía tanto dinero como antes. Daisy, mientras tanto, seguía con los trámites de divorcio. Se rumoreaba que había un nuevo hombre en su vida. De hecho, varios testigos la habían visto en compañía de Lee Tanner. La actitud más extendida era de aceptación, después de todo lo que habían pasado durante años.

Todas las antigüedades que Angus había almacenado en el garaje resultaron ser robadas. Al parecer había estado trabajando durante años con un compinche llamado Jerome «Bruno» Lovelace. Y había hecho mucho dinero con aquella actividad: dinero que, en su totalidad, había legado a la sobrina de Lydia, Desiree. La joven se había marchado a la universidad, pero antes se había molestado en llamar a Jesse.

—Eres la única persona del pueblo a la que puedo contárselo —le había dicho—. Me he hecho la prueba del ADN. Supongo que de alguna manera siempre lo había sabido, pero quería estar segura, sobre todo después de lo que ha sucedido... Tú y yo somos...

—Hermanastros —se adelantó Jesse.

Desiree se había echado a reír.

—Tú también lo sabías.

—Me lo figuraba. Eres demasiado rebelde, como yo.

—Supongo que tendremos que juntarnos los tres uno de estos días: Maggie, tú y yo...

Jesse sabía que a Maggie le habría encantado.

—Ni lo dudes.

—Supongo que sabrás lo de nuestros padres... —había añadido antes de colgar—. Yo estoy contenta. Wade, bueno... está pensando en abandonar el pueblo. Creo que es lo mejor que puede hacer. Mamá se ha hecho cargo de la factoría. ¿Quién habría podido imaginárselo hace apenas un año?

En aquel momento, Lee se volvió al ver aparecer a Daisy en la galería de arte. Jesse no podía creer el cambio que había experimentado su padre. Su paso era como más ligero, desinhibido. Definitivamente era un hombre mucho más feliz.

También resultaba muy agradable ver a Liam Sawyer con Florie. Roz y su prometido Ford Lancaster se habían pasado por allí para comprar un cuadro.

Mientras Jesse barría la galería con la mirada, se alegró de ver lo contenta que estaba en general la gente del pueblo. Timber Falls parecía haberse reconciliado consigo misma. Detestaría tener que marcharse. Eso dependería de Maggie. Si aún lo seguía queriendo.

Advirtió que sólo uno de sus cuadros seguía sin vender. Representaba una cantina mexicana. Era una escena en la que una joven bailaba bajo la mirada de los hombres reunidos. Advirtió que alguien le había puesto la etiqueta de reservado.

De repente se volvió. ¿Cómo había sabido que era ella? Quizá por la manera que había tenido de contraerse el aire de la habitación. O por el vuelco que el corazón le había dado. En cualquier caso, allí estaba. Maggie. Y supo entonces quién había reservado aquella pintura.

Se dirigió hacia él, vacilante al principio. Debió de haber visto su expresión, porque rompió a sonreír y se lanzó corriendo a sus brazos.

—Ya creía que nunca regresaría a casa.

—¿A casa? —repitió Jesse, abrazándola.

Se apartó para mirarlo.

—Nunca más volveré a abandonarte, Jesse Tanner. Nunca más.

De repente oyó la voz de su hermano a su espalda:

—Pídele que se case contigo, tonto.

Se echó a reír y la miró fijamente a los ojos, perdiéndose en ellos. La había

amado desde aquella primera noche. Había estado esperando durante años a que apareciera en su vida. No podía dar crédito a su buena suerte, a su destino. Florie solía decir que estaba escrito en las estrellas. Suponía que el cielo algo tendría que ver en ello.

—Yo había pensando en algo más romántico, pero... —se aclaró la garganta—. ¿Quieres casarte conmigo, Maggie Randolph?

—Dile que la quieres, tonto —le susurró su hermano a su lado.

—Así celebraríamos una doble boda —terció Charity.

—Ssss —los acalló Lee Tanner—. Dejadlo en paz. El chico lo está haciendo bien.

Maggie se echó a reír y miró a su alrededor mientras todo el mundo esperaba su respuesta. Sonriente, se volvió hacia Jesse.

—Yo también te quiero, Jesse Tanner. ¿Qué me case contigo? Por supuesto que sí.

FIN